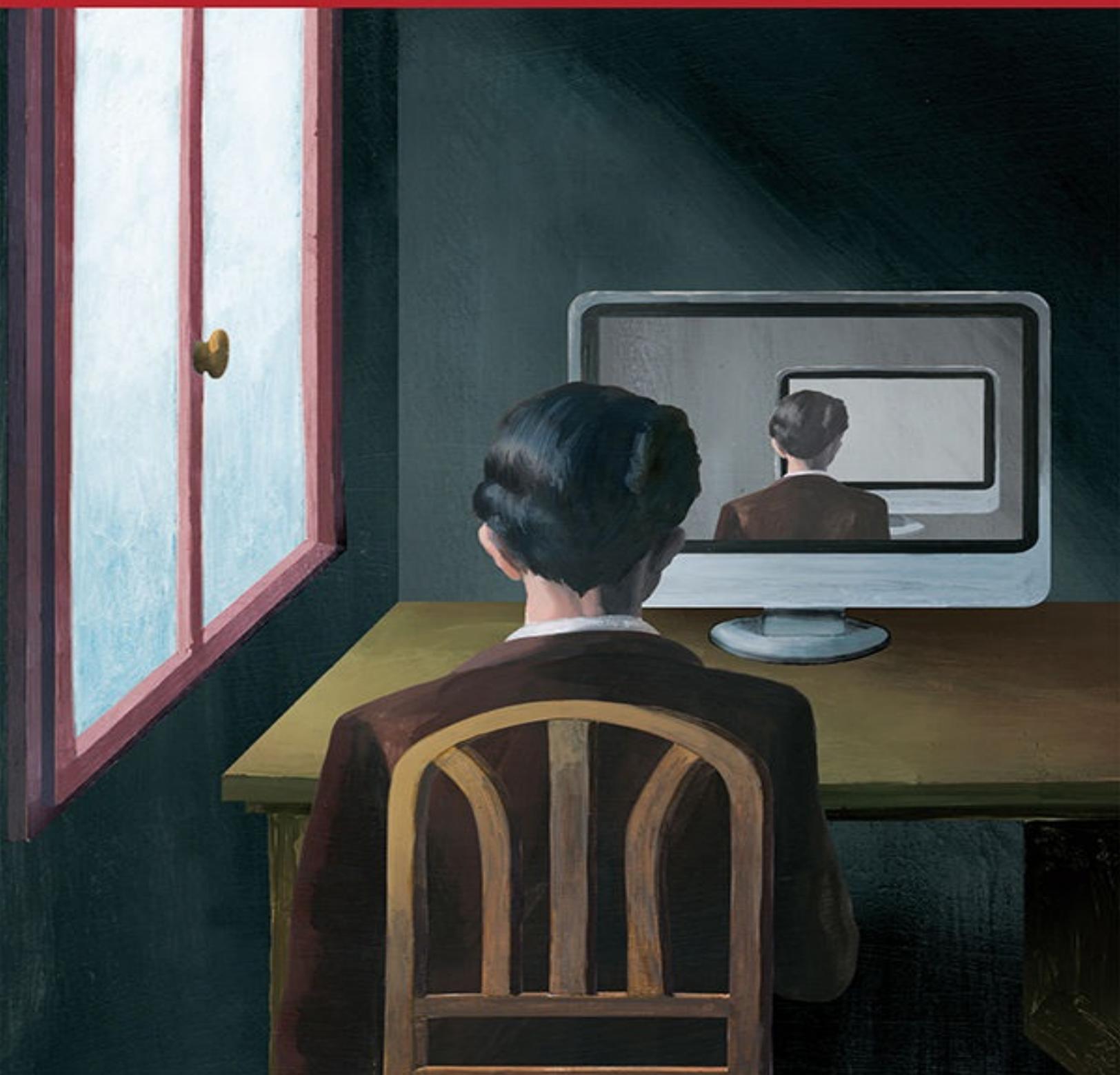


# Recado de un muerto

## RAFAEL BALANZÁ

Nuevos Tiempos **Siruela**



Rafael Balanzá

**Recado de un muerto**

**S**iruela

Nuevos Tiempos



## Índice

Cubierta  
Portadilla  
Recado de un muerto  
Viernes  
Sábado  
Sábado tarde  
Domingo, lunes  
Créditos



# Recado de un muerto

*Hay algo en la conciencia que se convierte en trampa  
de ella misma.*

WITOLD GOMBROWICZ

**Viernes**

Pero si mantienes los ojos lo bastante abiertos desde el principio nada te parecerá demasiado increíble como para que llegues a creerlo, porque nada puede ser mucho más extraño que el simple hecho de estar vivo. Eso es precisamente lo que procuro hacer en este momento: mantener los ojos abiertos. Mantenerlos abiertos por mucho esfuerzo que requiera. Mantenerlos abiertos incluso cuando los tengo irremediabilmente cerrados desde hace ya varias horas.

Si algo he aprendido en mis treinta y siete años de vida, y especialmente en los últimos tres días, es que no hay suceso tan inverosímil o improbable como para que no tenga lugar en este mundo. A menudo vamos por ahí suponiendo que somos halcones que planean majestuosamente sobre el paisaje, vigilándolo todo desde nuestra gran altura. No caemos en la cuenta de lo que realmente somos hasta que recibimos una violenta acometida desde lo alto y notamos unas garras que se hunden en nuestra carne tierna, recubierta por un plumaje blanco y delicado.

Esa es la verdad: cualquier cosa, lo más increíble o espantoso podría sucederle ahora mismo a cualquiera de vosotros, como de hecho me sucedió a mí; sin avisos ni explicaciones, sin preparaciones ni augurios. Y esta advertencia –¿sabéis?– no proviene de una mente ilustre, de algo que haya leído. No os lo digo porque alguien venerable, alguien (imaginemos) con una larga barba gris, una túnica blanca y un puñado de arroz apretado en una mano, sentado junto a una bonita cascada en el umbral de una gruta, me lo haya revelado. Nada de anacoretas, ni de filosofía. Se trata de experiencia. De lo que me ha pasado. De lo que empezó a pasarme exactamente el viernes por la mañana cuando abrí mi cuenta de correo y encontré allí un *e-mail* sorpresivo de un amigo que estaba ya en vías de dejar de serlo:

«Te espero en la nave dentro de una hora. Ven tú solo. No intentes llamarme al móvil porque me temo que no contestaré. Es necesario que nos veamos cuanto antes. Ha ocurrido algo y tenemos que hablar. Es grave y es urgente. Te lo explicaré en cuanto llegues.»

Ese amigo se llamaba Ángel Bru. Lo más extraño de la situación era el hecho de que nos hubiéramos visto hacía solo unas horas. La noche anterior, precisamente. En El Fresno, un local a las afueras de Las Zalbias, la población marítima en la que vivimos y en la que nos hemos criado juntos. Una pregunta que me hice de inmediato fue qué podría haber sucedido entre nuestra conversación nocturna y lo poco que había transcurrido de aquella mañana para que sintiera la necesidad urgente de verme otra vez. Miré el reloj en el ángulo inferior de la pantalla. Apenas

eran las 9:40. ¿Qué podía haber pasado? ¿No había quedado ya todo bastante claro?

–Pensaba que lo habíais dejado todo claro... anoche.

Me gustan los gestos soñolientos y despreocupados de Marta. Me gustan sus modales burdos y hasta sus tics groseros. Me gusta ese modo de acercarse a mí contoneándose y rascándose una nalga por debajo de esa camiseta blanca con la cara de Shrek con la que suele dormir.

Acabo de explicarle el contenido del mensaje, nada más oírla expresar su curiosidad desde el pasillo. Ahora me vuelvo, y es entonces cuando la veo entrar en el cuarto del ordenador. Se le ven las bragas por debajo de la camiseta mientras se rasca el trasero. Me pone una mano en el hombro y le da un sorbo a su tazón de café con leche de soja mientras mira hacia la pantalla. Se ha levantado temprano esta mañana y ha debido de estar trajinando por la casa. O eso me había parecido antes, porque algún ruido me ha sacado un instante del sueño, según lo recuerdo. O creo recordarlo.

Marta siempre me ha gustado más despeinada y sin maquillaje: el contraste violento de su feminidad indeclinable y su desdeñosa grosería. Su melena suelta y ensortijada, con anillos y bucles de caoba de todos los tamaños, enredándose, precipitándose sobre sus hombros de porcelana.

–Yo también. También creía que estaba claro.

Marta me ha dado un beso en la nuca y un mordisquito en la oreja.

–¿Qué piensas hacer? ¿Vas a ir?

Yo cierro mi cuenta de correo y me meto en el buscador para ver noticias.

–Claro que voy a ir –respondo sin mirarla–. Tengo que ir... a ver qué quieres que haga. Tendré que saber lo que busca este ahora... Tengo que vigilarlo, ¿no?

Ella no dice nada. Simplemente se aleja por el pasillo, hacia la cocina.

«Vaya mierda», pienso entonces, mirando las noticias sin prestarles atención, excepto a no sé qué insólita teoría de Hugo Chávez sobre el origen de su cáncer. «Vaya mierda», insisto, pero ya no solo mentalmente, sino mascullando las palabras con un mínimo soplo, una burbuja de aire apenas tallada por la lengua y los dientes.

Me levanto dejando el PC encendido y me asomo a la cocina, donde Marta está desayunando.

–¿No has tomado nada? –me pregunta, risueña. Tiene una galleta de canela entre los dedos índice y pulgar de su mano izquierda.

–Me he levantado fatal –le explico, llevándome una mano a la boca del estómago–, ahora cuando vuelva, a lo mejor...

– Pero... ¿te vas ya?

–Sí, voy a acercarme al polígono. Me espera en la nave. Ya lo has leído.

Ella asiente en silencio. Giro sobre los talones y voy al dormitorio para vestirme.

\* \* \*

Me sorprende recordarlo todo con tanta precisión. La verdad es que no sé si a esto podemos llamarlo, con propiedad, «recordar». La mañana del viernes era luminosa. No había mucho tráfico. Nuestra vida en Las Zalbias es tranquila, por lo general. Sobre todo en invierno. El pueblo solo se anima un poco durante la temporada alta de veraneo, pero ya estábamos en septiembre. Muy cerca hay dos o tres urbanizaciones llenas de alemanes y de ingleses. La capital y su medio millón de ruidosos habitantes están a una profiláctica media hora en coche por la autovía. Marta y yo solemos ir allí –a cenar, al cine– una o dos veces al mes, más o menos.

Avancé en paralelo al nuevo paseo marítimo y, al llegar al punto donde el café Arrecife separa el puerto de la playa, giré en la rotonda hacia la plaza Descubridores. Después, alejándome del mar por una calle estrecha y empinada, enfilé hacia las afueras en busca del polígono.

La noche anterior, en El Fresno, Ángel y yo habíamos tenido una conversación algo crispada. Más bien una discusión. Claro que para entender lo que ocurrió la noche del jueves deberíais estar al tanto, por lo menos, de algunos rasgos generales de mi biografía. No hará falta entrar de momento en demasiados detalles. Creo que bastará con explicaros que me he movido durante los últimos años por la línea de sombra que separa una cómoda ilegalidad sin demasiados riesgos del extenuante sol de la rectitud y las buenas obras. Supongo que os podéis hacer una idea. Con veinticinco años cancelé mi breve etapa universitaria. Había trabajado y vivido en la capital desde los veintidós, pero sufrí una crisis personal después de romper con Mercedes, mi novia de entonces. Así que regresé a Las Zalbias y me puse a buscar trabajo.

Fue entonces cuando me hice transportista y recorrí con un tráiler frigorífico la mayor parte de Europa Occidental y del Este. Pero las jornadas al volante perdieron muy pronto el romanticismo con que al principio me habían atraído. Enseguida resultaron realmente agotadoras y solitarias. Las prostitutas, con quienes la mayoría de las veces apenas si intercambiaba alguna palabra, acabaron muy pronto por tener casi todas a mis ojos la misma cara de asco y las mismas ganas de terminar cuanto antes. Llegué a preferir masturbarme solo en la cabina del camión, o en el hostel de turno, cuando tenía que hacer noche fuera del país. Pasaba semanas enteras lejos del pueblo, lo cual se convirtió en un problema serio para mi incipiente relación con Marta. Así que, antes de cumplir los treinta, permití que Ángel, siempre tan atento, me introdujera en el mucho más atractivo y lucrativo

mundo del tráfico de éxtasis y cocaína. Celebramos juntos la llegada del nuevo siglo nadando en una abundancia que entonces parecía inagotable. Todo el mundo tenía dinero y, desde luego, todo el mundo esnifaba. Los que más, sin ninguna duda, los políticos. Los cargos consistoriales de Las Zalbias y sus alrededores. Nuestra pequeña ciudad estaba dejando de ser tan pequeña a marchas forzadas. De hecho ya había alcanzado los treinta mil habitantes y seguía creciendo a un ritmo vertiginoso, sin presentar el menor indicio de moderar o racionalizar tan eufórica y hedonista expansión. Cada semana las excavadoras despejaban sin contemplaciones uno o dos kilómetros cuadrados más por los alrededores. Ni siquiera respetaron las salinas de San Juan, de cuya defensa hicieron causa común varios grupos ecologistas y asociaciones vecinales de la zona; los cuales, *in extremis*, consiguieron salvar algo del bonito humedal cuando obtuvieron, gracias a una desesperada campaña en la prensa, la precaria y provisional calificación de «entorno natural protegido».

En fin..., así estaban las cosas en nuestra comarca, pero no quiero apartarme de mi asunto. El caso es que en la época de las hormigoneras gordas a Ángel y a mí nos iba bastante bien con nuestro supermercado portátil de la droga. Lo teníamos todo bastante controlado. Trabajábamos por zonas, haciendo rotación y dejando en barbecho los lugares más conflictivos o vigilados. Procurábamos vender exclusivamente a través de contactos seguros y no teníamos mayores problemas para esquivar a la policía.

Con la quiebra de Lehman Brothers al otro lado del Atlántico empezó, como todos recordaréis, una penuria imprevista en nuestra templada cuenca mediterránea, y particularmente en nuestra pequeña población costera. Nadie parecía preparado para algo así. Por supuesto, los politoxicómanos de siempre –las poligoneras, los technobakalas– seguían dependiendo de nosotros para su abastecimiento habitual en sus fines de semana de cuatro días. Lo malo era que el dinero ya no circulaba con la facilidad de antes; y, por otra parte, a Ángel y a mí ya nos conocía todo el mundo a esas alturas. También la policía. Era un verdadero milagro que aún no estuviéramos oficialmente fichados. Los búlgaros se encargaban ahora del suministro. Primero habían sido los georgianos, y antes de eso los colombianos.

Pero con los búlgaros la cosa iba de mal en peor. Por nada se volvían locos y le sacaban un ojo a alguno, o le machacaban los dedos en un taller con un martillo de forja a cualquier yonqui desgraciado que no les hubiera pagado a tiempo. A nosotros nos respetaban algo más, sí, por nuestra buena organización, y por nuestros contactos nacionales –hacíamos de intermediarios entre ellos y los camellos–; pero habían empezado a presionarnos para que asumiéramos más riesgos y diéramos cuanto antes salida al speed que llegaba en camiones, mezclado

con pulpa de fruta, desde los puertos del sur, y que venía siendo la mercancía más demandada en los últimos tiempos.

Cuando os hablo de «nosotros» no solo me refiero a Ángel y a mí. Incluyo también a dos amigos más. Fule y Machado. Un par de buenos ejemplares a los que conocíamos desde el instituto: Dani el Fule y Francisco Machado. Así que después de lo de las Torres Gemelas ya éramos una banda de cuatro. Y lo seguimos siendo hasta hace bien poco. Las cosas se complicaron de verdad el último trimestre de 2008.

Marta y yo habíamos hablado muchas veces de tener un hijo, pero no nos decidíamos nunca. El momento siempre era después del próximo verano, o cuando yo encontrara un buen trabajo. Teníamos la vista puesta en un ubérrimo horizonte de agua y palmeras que reverberaba ante nuestros ojos irritados y noctámbulos con la alucinada intensidad de los espejismos. Lo ves y ya no lo ves. Pero da igual, porque haces como si lo siguieras viendo, como si estuviera siempre ahí delante. En realidad vivíamos al día. Y lo cierto era que en los años buenos ella no se había andado con demasiados remilgos a la hora de disfrutar sin complejos de mis ingresos a cuenta del trapicheo y de la venta al pormenor de toda clase de estupefacientes. Gozábamos de una completa sensación de impunidad. Tened en cuenta que en nuestra cartera de clientes figuraba, por ejemplo, todo un concejal de Urbanismo, e incluso el mismísimo alcalde de un pueblo vecino que venía a correrse sus juergas a Las Zalbias, a modo de mínima concesión al decoro y a la discreción que su cargo y su relativa notoriedad aconsejaban. En 2009 prácticamente ya no teníamos ingresos. Las nuevas autoridades locales, después de los últimos procesos por corrupción –algunos con resonancia nacional–, estaban mucho menos dispuestas a hacer la vista gorda. Empezaron a complicarles la vida a los dueños de los locales con los que colaborábamos y todo se puso cuesta arriba. No es que no hubiera negocio, pero nosotros nos estábamos quedando fuera. Había chicos nuevos que hacían nuestro trabajo por una insignificante fracción de las sustancias con las que traficaban. Ahora Marta y yo vivíamos de lo que ella ganaba como administrativa en una fábrica de lámparas. En julio de 2010 alguien tuvo una gran idea para salir de las apreturas. Creo que fue Machado el que propuso lo de La Caraba. Era un local de playa a unos cincuenta kilómetros al norte, en Longares. Se trataba de llegar allí a última hora un día fuerte y llevarnos la recaudación del fin de semana. Ni más ni menos.

Ocurrió del siguiente modo. Fuimos los cuatro en dos coches, un sábado por la tarde. Estuvimos de copas hasta las tres. Luego seguimos la marcha por nuestra cuenta en la playa. A las siete de la mañana regresamos al local. Teníamos los coches aparcados muy cerca y fue allí donde nos pusimos las caretas. En menos de cinco minutos entrábamos en La Caraba por la puerta de emergencia con un hacha, un machete y una pistola de aire comprimido. Alguien que trabajó en el local el

verano anterior le había soplado a Machado que esa era precisamente la hora en que se contaba la recaudación allí, mientras el personal de limpieza hacía su trabajo. Todo fue increíblemente sencillo. Ángel le puso el machete en la garganta a una de las limpiadoras y le dijo al gerente con gran cortesía y tranquilidad que depositara de inmediato, en la bolsa de deportes que habíamos dejado abierta en el suelo, toda la recaudación de aquella noche.

No hará falta decir que el hombre no ofreció ni la más mínima resistencia. Puede que penséis que fantaseo, pero juraría que en un momento dado afloró a sus labios una sonrisa tímida y huidiza como una mariposa. Supongo que sería por los nervios.

Recuerdo esto ahora y casi me parece un cuento de hadas. Regresamos a Las Zalbias por la autovía en menos de veinte minutos, con 17.160 euros en el asiento de atrás, en billetes de 20, 50 y 100 euros. Lo más difícil de todo fue dividir 17.160 entre cuatro.

A pesar de lo bien que salió el palo, le juré a Marta que era la primera y la última vez que me metía en algo parecido. Después de todo, por muy fácil que hubiera sido no valía la pena arriesgarse tanto por poco menos de cinco mil euros. Estaba además la cuestión de la conciencia. Resulta que, al parecer, no soy un completo degenerado. Y había algo extremadamente repugnante para mí en la expresión de pavor que rezumaban los ojos de aquella pobre chica, cuando el filo del cuchillo que Ángel sostenía le estaba rozando la yugular; mientras su jefe, un cincuentón calvo y corpulento con camisa de Gucci que sudaba a chorros, metía grandes fajos de billetes en nuestra bolsa de nailon. Por supuesto, habíamos dejado claro antes de entrar que si las cosas salían mal nos borrábamos sin herir a nadie; pero ¿alguien puede responder enteramente de sí mismo (y mucho menos, claro, de la conducta de otro) en un momento de tensión extrema? ¿Qué habría pasado, por ejemplo, si la chica hubiera intentado zafarse? Yo nunca he confiado del todo en Ángel, para ser sincero. (Ahora sí, ahora confío.)

Pero como seguramente ya sabéis, la mala vida se parece a unas escaleras mecánicas trucadas. Cuando ves que te has equivocado y que te llevan directo al sótano, y quieres rectificar, compruebas que los peldaños se deslizan hacia abajo más deprisa cuanto más rápido intentas remontarlos. Despidieron a Marta de la fábrica de lámparas en enero de 2011. Tuvimos que empezar a tirar de ahorros. Vendimos el cuatro por cuatro y compramos un utilitario. Apenas nos llegaba para el alquiler y encontrar trabajo era ya una verdadera quimera. Incluso dejé un currículum en la empresa de transportes en la que había trabajado años atrás, pero llegó la primavera, luego el verano, y el móvil seguía sin sonar. Ahora los peldaños se deslizaban bajo mis pies a vertiginosa velocidad. Y fue entonces cuando a Ángel, siempre oportuno, se le ocurrió lo del palo en el Versailles. Ese local de tan refinado nombre no era en realidad más que un prostíbulo masificado que un paleta de la

zona –uno de esos agricultores que había hecho dinero especulando con sus terrenos durante los años de esplendor– acababa de poner a funcionar junto a la autovía. Lo había llenado de rusas y ucranianas y (siempre según Ángel) apenas lo había dotado de medidas de seguridad.

–Tiene a un negrazo y a un serbio que le ayudan a manejar a las chicas –me había explicado–, pero todavía no ha instalado la alarma ni el circuito cerrado de vídeo, aunque el local funciona desde hace ya dos meses. El muy gilipollas saca noventa mil entre viernes y domingo y todavía está buscando a una empresa de seguridad que le haga un precio mejor. Tú ya sabes cómo son estos cerdos...

Por supuesto que sí, desde luego que yo sabía cómo eran esos cerdos, pero le dije a Ángel que no quería participar en el asunto de todos modos. Eso fue a finales de agosto; sin embargo a primeros de septiembre había cambiado de opinión, después de una larga y tensa conversación con Marta. Entonces fui yo quien volvió a sacar el tema. Y en cambio ahora era él quien no parecía ya tan convencido: «Habrà que ver si el negocio sigue en las mismas condiciones...». La respuesta afirmativa me llegó apenas la semana pasada. El martes, concretamente. Pero cuando oí su voz por teléfono («Bueno, qué... ¿lo hacemos o no?»), mi angustia retentó con una fuerza abrumadora y le pedí que me diera un par de días para tomar una decisión definitiva. Desde luego, noventa mil euros entre dos suponía una cantidad redonda y extremadamente fácil de repartir, pero si nos pillaban pasaría muchos años encerrado con una compañía muy poco deseable.

Comprensiblemente, fue el hecho de haber corrido el riesgo de llevar a cabo algunas averiguaciones con gente vinculada al Versailles lo que más contribuyó a que mi amigo realmente se enfureciera conmigo cuando el jueves por la noche, en El Fresno, intenté explicarle por qué había cambiado de opinión una vez más y ahora mi negativa era ya del todo firme.

–Lo siento. Sé que esto ha estado muy mal. Mira... Ángel, no puedo hacerlo. Lo he pensado despacio y no sirvo. Cuando lo de La Caraba ya estuve a punto de rajarme, ¿te acuerdas? No sirvo, chico... qué quieres que te diga.

–¿Y me lo dices ahora? ¿Sabes lo que he tenido que hacer para enterarme de que el local sigue sin medidas de seguridad? ¿Sabes con cuánta gente he tenido que hablar? ¿Tienes idea de lo que he tenido que mover, gilipollas? Y todo para que ahora me digas otra vez que no...

Se largó de El Fresno con las orejas rojas después de haberme escupido en lo que quedaba de la pinta de Guinness que me estaba tomando. Había un grupo de chicas en una mesa cercana. Entre ellas, una amiga de Machado. Sospecho que también nos vieron discutir el camarero y un par de tíos que llevaban un rato apalancados en la barra.

Y la cosa no había terminado. Marta, que estaba dispuesta a apoyarme –según me había anunciado el fin de semana anterior–, decidiera lo que decidiese, pareció

también defraudada por aquel nuevo y violento giro de mi conciencia. Cuando volví a casa (incluso antes de contarle cómo había ido mi conversación con Ángel, y fue esto precisamente lo que más me sorprendió) la encontré extrañamente hosca y desencajada. Se estaba cambiando en nuestro cuarto. Parecía de mal humor. También había salido, y probablemente no llevaba mucho tiempo allí. Al contarle lo ocurrido su reacción fue cáustica, cargada de una hostilidad llamativamente discordante del tono melifluo que venía empleando en las últimas semanas, después de haber dejado atrás nuestra última crisis, desencadenada por su despido y por los apuros económicos que sufríamos.

–¿Sabes lo que yo creo? –me dijo con un rictus de auténtico desprecio–. Que no tienes carácter... Me parece muy bien tu decisión, pero ¿por qué no la tomaste desde el principio? ¿Por qué te rajás ahora? ¿Te imaginas cómo te está viendo él? Aunque la verdad es que no creo que sea mucho mejor que tú...

En ciertas hagiografías y cuentos infantiles, cuando el protagonista toma la decisión correcta, y se decide por eso que llamamos el «buen camino» o «la senda del bien», experimenta un gran alivio interior. Pasé las siguientes dos horas preguntándome por qué ciertas hagiografías y cuentos infantiles están completamente trufados de mentiras y gilipolleces. Yo no sentía ningún alivio, sino la penosa sospecha de estar despreciando cuarenta y cinco mil fáciles euros a la vez que pisoteaba mi propia imagen ante mi novia y uno de mis mejores amigos. Todo de lo más lamentable. Y al día siguiente, además, ni siquiera sería capaz de levantarme temprano para ir a la capital a desperdigar currículos en polígonos y centros comerciales. Eran ya las dos y media de la madrugada e iba por la tercera lata de cerveza. Llevaba una hora larga bebiendo y fumando a solas en la pequeña terraza trasera de nuestro adosado, entre la lavadora y el tendedero, bajo el resplandor urticante de un enjambre de estrellas mezquinas. Parecía que cuchicheaban allá arriba, burlándose de mis miserias.

Entonces ocurrió algo completamente inesperado. Yo pensaba que Marta llevaba algún tiempo acostada, cuando oí detrás de mí el ruido característico de la abigarrada cortina de canutillos de plástico que separa la terraza de la cocina. Escuché sus felinas pisadas, pero no me volví. No quería que notase la zozobra en mi semblante, la patética irritación de mis ojos. Entonces me susurró unas conciliadoras palabras al oído, masajeándome a la vez el cuello y los hombros con las dos manos:

–Perdona, estoy nerviosa. Perdóname por lo que te he dicho antes. Saldremos de esto de otra manera. No quiero que te arriesgues, ¿sabes? Ya te dije que estaría a tu lado y que aceptaría tu decisión, la que fuese... Y si es esto... pues vale, me parece bien. Lo que pasa... lo que pasa es que me ha pillado un poco por sorpresa. No sé... parecías tan decidido...

Me sentí inmediatamente aliviado por aquel cambio en su actitud. Si Marta y yo

seguíamos remando juntos, no importaba demasiado en qué dirección, había alguna probabilidad todavía de conferir a mi peregrinaje en el mundo algún tipo de significado. Era cuestión de buscar entre los dos un nuevo rumbo.

–Es verdad..., tienes razón. Sí, estaba decidido –confirmé, al mismo tiempo que retenía sus manos suavemente con las mías a la altura de mis clavículas–. Casi del todo decidido. Pero de pronto, ayer... hace un par de días... he tenido una sensación extraña. Como un presentimiento o algo así. ¿Lo puedes comprender?

–Claro –dijo ella, suspirando e inclinándose para besarme en la sien–, claro que te entiendo, cariño. No te preocupes. Ya saldremos de todo esto de otra forma. No quiero que tengamos que hacer el amor una vez al mes y con un funcionario de prisiones mirando el reloj al otro lado de la puerta...

Ella tenía razón. No queríamos eso. Y de hecho no se me habría ocurrido una manera más directa y gráfica de explicar lo que yo no quería en absoluto; es decir, aquello que me disuadía de participar en el atraco planeado y propuesto por mi amigo Ángel. No valía la pena arriesgarse por una cantidad, desde luego sustanciosa, pero que tampoco alcanzaría a solucionar definitivamente nuestra vida ni mucho menos. Así que el mundo ahora volvía a estar en orden para mí. El orden relativo y miserable en el que llevábamos sobreviviendo los últimos años.

Volvíamos juntos al interior de la casa y cerramos la puerta de la cocina que daba acceso a nuestra pequeña terraza trasera. Noté algo de acidez por culpa de la cerveza. Me serví un vaso de leche y me lo tomé casi a oscuras. Apenas contaba con el escaso resplandor que llegaba del exterior. Dejé el vaso en el fregadero. Busqué a Marta. Había puesto la televisión y estaba tumbada en el tresillo con una pierna en alto, apoyada en el respaldo. Solo llevaba una camiseta y unas bragas azules. «¿No te acuestas?», la interrogué. «Todavía no tengo sueño –dijo–, estoy nerviosa. Acuéstate tú...»

Le hice caso. Estaba rendido y bastante borracho. Me acosté y dormí de un tirón. Me sumí en un sueño espeso, secreto y convulso como el magma que fluye bajo la corteza de la tierra, hasta que un ruido me devolvió por un momento a la consciencia. Sin mirar el reloj, me di cuenta de que era demasiado temprano y volví a dormirme. Ya no me desperté otra vez hasta pasadas las nueve, y fue entonces cuando me levanté.

Encontré a Marta en la cocina preparándose un café. Sobre la encimera había un cartón de leche de soja. Me sonrió y me preguntó si había descansado bien. Le contesté con un resoplido y una expresiva caída de párpados. Al pasar por el salón miré el móvil. Fue entonces cuando vi un SMS de Ángel: «Mira tu *e-mail*». Así que, después de orinar, encendí inmediatamente el PC, sin haber desayunado.

\* \* \*

El viernes por la mañana el polígono está casi muerto. Nada que ver con la actividad de los años anteriores. Parece evidente –pienso esto mientras circulo por él– que la crisis hace estragos en la actividad económica de nuestra comarca.

Aparco donde suelo hacerlo, justo delante de la nave, en batería, frente a la valla metálica que se alza sobre un pequeño muro de bloques de hormigón. La nave pertenece a Ángel. O mejor dicho, estuvo arrendada a su familia durante años, aunque ahora es una nave prácticamente abandonada. Su padre tenía un almacén de frigoríficos allí, pero hace meses que se retiró del negocio. Así que, técnicamente, no tienen derecho a utilizarla, dado que hace ya tiempo que no pagan el alquiler. Sin embargo, como no hay un nuevo inquilino, todavía guardan allí algunas cosas suyas.

Y desde el verano anterior yo tengo también una copia de la llave. Es en la nave (esto sus padres lo ignoran, desde luego) donde escondemos la mayor parte de nuestra propia mercancía y a veces tengo que venir solo. Esa es la razón por la que Ángel me ha hecho una copia. En la medida de lo posible, intento evitar que me vean entrar o salir. Para mí se trata siempre de una maniobra furtiva.

Esa mañana apenas se ve a alguien por los alrededores. A lo lejos, como a unos cien metros, distingo un par de elevadoras cargando un tráiler. No hay de qué preocuparse. Y tampoco queda de todas formas mucho espacio en mi cerebro ahora mismo para otras inquietudes. El extraño mensaje me sigue intrigando y es lo único en lo que puedo pensar. No necesito abrir el portalón metálico, sino que accedo por una puerta lateral y subo por las escaleras hacia la oficina del piso superior. Cuando falta ya tan poco para averiguar de una vez de qué se trata, mi curiosidad se vuelve más punzante todavía. ¿Quiere intentar convencerme? ¿Se le ha ocurrido una idea mejor? Lo peor sería que siguiera cabreado y aquello no fuese más que un truco para tomarse algún tipo de revancha por mi desertión. Pero esto último me parece improbable.

Cuando abro la puerta de la oficina, cochambrosa y desvencijada, encuentro una respuesta brutal a mis preguntas. Una respuesta que no es una respuesta, sino en realidad una nueva pregunta descabellada, absurda. Ángel me está esperando sentado en el viejo sofá de tres plazas de cuero marrón que hay en la recepción, delante del despacho acristalado en el que trabajaba su padre. Claro que Ángel ya no es Ángel. Ahora es solo una especie de guiñapo, un muñeco rubio, grande (mi amigo es muy corpulento) y roto que mira el aparato de aire acondicionado instalado sobre la ventana con unos ojos ridículamente sorprendidos; en ellos ha cristalizado el espanto final provocado por una detonación que casi reverbera todavía. En la frente, sobre el ojo derecho, tiene un gran boquete del tamaño de la circunferencia de un vaso mediano, aunque de bordes irregulares. La bala –porque es evidente que se trata de un balazo– ha causado un gran destrozo y de ese agujero ha rebosado, o acaso sigue rezumando imperceptiblemente, cierta viscosidad

marrón un poco más consistente que la sangre. Esta última aparece coagulada alrededor de la tremenda herida. También hay sangre seca, negruzca, en la nariz y en todo ese lado derecho de la cara, hasta el lóbulo de la oreja. En el respaldo del sillón distingo unos minúsculos pegotes de algo que podrían ser trozos de hueso, probablemente desprendidos de la herida de salida en el occipucio.

Y mucha más sangre (¡mucha más!) de aspecto brillante, todavía líquida, tanto en su ropa como en el brazo del sillón, e incluso en el suelo. Y recuerdo en ese instante una frase leída apenas media hora antes en casa. Y siento el mortal escalofrío provocado por una burla increíblemente maligna:

«No intentes llamarme al móvil porque me temo que no contestaré.»

\* \* \*

Marta me sonrió al verme entrar, pero mi expresión borró inmediatamente su alegría como un baldazo de agua apagaría un pabilo recién encendido.

–¿Has estado en la nave?

Yo era incapaz de hablar. Literalmente. Intentaba hablar y no podía. Así que ella insistió, ya visiblemente alarmada.

–¿Lo has visto? ¿Has visto a Ángel? Por favor, Pablo..., dime lo que pasa. Dímelo...

Tuve que sentarme. Y entonces por fin logré articular algo:

–Está muerto.

Por supuesto ella no podía entenderlo ni asimilarlo. Había empezado a sonreír otra vez, como si esperase aún que descubriera mi juego, que todo quedara en una broma. Entonces fui yo quien sintió el impulso de reír. Tuve que hacer un esfuerzo para dominarme. Intenté aclarar lo ocurrido con lo que quedaba de mi voz, es decir, un extraño gorjeo que apenas si podía forzar a salir de mi garganta:

–Le han pegado un tiro.

Al oír esto, Marta perdió los nervios. Empezó a mover negativamente la cabeza, al mismo tiempo que enmarcaba mi rostro con sus dos manos, y luego lo aprisionaba cada vez más fuerte. Me apretaba las mandíbulas hasta casi hacerme daño, como si se propusiera exprimir mi cara para extraer de ella una verdad más aceptable. Y yo, mientras tanto, seguía luchando para contener una risa nerviosa con la que solo conseguiría (me daba muy buena cuenta de esto) poner las cosas aún peor.

Y fue entonces cuando Marta se echó a llorar, y empezó a decir histéricamente que yo lo había matado, que era yo quien había disparado contra Ángel.

–¡Dime por qué has hecho esto! –gritaba fuera de sí, apretándome las mejillas cada vez más–. ¡Tú lo has matado! ¡Tú le has disparado!

Aferré con fuerza sus muñecas y la obligué a quitarme las manos de encima.

–¡Cállate! –grité a punto de perder el control–. ¡Te digo que te calles! Yo no he matado a nadie... Yo no he disparado a nadie. No vuelvas a decir eso. No vuelvas a decirlo nunca. Que no se te ocurra repetirlo, ¿me entiendes? Cuando he llegado a la nave, lo he encontrado muerto en la oficina. ¿Lo entiendes ahora? Te digo que ya estaba muerto. ¡Alguien ha ido allí antes que yo y le ha disparado! ¿Vale?

Marta seguía llorando, pero al menos ahora parecía estar haciendo un esfuerzo por dominarse. Cuando finalmente consiguió serenarse un poco, tomó mis manos y –después de sorberse los mocos– con una voz algo más templada me preguntó:

–¿Te ha visto alguien?

–Creo que no... –respondí, mientras me levantaba y me dirigía al pladur en busca de un paquete de tabaco. Normalmente solo fumo los fines de semana, pero en aquel momento sentía la necesidad irresistible de encenderme un cigarro cuanto antes. Al menos, Marta parecía volver a ser dueña de sí misma. Recogió unos papeles y sobres que había en la mesa auxiliar de cristal del comedor y se puso a mirarlos y a clasificarlos, apartando algunos y convirtiendo otros en pequeñas pelotas de papel que iba depositando a su lado en el tresillo.

–¿Qué piensas hacer? –me preguntó, interrumpiendo de pronto aquella extemporánea tarea.

–De momento nada. ¿Qué puedo hacer?

–Podríamos intentar entender lo que ha pasado –dijo ella, muy juiciosamente.

Le di una calada al cigarro y traté de poner los hechos en orden en voz alta.

–Ayer hablé con Ángel y le dije que no contara conmigo para ese palo en el Versalles. Se puso furioso y se largó de El Fresno después de escupir en mi cerveza. Esta mañana me levanto y veo un SMS en mi móvil. Es un mensaje de Ángel, para avisarme de que tengo otro en el correo electrónico. Enciendo el ordenador y leo el otro mensaje. Me cita en la nave. Voy al polígono y subo a la oficina, pero no puedo hablar con Ángel porque alguien le ha pegado un tiro...

Marta me miraba con la boca entreabierta. En ese instante me pareció que había algo maternal en su expresión. Sí, era una madre escuchando las explicaciones de un hijo díscolo, travieso, que ya le ha contado antes demasiadas mentiras. Sin embargo, parecía dispuesta a aceptar mi versión de los hechos.

–Vale... bueno... ¿Pero quién?

Por supuesto que esa era la pregunta: quién. Y a los dos se nos ocurrió exactamente la misma idea.

–Machado –dijo ella.

–O Fule –apunté yo.

No había otra posibilidad. Estaba claro. Uno de esos dos debía de ser el asesino de Ángel. ¿Pero cuál de ellos? ¿Quién era el que tenía un motivo? Ninguno de los dos, a primera vista. A no ser...

–Los dos sabían lo del Versailles, pero ninguno había querido apuntarse. Sé que Ángel se lo dijo a Machado. Creo que se lo propuso antes que a mí, incluso, pero le soltó un no rotundo. Tiene un trabajo legal ahora, ya lo sabes. En la capital. Y con Fule el que habló fui yo hace poco. Un par de semanas o así. Para tantearlo más que nada. Para ver si se apuntaría a un golpe como ese.

Lo cierto era que hacía tiempo que los cuatro habíamos tomado direcciones diferentes. Los únicos que seguíamos trapicheando con droga, aunque a una escala mucho menor que en los viejos y buenos tiempos, éramos Ángel y yo. A Machado y al Fule los veíamos muy de vez en cuando. Ya nada era igual que antes en Las Zalcas. Nosotros también habíamos cambiado. Comenzaban a imponerse la frialdad y la desconfianza. El grupo estaba en lento pero constante proceso de desintegración.

–¿Y cómo puede alguno de esos dos enviarnos un *e-mail* desde la dirección de Ángel... desde su cuenta de correo?

Lo que Marta acababa de plantear en voz alta era algo que yo también me estaba preguntando en ese momento. Pero había otro interrogante más urgente en mi opinión:

–¿Y para qué? Porque esa es la cuestión principal. ¿Para qué querían que fuera yo a la nave y descubriera el cadáver? ¿Por qué quiere, el que sea que lo haya escrito, que yo vaya allí... y vea...? ¿Qué espera? ¿Que llame a la policía? ¿Debería llamar?

Ella me miraba ahora rodeada de pequeñas pelotas de papel, desde el sofá de tres plazas cubierto con una funda blanca y azul estampada con veleros y delfines, sin despegar los labios, con los ojos muy abiertos, sin parpadeo. No parecía tener la respuesta a ninguna de esas cuestiones. Entonces, apenas segundos después de haber mencionado a la policía, una especie de gong que sonó en mi interior me puso en un estado de alerta extrema y me impulsó en una dirección específica. Fue un presagio repentino. Había algo –comprendí de pronto– que debía hacer de inmediato.

Sin explicarle nada a Marta abandoné el salón y me dirigí a la habitación donde tenemos el ordenador. Todavía estaba encendido. Moví el ratón con violencia para eliminar el protector de pantalla y desvelar los iconos de mi escritorio sobre su fondo fijo de prado y cielo azul. Teclé apesuradamente la contraseña para acceder a mi cuenta de correo. El presentimiento que me había llevado hasta allí resultó certero. Tenía un nuevo mensaje, en efecto. Marta me había seguido y estaba ahora mirando por encima de mi hombro. Se cernía por detrás de mí sobre la pantalla, apoyando el codo en el respaldo de la silla. Podía notar su respiración angustiada muy cerca de mi oído.

«Estoy muerto, ya lo sé. Tú me has metido una bala en la cabeza esta mañana.

Me has disparado con tu arma preferida, la que sueles utilizar cuando hacemos prácticas en la playa de la Torre Derribada. Tus huellas están ahí: en la Hammerli SP20 que he escondido cerca de la nave, en un lugar adecuado para que la encuentre la policía.

»Habrás visto que mi mensaje anterior ya se ha borrado de tu bandeja, y pronto desaparecerá también este. No vale la pena que pierdas el tiempo intentando averiguar cómo lo hago. La situación está así: probablemente no encuentren mi cuerpo hasta el lunes, contamos los dos con ese margen. Y mañana tú atracarás el Versalles, como habíamos planeado juntos. Tienes los datos que necesitas. Si lo haces bien, podrás quedarte con la tercera parte del botín. El domingo te diré dónde está escondida el arma. Es verdad que ambos corremos un riesgo. Eso no es una novedad, ¿verdad? Cuando entiendas lo que ha ocurrido yo estaré lejos. No te preocupes: cumpliré mi parte del trato, porque no quiero que me persigas o me denuncies. Puede que la policía sospeche de ti, por mi asesinato o por el robo, es cierto, pero sin el arma y sin testigos no será fácil acusarte de lo más grave. Piénsalo deprisa. Si sigues las instrucciones, al menos tienes una oportunidad. Recuerda que nos han visto discutir. Lamento decirlo, pero en este momento eres el principal sospechoso de lo mío. Así que no tienes opción, creo. El domingo por la mañana te diré cuál es el escondite del arma y lo que tienes que hacer con el dinero.»

Me volví hacia Marta y la interrogué con los ojos, pero ella no me miraba a mí; seguía con la vista fija en la pantalla, aunque sin duda ya le habría dado tiempo de sobra a leer aquel nuevo mensaje no excesivamente largo.

—¿Qué piensas? —me atreví a susurrar. Ella no respondió enseguida. Me miraba con una expresión en la que cabía todo (ira y compasión, perplejidad y reproche) inestablemente mezclado y condensado en su rostro.

—Creo que uno de los dos quiere ganar noventa mil euros a tu costa.

Desde luego esa era la conclusión más evidente. Machado o el Fule pretendían que yo diera el palo para quedarse luego con el botín.

—O los dos —apunté, mientras salía de mi cuenta de correo. Marta asintió—. Pero hay otra cosa muy importante: Ángel está muerto. ¿Por qué lo han matado? ¿Y por qué hablan ahora en su nombre? ¿Qué significa todo esto?

Por supuesto, Marta tampoco podía responder a ninguna de esas preguntas. Los dos nos habíamos transformado de pronto en un par de verdaderas liebres corriendo en un canódromo, perseguidas por una jauría mecánica, sigilosa.

\* \* \*

La mayoría de nosotros vivimos en un mundo de causas y efectos en serie. He

tropezado porque había un boquete en la acera. La baldosa estaba rota. Falso. Esto es solo un espejismo. La baldosa quebrada no es la causa del tropiezo. Todo lo contrario. Es la necesidad de tropezar la que ha roto la baldosa. Es mi tropiezo lo que hace muy probable que la baldosa estuviera rota. Lo único verdadero y cierto es nuestra caída. Eso es lo que ha existido siempre. Nosotros tropezando es el centro de todo cuanto existe. El tropiezo es en verdad la única causa. Causa absoluta, incausada. Lo demás es puramente contingente. Todo, excepto nuestra caída. Esa es la única necesidad verdadera. Ese fin es lo que resquebraja y destroza retrospectivamente todas las baldosas de todas las ciudades del mundo, lo que abre sus zanjas o deja sus cloacas abiertas.

Llevamos la trampa con nosotros. Yo soy la trampa en la que caigo. Y la oscura, la tenebrosa necesidad de un porqué es el centro de nuestra rebelión. No hay porqué. Las cosas son como son. Quieres saber, para controlar tu destino. Miras alrededor y distingues largas cadenas de sucesos, pero no adviertes que al principio, y a veces también al final, hay siempre un suceso decisivo y gratuito, sin causa ni explicación. Crees que eres un ser libre que opera en un mundo lógicamente ordenado. No. Tú formas parte de una de esas cadenas, sueltas y desconectadas. Y el último eslabón es siempre tu derrumbamiento. Ha sido eso lo que en realidad lo ha desencadenado todo. Hacia atrás. La única causalidad plausible es retroactiva. Desde el principio hasta tu desmoronamiento todo lo que realmente te afecta es, en esencia, accidental, irracional. Sin embargo, si consideras tu caída como absolutamente necesaria, el origen y el fin verdadero, entonces has encontrado un propósito, un sentido. Aunque esto no te consuele demasiado. Pero es que el universo no existe para consolarte a ti. Tenéis razón, dije que no iba a haber aquí especulaciones gratuitas. Dije que no iba a extraviarme en inútiles filosofías, en teorías confusas, o bien demasiado trilladas, demasiado conocidas por todos nosotros. Viejos cachivaches que no nos sirven para nada. Sin embargo no puedo dejar de preguntarme el porqué de las cosas. ¿Podéis vosotros? Y eso mismo, lo sé, fue precisamente el principio de mi necesaria caída.

El viernes a mediodía Marta y yo estábamos intentando entender todavía la cadena de hechos inevitables que nos llevaba directamente hacia nuestra perdición, pero no había ninguna manera de formarla que fuera convincente y que realmente funcionase. Era un día tórrido, típico de finales de septiembre en nuestra región. Preparamos un arroz congelado para comer. Porque había que comer, de todos modos.

–Voy a llamarlo –dije, mirando la pantalla de la televisión que estaba encendida y masticando mecánicamente, sin obtener ningún placer de la comida.

–¿A quién?

Miré a Marta y vi mi propio miedo incrementado, intensificado en sus ojos. Eran pardos sus ojos. Casi verdes. Del color del jerez que tanto nos gustaba. Apenas

habíamos bebido jerez aquel verano. Apenas hacíamos ya nada de lo que realmente disfrutáramos. Ni siquiera con nuestros cuerpos. La ansiedad es el demonio. Es el enemigo. No hay otro peor. La felicidad es imposible cuando se tiene miedo. En esas condiciones el amor solo puede sobrevivir encapsulado, latente, como ciertos organismos en los climas extremos. Esperando una situación más benigna, más propicia para desarrollarse. A menudo me preguntaba si estábamos nosotros así, o habíamos dejado ya atrás el punto de no retorno a partir del cual resultaría imposible la regeneración. Daba igual. En aquel momento no importaba, porque había algo mucho más urgente, mucho más apremiante que resolver. Y éramos aliados forzosos. Estábamos luchando juntos para salir del cenagal en el que nos habíamos extraviado.

–A Fule. Voy a llamar a Fule.

–¿Y si es él? ¿Y si son ellos...? –objetó, visiblemente alarmada.

–Y si son ellos qué –corté de modo tajante sus reticencias–. Qué pasa si son ellos. Mejor que salga todo a la luz. ¿Ha matado Fule a Ángel? No lo creo. En todo caso Machado. Eso me encajaría un poco mejor. Pero no Fule. No me lo creo. Además... da igual. ¿Qué van a hacer ahora? ¿Pegarme un tiro a mí? No me importa correr el riesgo. No aguanto más esta mierda. ¿Qué quieren? ¿Que me coma el marrón del atraco y les dé el dinero? No voy a hacer eso. No estoy loco. No creo que me maten. Y de todas formas...

No sabía lo que estaba diciendo. Me sentía como si estuviera braceando en una gruta llena de murciélagos rabiosos, con la esperanza de mantenerlos así a raya. Eso era lo que hacía, lo que estábamos obligados a hacer los dos ahora: manotear en la oscuridad, espalda contra espalda.

–¿Vas a llamar a Fule? –me interrogó Marta con gesto angustiado.

–Sí. Lo voy a llamar ahora mismo –confirmé, empujando la silla con las corvas y levantándome para buscar mi móvil.

Mi teléfono estaba en el cuarto del ordenador. Volví al comedor tecleando para buscar en la agenda el número de mi camarada. Lo encontré enseguida y pulsé el botón de llamada con decisión, sin darle más vueltas. Que ocurriera cuanto antes lo que tuviera que ocurrir. Esa era la idea predominante en mi cabeza. Esa era, en realidad, la única idea.

No tardó en contestar. Oí la voz de Fule muy pocos segundos después de haber oprimido la diminuta tecla verde.

–Dime... Qué pasa...

Decidí abrir fuego cuanto antes.

–Dime tú lo que pasa.

Entonces le oí reírse con una naturalidad que me pareció difícilmente impostada.

–¿De qué vas? –me interrogó, sin perder el buen humor. Decidí cambiar bruscamente de registro:

–Mira, Fule, ha pasado algo malo. ¿Podemos vernos?

Apenas dudó, tardó muy poco en responder:

–Claro... pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿No vas a decírmelo?

El que dudaba ahora era yo. ¿Se estaba haciendo el tonto? ¿Era eso? Si él estaba metido en lo de Ángel, si incluso era él mismo quien le había disparado, aquel grado de cinismo, de fría malevolencia, me parecía difícilmente compatible con su carácter. Lo consideraba un pusilánime, un débil. Al menos esa era la imagen que yo me había formado de él desde los tiempos del colegio. ¿Cómo imaginarlo matando a alguien?

Fule tenía dos años menos que nosotros. Era el hermano pequeño de Damián, un amigo de Ángel. Damián, en cambio, sí era compañero nuestro de curso. En aquella época a Fule lo tratábamos como a una especie de mascota. Realmente, yo apenas tenía contacto con él. No puedo contar en total más de un par de ocasiones, tres a lo sumo, en que coincidiéramos fuera de la escuela. Recuerdo que Ángel y Damián lo utilizaban de vez en cuando para divertirse, eso sí. Después, cuando tenían un plan de mayor alcance, algo más interesante que hacer, lo apartaban sin contemplaciones.

Una vez Ángel me contó la aparatosa broma de la que Damián había hecho víctima a su hermano menor. Estuvo involucrado también un tal Carlos. El abuelo de este último chico tenía por lo visto una especie de granja cerca de Las Zalbias, en el campo de Longares. En esa zona de tierra productiva, que por entonces los propietarios estaban forrando a marchas forzadas con el plástico de los invernaderos, quedaban todavía algunos pequeños huertos y explotaciones tradicionales. Granjas como la del abuelo de Carlos, localizada no muy lejos de donde yo mismo me había criado. Había que tomar un desvío desde la carretera vieja. Era fácil llegar con las motos. La idea se le había ocurrido a Damián, en vista de la obsesión de su hermano por las historias de extraterrestres. Fule se pasaba el día inspeccionando el cielo y hablando a todo el que le prestara oídos del triángulo de las Bermudas, de la escalofriante abducción del matrimonio Hill o de los cuerpos autopsiados en la base de Roswell.

Yo me enteré de lo que ocurrió semanas después, así que los detalles quedan fuera de mi alcance, pero en resumidas cuentas lo que hicieron fue someter al pobre Fule –no tendría más de doce años en ese momento– a una experiencia verdaderamente aterradora. Por lo que puedo recordar de lo que Damián y Ángel me explicaron más tarde, habían esperado a que se hiciera de noche, procurando alimentar entre tanto con toda la leña posible el vivo fuego de la imaginación de su víctima. Y por fin, cuando ya apenas quedaba luz diurna, para perpetrar un simulacro convincente de «encuentro en la tercera fase» parece que sus compinches –no sé cuántos andarían metidos en aquello– recurrieron a un traje de apicultor que

el abuelo de Carlos guardaba en un cobertizo, además de alguna linterna y no sé qué otras cosas de sucedánea virtud paranormal.

El resultado final del montaje fue que Fule terminó defecando en sus pantalones. Al menos eso es lo que triunfalmente me relataron los maliciosos bromistas. No fui testigo de aquello; aunque, para decir toda la verdad, los escuché con bastante envidia. Me habría encantado participar.

Sin embargo, por lo visto la diversión no estaba exenta de riesgos a medio plazo, como quedó patente cuando Fule consiguió vengarse (ya habían transcurrido algunos meses) de al menos dos de los implicados. A Carlos lo denunció a la dirección del colegio por fumar marihuana en el recreo y a otro de los chicos lo convirtió en blanco de una tremenda bomba fétida cuando retozaba con su novia en la parte trasera de la furgoneta de su hermano. Así que no era tan inofensivo este Fule como pudiera suponerse. Y ahora, oyéndolo hablar, oyéndolo manifestar aquella sorpresa tan natural, aquella curiosidad tan comprensible, yo no sabía muy bien a qué atenerme:

–Claro... pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿No vas a decírmelo?

El tono de su voz parecía enteramente normal y espontáneo. No podía apreciar la menor fisura, la más mínima inflexión que me permitiera sospechar una intención oculta o un intento de disimular su verdadero estado emocional.

–Te lo cuento esta tarde. Nos vemos en El Fresno... –miré el reloj del DVD–, en una hora. ¿Puedes?

Me prometió que estaría allí como mucho en hora y media, sobre las cinco o cinco y cuarto. Colgué el teléfono y busqué la mirada de Marta, ansioso por hallar alguna clase de respaldo, pero no había nada de eso, nada reconfortante detrás del velo acuoso de sus ojos –otra vez estaba llorando–, sino una angustia insoslayable e incluso, me pareció, un punto de reproche. Así que le di la espalda sin decirle nada y me dirigí al cuarto del ordenador de nuevo. No sé cuánto tiempo estuve absorto o, más bien, pasmado ante la pantalla, intentando dar con alguna idea en mi cerebro que pudiese remotamente presentar alguna utilidad en aquellas extrañas circunstancias. Pero esto era lo mismo que escudriñar la superficie de Marte intentando dar a simple vista con algún signo de vida.

\* \* \*

Hace unos cinco minutos que Fule ha entrado en El Fresno. Yo ya estaba allí esperándolo. No parece nada preocupado por lo que le pueda contar. Es más bien curiosidad lo que percibo en sus ojos pequeños, inquietos. Mi amigo es un tipo algo esmirriado que recuerda en varios aspectos a un personaje de *cartoon*. Uno de esos con un repertorio escaso de movimientos mecánicos, a modo de tics, que se suceden recombinaados en series cíclicas. Parpadeo rápido, cruce de piernas,

balanceo de un pie. Está sentado frente a mí ahora mismo. Ha saludado sonriendo y se ha sentado. Yo he correspondido a su saludo con un escueto «hola» y enseguida ha venido el camarero. Entonces él ha pedido una cerveza. En este momento me mira y se mordisquea la uña del pulgar de la mano derecha. Descruza las piernas. Se toca el pelo. No para. No sabe dominarse. Se lo comen los nervios. Pero todo esto no es nada inhabitual en él.

–Bueno... ¿me lo vas a contar ya? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Para qué querías verme?

El camarero le trae la cerveza. Le falta tiempo: inmediatamente da un par de ávidos tragos. Ahora me mira con sus ojos de comadreja, parpadeando de nuevo varias veces. Está algo excitado, sí, pero no parece preocupado en absoluto. Sonríe y cruza las piernas de nuevo. Impaciente, eso sí, pero no preocupado. Ya no balancea el pie como antes, sino que traza pequeños círculos con él. Una mínima variación. Lleva zapatos deportivos muy ligeros, con cordones. Una mata de pelo muy oscuro y liso cubre generosamente un cráneo más bien oblongo. Definitivamente, no tiene miedo ni sospecha nada malo. Simplemente espera a que yo tome la iniciativa.

–Ángel ha desaparecido. ¿Sabes tú algo?

Imagino que eso debería bastar para hacer que se le desprendiera la careta si estuviese disimulando, pero no aprecio cambio alguno en su expresión. En todo caso, nada que refuerce mi sospecha. Todo lo contrario, ya que el asunto parece hacerle más bien gracia.

–¡Joder! Qué misterioso, ¿no? –dice riendo–. Qué quieres decir... ¿Que no contesta al móvil?

En ese momento me veo obligado a tomar una decisión importante de forma inmediata. Evalúo con rapidez las opciones de que dispongo. Ahora mismo podría replicar: «No, lo que quiero decir es que está muerto. He encontrado su cadáver en la nave con un tiro en la cara. ¿Has sido tú el que le ha disparado?». Sin embargo, me inclino por una nueva maniobra de sondeo, confirmando la suposición de Fule para avanzar un poco más:

–Exacto, no contesta al móvil. Hace un par de días que lo estoy buscando y no aparece por ninguna parte.

En ese mismo instante estamos sentados a una mesa muy próxima a la que habíamos ocupado Ángel y yo la noche pasada. Así que lo de «un par de días» no es más que un ardid, un recurso dramático para subrayar la anomalía de la ausencia de nuestro amigo. Quiero ver cómo reacciona ante esa declaración; pero él se limita a enderezar el cuerpo descruzando las piernas y le da un nuevo sorbo a su jarra de medio litro.

–Ni idea –dice con una diminuta trenza de espuma en su carnoso labio inferior, mientras vuelve a dejar la cerveza en la mesa de madera barnizada–. Es raro, ¿no?

Ahora parece un poco preocupado, pero sigue sin ofrecer la clase de signos de alarma que suelen aflorar en el rostro cuando un caso grave nos concierne directa y personalmente. La impresión que da es más bien la de estar intrigado.

–Eso creo –confirmo–, eso pienso yo... que es muy raro –en realidad estoy mucho más angustiado que él, y seguramente lo acabará notando. Hace rato he pedido un té, pero ya casi no queda nada de líquido en la taza. Y lo que queda se ha enfriado. De todas formas me la acerco a los labios y doy un mínimo sorbo sin dejar de observar a mi camarada. Ahora su semblante resulta inexpresivo, completamente neutro: aséptico. Mientras lo miro, mientras lo examino, noto la sangre moviéndose arriba y abajo y de un lado a otro por mi cuerpo, como el agua de un cubo con el que alguien hubiera tropezado. Me pregunto si soy eso. Me pregunto si soy una especie de recipiente indebidamente colocado en el camino de alguien, un obstáculo que será abatido, derribado, desechado en cuanto no presente utilidad alguna. ¿Quién está jugando conmigo? Hay que decidir. Hay que decidir ahora y está prohibido equivocarse. Él no tiene nada que ver, pienso. No sabe nada. No sabría mentir tan bien. Ni siquiera habría venido si hubiera matado a Ángel. ¿Por qué está aquí? Porque no tiene nada que temer. Porque no oculta nada. Soy yo el único que oculta algo. Soy yo el único que teme algo. Entonces Machado es el asesino. Ya no hay otra posibilidad. Y súbitamente decido internarme por un camino muy peligroso en mi loco deseo, en mi deseo desbocado por escapar del peligro–. Escucha... ya sabes lo del Versailles. Sabes que Ángel y yo planeábamos dar un palo allí, ¿te acuerdas? –Fule asiente y aparta la jarra con cuidado para apoyar los codos en la mesa, receptivo, atento–. El caso es que el otro día hablé con él, pero se echó atrás, ¿vale? Ángel se echó atrás y me dejó colgado. Ahora ha desaparecido. No sé dónde está. Yo no puedo hacerlo solo. ¿Te vendrías conmigo mañana? Ya sé que es precipitado, pero escucha... casi no hay riesgo, te lo aseguro. Allí no tienen sistema de alarma y la vigilancia es mínima. Te digo que es muy fácil... Ángel y yo lo teníamos todo controlado. Hemos hablado con gente que ha pasado por el local, gente de confianza, y nos han dicho que un sábado puede haber noventa mil euros en la caja, o más. No sé por qué este tío se ha rajado. Es un cobarde. No lo entiendo. Pero yo voy a seguir con el plan, si tú me ayudas... ¿Te asocias conmigo?

Le hablo susurrando y gesticulando enfáticamente para transmitirle confianza; pero sé que tampoco soy muy bueno mintiendo y temo que no me salga bien la jugada; aunque parece escucharme con interés. Ha dejado de mirarme a los ojos, sí, pero no de prestar atención a cada palabra que pronuncio mientras se muerde otra vez la uña del pulgar. Está pensando, está decidiendo él también. Y sabe, igual que yo, que un error le puede costar caro. Sigo hablando con él durante diez minutos, o tal vez veinte. Son ya casi las seis y el murmullo del local a nuestro alrededor no ha hecho otra cosa que aumentar. Es una manta de sonido que encubre nuestra

charla ilegal, nuestros planes de atraco, nuestra inseguridad de ladrones inexpertos, temerarios, aunque ya no exactamente primerizos. No desde el verano anterior. Entonces, como un premio inesperado a mi insistencia, a mi perseverancia, como un inopinado galardón a mis subestimadas aptitudes persuasivas, ocurre el prodigio, se verifica el milagro:

–Vale. Voy contigo mañana. Voy si repartimos a medias. Y si me aseguras que habrá por lo menos los noventa mil que has dicho. ¿Puedes garantizármelo?

–Claro que te lo puedo garantizar –confirmo, con una voz todo lo sólida que soy capaz de emitir en medio de mi zozobra. Él se disculpa por tener que ir al baño. Esto tampoco supone una novedad. Fule es diabético y tiene que orinar con mucha frecuencia. La idea de robar en un prostíbulo de carretera con la ayuda de un diabético esmirriado que apenas es capaz de controlar sus propios nervios me parece grotesca. Por un segundo me arrepiento de habérselo propuesto, pero solo por un segundo. Enseguida me aferro a la conclusión de que es la jugada menos mala de que disponía en ese momento. Al menos así me guardo un comodín y podré decidir más tarde.

\* \* \*

Eran las siete y media cuando salimos. Estuvimos una hora larga repasando juntos los detalles, aunque no hubiera muchos detalles que repasar. El plan era sencillo. Consistía en entrar armados y llevarnos el dinero. Lo más difícil fue convencerlo de que Ángel no nos causaría ningún problema, algo de lo que yo no podía estar más persuadido. Explicarle que simplemente se había rajado y que no había ningún gusano escondido en la jugosa manzana del Versailles que yo le había puesto delante de la nariz, eso fue lo más complicado de todo. Me llevó mucho tiempo. En cuanto al atraco en sí, Fule parecía estar completamente de acuerdo conmigo en su facilidad y escaso riesgo. Lo malo era, por supuesto, que el gusano realmente estaba allí. El gusano medía un metro ochenta y algo y presentaba un agujero de bala un poco por encima de un ojo.

En cierto momento llegué a preguntarme si no sería mejor contarle toda la verdad. Deseché enseguida esa ocurrencia, claro. El caso era que alguien tenía en la mano una llave inglesa perfecta para apretarme al máximo cada tornillo. El hecho era que yo había discutido con Ángel, ante varios testigos, en aquel mismo local la noche anterior. Y ahora Ángel estaba muerto. Estaba sentado en el viejo tresillo de la oficina de su padre, en la nave abandonada del antiguo negocio familiar, esperando a que alguien lo descubriera. Cosa que sucedería probablemente el lunes por la mañana. Entonces revisarían las cámaras de seguridad del polígono. Y quizá yo apareciese en alguna grabación, no era nada descabellado ese temor. Además,

encontrarían la bala y también el arma. Y allí, por supuesto, estarían mis huellas. Eso no parecía ningún farol.

Machado sabía cuál era la pistola que yo utilizaba siempre que hacíamos prácticas en las salinas, junto a la playa. Machado –ya casi había descartado cualquier otra posibilidad, respecto a la identidad del anónimo chantajista y asesino que utilizaba la cuenta de correo del difunto Ángel–, Machado había tramado un plan simple, eficaz: la única salida para mí era llevar a cabo ese atraco y confiar en que luego él me dijera el escondite de la Hammerli SP20. Seguramente lo haría. Cumpliría su parte del trato para evitar que yo pudiera complicarle la existencia. Más dudoso me parecía que estuviera dispuesto a compartir el botín, aunque tampoco lo descartaba. La cuestión era: ¿por qué había matado a Ángel? Eso, realmente, no tenía ningún sentido. Si quería participar en el negocio, si codiciaba el dinero, habría podido asociarse con él. Así de sencillo. ¿Qué había pasado entre ellos? ¿Qué página me había saltado yo del cuento? ¿Qué porción de la foto estaba velada o en qué parte de la película me había quedado dormido? Faltaba algún tipo de pieza clave, eso seguro, pero no tenía tiempo para buscarla.

Y quien fuera, el que estuviera utilizándome, contaba con eso, por supuesto.

Cuando Fule y yo nos despedimos hasta el día siguiente, en la puerta de El Fresno, todavía no había tomado la decisión irrevocable de seguir las instrucciones dictadas en el último *e-mail* de Ángel. Aunque hiciera creer lo contrario a mi compinche con toda clase de gestos resolutivos y de fanfarronadas, lo cierto era que únicamente pretendía asegurarme su complicidad por si finalmente claudicaba. Es decir, por si llegaba a la conclusión de que dar el palo en el Versailles era la única o la mejor salida posible. La menos mala, en todo caso.

Volví a casa andando. Cuando llegué serían cerca de las ocho. Deseaba contarle enseguida a Marta las novedades de la conversación en El Fresno. Apenas quedaba luz diurna. El sol estaba ya muy bajo y Las Zalbias se preparaba para una noche tórrida, febril, en el último recodo de un sinuoso (para nosotros, sinuoso) y extenuante verano.

\* \* \*

Pero Marta no estaba allí. Había salido. En realidad me lo había advertido, aunque yo esperaba que a esa hora ya estuviera de vuelta. «Mientras tú hablas con Fule, yo voy a casa de Paula... puede que ella sepa algo.» Entonces le pedí que hiciera lo mismo que pensaba hacer yo con el otro. Es decir, le pedí que sondeara a Paula, pero evitando revelar lo ocurrido; evitando a toda costa contarle lo del «accidente» de nuestro amigo Ángel.

Imagino que convendrá que os ofrezca alguna idea de quién es Paula, considerando que juega un papel después de todo no tan secundario en esta

historia. Ella es amiga nuestra casi desde los tiempos del instituto. Amiga de Mariló, la ex de Ángel (estos dos habían roto poco antes del verano, en la misma época en la que nosotros achicábamos agua muy deprisa en nuestra propia relación para evitar un inminente naufragio), e íntima de mi novia. Así que cuando Marta me dijo que pensaba ir a verla no me pareció mala idea. Podía saber algo importante que nos sirviera para salir de nuestro laberinto. Era una posibilidad que no había que pasar por alto.

Cuando oí a Marta entrar en casa, mientras me tomaba una cerveza en la cocina, serían aproximadamente las ocho y cuarto; ya casi noche cerrada. Esperaba que fuese allí a buscarme, pero no lo hizo. Así que salí yo con la botella y fui a su encuentro. Estaba en el comedor examinándose el antebrazo. Tenía una herida bastante grande y sangrante entre el codo y la muñeca. Algunas gotas rojas y oscuras habían caído al suelo entre sus tenis rosa. La interrogué: «¿Qué te ha pasado?». Ella me miró con un gesto duro, de disgusto o más bien de desconfianza, pero no respondió. No abrió la boca. «¿Has estado en casa de Paula?» Ante esta nueva pregunta se limitó a asentir.

Entonces me acerqué a ella. Permitted que examinara su brazo. Realmente no era más que un rasguño: algo de piel levantada y poco más. «Ven al baño –le dije–, lavaremos esto...» Le pasé un brazo por los hombros y utilicé la otra mano para sostenerle el miembro herido y para guiarla. Ella se dejó conducir. Al llegar al aseo dijo algo que me sorprendió: «Vamos a tener que ir a la policía». Abrí el grifo sin darme por enterado y ella, con cierto aire ausente, como de sonámbula, se lavó la herida.

–¿Me vas a decir ya lo que te ha ocurrido?

Se volvió hacia mí con una mueca extraña, indecisa. Parecía incapaz de explicar el suceso. La ayudé a quitarse el jabón y le envolví el brazo con la toalla, cuidadosamente.

–Alguien ha intentado atropellarme.

Ahora, por primera vez, me pareció realmente asustada. Pensé que se iba a poner a llorar de nuevo, pero logró dominarse, no sin cierto visible esfuerzo.

–¿Quién? –pregunté, estúpidamente.

–¡No lo he visto! ¿Cómo quieres que lo vea? –protestó ella.

–Pero... dónde... –no daba con las palabras que debían propiciar el relato; hice un gesto de súplica mostrándole las palmas de las manos y fue entonces cuando por fin se decidió a hablar, empezando por el principio.

Por lo visto había mantenido una larga conversación con su amiga. No le había contado nada sobre mi hallazgo del cadáver de Ángel en la nave, pero sí logró sonsacarle alguna información relativa al paradero de Machado. Según Paula, ya no estaba trabajando en la capital, como suponíamos nosotros. Andaba metido en algo raro. Había comentado por ahí que iba a largarse a México. «¿Y todo eso... –la

interrumpí— cómo lo sabe Paula?» Marta movió la cabeza negativamente. Apagué la luz del aseo. Nos pusimos en marcha hacia el comedor, ella con el brazo en cabestrillo, sujetándose la toalla. «Ya sabes cómo es... —dijo—, habla con todo el mundo. Se pasa el día entero colgada del Facebook. Siempre se entera de todo.» Y era cierto, desde luego. En Las Zalbias no encontrabas un chicle pegado en un banco sin que ella pudiera señalar al autor o autora de la fechoría. Así que no pregunté más. Permití que Marta continuase.

Me contó que le había dicho a Paula que necesitábamos dar con Machado urgentemente porque yo quería preguntarle algo y pedirle ayuda para un asunto. Entonces ella había hecho una pregunta lógica: «¿No contesta al móvil?». Al parecer Marta, para salir del paso, dijo resueltamente que no, aunque lo cierto era que todavía no lo habíamos intentado. «Lo voy a llamar ahora mismo», apunté, mientras la ayudaba a recostarse en el tresillo y a poner los pies en alto. Le quité los tenis rosa y los coloqué frente al pladur. «Voy a llamar a Machado... —repetí—, pero cuéntame antes qué te ha ocurrido al salir de casa de Paula. ¿Qué es eso de que han intentado atropellarte?» Parecía agotada. Acababa de cerrar los ojos y resultaba evidente que tenía que esforzarse mucho para seguir hablando.

—No lo sé —gimió, apartándose los rizos de la cara con la mano libre—, un todoterreno negro... venía muy rápido, me asusté y me caí por el terraplén...

Yo sabía bien dónde vivía Paula, de modo que no me costó mucho interpretar el sentido de estas palabras. Su casa está en un barrio de las afueras. Da a una calle en la que hay un desnivel que se precipita con un declive pronunciado hacia un descampado cubierto de maleza y escombros. También hay por allí, un poco más abajo todavía, un aparcamiento de tierra y varios almacenes semiderruidos. Conozco el lugar y no me costó mucho representarme la escena que Marta me describía.

—Descansa —le dije, besándola en la sien—, espérame aquí. Voy a llamar a Machado ahora mismo.

Fui al cuarto del ordenador en busca de mi móvil. Hacía mucho que Machado y yo no nos veíamos. En realidad, Ángel era el único del grupo con el que me mantenía en contacto. Ni siquiera recordaba cuál era la última ocasión en que había estado con Fule antes de nuestra charla en El Fresno de esa misma tarde. Y con Machado me pasaba lo mismo. Pero todavía tenía su número en la agenda de mi celular. Pulsé la tecla e inmediatamente recibí el frustrante y consabido mensaje: «El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura». El paradero de nuestro amigo era un enigma. Sin embargo, la intuición de su presencia, la amenazadora sensación de su proximidad adquiría solidez a medida que nos sumergíamos en aquella bochornosa y claustrofóbica noche de viernes, impregnada de angustia y de cierto remoto olor a algas podridas. Un olor que posiblemente procediera de la

playa de la Torre Derribada. Una vaga fetidez de algas muertas empujada por un levante húmedo y perezoso.

\* \* \*

Marta está acuclillada en la orilla, orinando. El mar es del color del vino rosado y una lengua de espuma le lame los tobillos. Ella ríe. No le importa que la vean los demás. Eso me molesta. Hace que me hierva la sangre. Ahora se baja la falda y sale corriendo, pisa la arena con los pies desnudos, pero no viene hacia nosotros, sino que se aleja. De pronto se para, se vuelve y mueve las caderas, como si bailara la danza del vientre o algo así, de ese estilo. ¿Realmente es Marta? ¿Es la Marta de siempre? No estoy nada seguro. Fule y otro tipo al que no conozco me enseñan sus cartas. A ese otro no puedo verle bien los ojos, está sentado frente a mí y tiene el sol a la espalda. Además, sus ojos parecen muy rasgados, pequeños o extrañamente hundidos. Sé que sonrío y dice algo de terminar de una vez la partida para ir a pescar. «Prefiero la sardina a la lubina o a la dorada. Aquí no sabéis espetar.» Viene del sur, creo que de Tarifa. Es un amigo de Machado que estaba de paso por Las Zalbias, lo recuerdo ahora. («Vozotro no zabéi e'petaa.») ¿Así que se trata de él? Pero ¿y Machado? ¿Por qué no está con nosotros? Entonces se levantan Fule y el otro individuo, de improviso, como si lo tuvieran ensayado, y vuelcan la mesa plegable, justo cuando yo tenía la mejor jugada. Ahora dicen algo de montar en el tiovivo. Hay, efectivamente, uno instalado en medio de la arena, sí, pero en lugar de los típicos caballitos esmaltados está provisto de unas extrañas jaulas y yo me resisto a subir. Ellos gritan, insisten y se burlan de mí. Marta se ha sentado entre los dos y el operario ha echado el cerrojo. Parece que están encerrados, pero no les importa. En el último segundo, me decido. Yo voy solo. «No te preocupes», dice riendo el dueño del tiovivo, mientras echa el cerrojo de mi extraño asiento-jaula. Entonces veo que ellos tres, en ese preciso momento, abren la carlinga y salen corriendo. Intento hacer lo mismo, pero es inútil. No logro abrir mi jaula y el tiovivo se pone en marcha. Veo que solo hay otro pasajero, justo delante de mí. Cuando vuelve la cara compruebo, sin sorpresa, que se trata de Ángel. Parece que está mudo. Hace un claro aunque ridículo gesto con los dedos señalando sus labios apretados y replegados hacia los dientes. Parece alegre, pero me indica que no puede hablar. Me falta el aire. Quiero bajar. Siento pánico.

Abro los ojos y me incorporo sobresaltado.

Marta me abraza casi inmediatamente, me besa la cabeza. «Estabas soñando», susurra. Por encima de su hombro veo la lámpara romboide de papel de arroz que cuelga sobre la mesa auxiliar del comedor. Estoy en casa. ¿No es esta nuestra casa? No ha pasado nada. Todavía no. Me tranquilizo. Y lo que ha pasado no tiene nada que ver conmigo.

–No pueden demostrar que lo he hecho yo –ella me acaricia la frente como a un chiquillo–; porque yo no he sido, simplemente. Eso no ha tenido nada que ver conmigo.

–No. Claro que no.

Nos miramos en silencio durante un rato. Somos dos pájaros incapaces de levantar el vuelo. Dos pájaros asustados, inmóviles sobre la misma rama, muy juntos.

–¿Qué vas a hacer mañana?

Me mira como si temiera la respuesta. Se ha separado de mí. Se ha echado hacia atrás. Ya no me toca en absoluto. ¿Cómo sienten los pájaros el contacto a través de sus plumas? ¿Cómo es su sentido del tacto? ¿Y su sentido de la solidaridad? Me hago a mí mismo estas preguntas absurdas mientras indago una respuesta para la de ella.

–No lo sé. La verdad es que todavía no lo sé.

La televisión está encendida y casi es la única fuente de luz, excepto la que nos llega desde el recibidor. Con un gesto, le pido a Marta el mando a distancia. Alarga el brazo herido hacia la mesa auxiliar, toma el mando y me lo entrega. Veo que se ha puesto un apósito y un vendaje ligero. Ha debido hacerlo mientras yo dormía. Son ahora más de las dos de la madrugada. No sé cuánto tiempo he dormido. Lo último que recuerdo es haber tomado unos cereales y algo de fruta en la cocina, antes de venir al salón y quedarme amodorrado junto a Marta delante de la tele. Ahora concentro mi atención en la pantalla y subo un poco el volumen.

He visto este programa unas cuantas veces. No entero. Pero sí fragmentos: multiverso, computación cuántica, neurocibernética, bosón de Higgs y otros temas por el estilo. La curiosidad ha sido siempre el rasgo principal de mi carácter. Durante un tiempo me interesé por la literatura y más tarde también por la filosofía; pero el interés por la ciencia ha resultado el más constante. El conductor o presentador del programa es lo que se suele llamar un divulgador científico. En otras palabras, alguien que sin tener la menor idea de lo que realmente es ciencia se permite invocarla de continuo para dignificar y homologar sus propias recetas de felicidad. Un charlatán autocomplaciente, me parece a mí. Un bocazas satisfecho. ¿Algún día –no puedo evitar preguntármelo– saldrá a relucir la verdad sobre esta especie de chamanes científicistas? ¿Algún día se desenmascarará a esta ralea de clérigos laicos que predicán la fraternidad y el derecho a la felicidad universal apoyándose en no se sabe qué teorías científicas totalmente demostradas? Y desde luego esas fórmulas para destilar felicidad funcionan, no hay que dudarlo. Funcionan con ellos mismos. Basta, por ejemplo, con verle la cara a este bodoque, llenando hasta la saturación de beatitud babosa mi pantalla panorámica de alta definición.

Mi enfado no es ni mucho menos infundado. ¿No soy yo, en cierto modo, una

de las víctimas silenciosas de ese clan de tramposos que son los voceros del mito de la felicidad? La vida como diversión intrascendente. El mundo como inocuo parque de atracciones. ¿No explica esto muchos aspectos lamentables de mi propia biografía? Me he dejado llevar –demasiado tarde me doy cuenta–, me he dejado hipnotizar por la espiral de colores de estos prestidigitadores de feria que no han parado de susurrarnos al oído, incluso durante el sueño, esa sucia y venenosa abstracción mercantil, esa palabra tan vacía y tan groseramente hinchada: felicidad.

Mientras oigo al telepredicador ilustrado ofrecer sus consejos de rosado algodón de azúcar a los dóciles e infantiles espectadores, me dejo llevar por la imaginación y fantaseo con la posibilidad de una llamada atroz y sorpresiva a su programa.

–Quiero pedirte un consejo. Resulta que estoy en tu casa...

–¿Que estás en mi casa? ¿Y qué haces tú en mi casa?

–Ahora mismo nada. He puesto la televisión para relajarme un poco y me he encontrado con tu programa. Estoy agotado, ¿sabes? Acabo de hacer un esfuerzo tremendo. Matar a alguien a martillazos es muchísimo más difícil de lo que parece. Por cierto... me gusta mucho el Buda de alabastro que tienes en la biblioteca.

–¿A quién has matado a martillazos?

–Ah, sí... perdona. A tu mujer y a tus hijas, claro. Pero no llamo para darte un disgusto. En realidad llamo para pedirte ayuda. La verdad... yo creía que este desahogo me iba a sentar bien, pero tengo que reconocer que sigo sin ser feliz del todo. ¿No quieres ayudarme? He leído en tus libros, de inspiración neuroética, que no podemos modificar tan fácilmente las circunstancias como el estado de nuestra propia mente, he leído que hay que desterrar cualquier vestigio de culpabilidad judeocristiana y eliminar los viejos conceptos equivocados sobre la responsabilidad individual. ¿Cómo es eso que tú siempre dices...? Lo de pensar en términos de rizoma. Lo de que somos máquinas de copiar y transmitir fragmentos de cultura. Un mero proceso neuronal distribuido que produce la ilusión del libre albedrío. El individuo como pura ficción. Esas cosas. También está lo de relativizarlo todo, ¿te acuerdas? ¿No es esa la clave de la adaptación a nuestras condiciones de vida en cada momento? Mira... lo hecho, hecho está. Pero puede que me haya pasado, y de pronto se me ha ocurrido que juntos podríamos superar mejor el trauma, ¿no te parece? Remodelando las estructuras valorativas de nuestro neocórtex y eso... ya sabes, para recuperar cuanto antes los niveles normales de producción y reabsorción de serotonina... ¿Lo intentamos juntos? Supongo que un tipo tan racional como tú no se va a dejar llevar por los viejos atavismos del rencor y las reptilianas pulsiones de venganza y agresividad de su sistema límbico...

Mi *sketch* mental me ha llevado a desconectar del todo de las imágenes de la tele. Al volver a poner mi atención en ellas me encuentro con un bloque de publicidad. En ese preciso momento, un anuncio de preservativos que promete la felicidad

conyugal basada en cierta especial rugosidad del látex científicamente evaluada. Más de lo mismo. Miro a Marta. Ella sonrío.

–¿En qué estás pensando? –me pregunta.

–En los crecepelos que vende este idiota –respondo, haciendo un gesto displicente con el mando hacia la pantalla. E inmediatamente, en una especie de arrebató de coherencia, pulso con el pulgar el botón rojo de *on/off* y la imagen desaparece, absorbida por un gris oscuro que se funde enseguida con la penumbra de nuestra casa. Marta y yo nos quedamos mudos y quietos durante un tiempo prolongado, acompasando nuestras respiraciones. Noto mi espalda sudada. Tengo un pie apoyado en su muslo. Ella lleva unos pantalones muy cortos y una camiseta blanca. Su brazo vendado me da lástima y siento ganas de besarla, pero no me muevo. Entonces, como si un cable invisible conectara directamente su cuerpo con mis deseos –así ha sido desde el principio–, se echa sobre mí. Se recuesta junto a mí y apoya la cara en mi pecho.

–¿Crees que estamos atrapados? –me interroga. Y me sorprende que diga «estamos». Me sorprende esa aparente identificación absoluta conmigo y con mis circunstancias. Hace unas semanas, unos meses, estábamos a punto de romper. Incluso diría que algunas consideraciones de orden práctico –como esta vivienda que compartimos y que ninguno de los dos quiere abandonar– impidieron una separación que parecía inevitable. Eso fue, más o menos, en la época en que ella perdió su trabajo en la fábrica de lámparas. La convivencia se hizo insoportable. Pasábamos demasiado tiempo encerrados aquí y discutíamos continuamente. Esto duró toda la primavera. En verano, Ángel y yo decidimos volver a colaborar con los búlgaros. En nuestros años dorados hacíamos de intermediarios de lujo. Ya no nos rebajábamos al nivel de los camellos. Servíamos de puente con los políticos y prebostes locales. Esa era nuestra función. Para eso nos querían. Pero ahora, en el verano de 2011, volvíamos a los peldaños inferiores de la escalera. A pesar de todo, la venta de speed y de coca nos reportó algunos ingresos y eso sirvió para que las cosas se tranquilizaran algo en casa. Volvíamos a vender en los polígonos y en las puertas de las discotecas, y yo sabía que prolongar mucho aquella práctica era comprar boletos para la cárcel. Era casi seguro que acabaríamos con una condena por tráfico, pero de momento no se me ocurría otra salida. Estaba claro que no iba a encontrar trabajo en ningún sitio. Ir a las salinas y disparar con nuestras armas nos servía para infundirnos una cierta (aunque falsa) sensación de seguridad. Los búlgaros eran peligrosos, lo sabíamos. La idea de Ángel de atracar el Versailles no fue sino una propuesta de salida desesperada a nuestra desesperante situación. Él acababa de romper con Mariló y parecía dispuesto a cualquier cosa, espoleado por una mezcla inflamable de orgullo y rabia. Lo malo era que se proponía arrastrarme a mí con él.

Al oír la pregunta de Marta («¿Estamos atrapados?») pensé una vez más en toda

aquella situación. Ángel, que ahora mismo tenía el cráneo destrozado por un balazo y la vista fija en un aparato de aire acondicionado de la vieja oficina de su padre, en el piso superior de la nave del polígono; Ángel, que estaba muerto y bien muerto desde aquella mañana; Ángel, a quien yo le había dicho el jueves por la noche que no contara conmigo para ese palo en el prostíbulo, me había enviado un *e-mail* en el que me exigía que siguiera yo solo con el plan. Que cometiera solo ese atraco, si quería evitar verme implicado en su muerte, en su asesinato. Una locura. Todo esto tenía que ser una locura perpetrada por alguien todavía más desesperado que nosotros. ¿Era ese alguien nuestro amigo Machado? ¿Y quién si no? Pero no había tiempo para averiguarlo. No había tiempo y, sin embargo, era ineludible tomar una decisión.

–¿Todavía crees que debería ir a la policía? –Marta se mueve un poco en su lado del sofá. Cambia de postura. No responde enseguida a mi pregunta.

–Decidas lo que decidas, estaré contigo –declara por fin, en voz baja pero firme, casi con cierta solemnidad. Sus palabras me ayudan a serenarme un poco. Pero quiero saber hasta dónde llega ese respaldo.

–¿Incluso si decido cometer el atraco?

–¿Vas a hacerlo? –pregunta ella con naturalidad, no demasiado angustiada en apariencia, aunque con un punto de ansiedad en la voz.

–¿Tú crees que tengo que hacerlo?

–No. Yo creo que deberíamos ir a la policía, ya te lo he dicho antes.

No lo entiende. Y yo me impaciento. Bajo las piernas del tresillo y meto los pies en las sandalias. Luego apoyo los codos en los muslos y la frente en las manos. Intento explicárselo:

–No puedo. Para ellos va a estar claro que yo he matado a Ángel. ¿No lo ves?

Respiro profundamente varias veces y repito mentalmente, solo para mí mismo: No ha pasado nada. Todavía no. Y lo que ha pasado no tiene nada que ver conmigo. A continuación, para que lo oiga ella –aunque mis palabras son apenas un susurro–, digo algo que en ese momento me parece bastante sensato:

–Puede que lo mejor sea simplemente esperar. Esperar y no hacer nada.

La miro, tratando de encontrar corroboración, o una negativa. Pero ella me mira fijamente sin despegar los labios. Ni siquiera cambia de postura. De pronto, formula una pregunta que me sorprende:

–¿Te han enviado algún otro correo?

Ni siquiera se me había ocurrido esa posibilidad. Me incorporo bruscamente, me pongo de pie.

–No lo sé... Vamos a verlo.

El ordenador todavía está encendido. Lleva todo el día así. Marta viene conmigo y parece igual de excitada que yo ante la idea de un posible nuevo mensaje. ¿Cómo no hemos pensado antes en eso? Tecleo rápidamente mi contraseña y, en efecto, allí

está. No hay la menor duda respecto a la identidad (identidad meramente nominal) del remitente: Ángel Bru. Aunque Ángel Bru –¡yo lo sé muy bien!– lleva horas muerto.

\* \* \*

«Si hubiera querido la podría haber matado. Era muy fácil atropellarla. Ha sido solo un aviso. Te dije que tenías que dar tú solo el palo, y lo primero que haces es hablar con Fule. Pero no importa. Fule puede ayudarte. Seguimos con el plan. Mañana vais al Versalles y os hacéis con el dinero. El dinero está allí, esperándonos. Y tú sabes que no es muy difícil conseguirlo. Espero que todo salga bien, como lo teníamos planeado.

»El domingo a primera hora recibirás otro mensaje. En él te explicaré dónde depositar el botín del atraco. Podréis quedaros con la tercera parte, como te dije. Tendrás que explicárselo a tu socio, claro, pero ese problema es tuyo. Cuando lo hayas hecho, recibirás un último correo en el que te explicaré dónde encontrar el arma, para que puedas deshacerte de ella. No me falles otra vez, amigo.»

**Sábado**

La gente supone que «norma» y «orden» son dos palabras intrínsecamente relacionadas. Y lo son: el orden viene de seguir las normas. Es decir, de las normas emana el orden. La paradoja estriba en que no hay nada más excepcional que el orden en nuestra vida o en el cosmos. El orden es, en sí mismo, una excepción; y la excepción, precisamente, es lo opuesto a la norma. Si ocasionalmente incumples algunas reglas, todavía crees que conservas la mayor parte del control; porque, en definitiva, confías en vivir en un mundo básicamente ordenado. Pero pronto comprendes –así es en mi experiencia– que tu transgresión ha sido en realidad insignificante, una pura ingenuidad comparada con el enorme crimen cósmico en el que estás inmerso, comparada con la matriz del caos general que nos absorbe a todos, que nos retiene a todos. Yo había leído algo sobre este asunto, pero creo que empecé a entenderlo de verdad aquel sábado por la mañana. Ya no había logrado dormir más. Marta se había retirado sola a nuestro dormitorio. Creo que ella no estaba menos agobiada que yo, pero al menos consiguió descansar tres o cuatro horas. En aquel momento, a través de la cortina se filtraban los primeros e indecisos rayos de sol. Era sábado. Un sábado vasto y desalentador, parecido a un yermo. Un día desafortunado que se desplegaba ante mis ojos igual que una llanura sin contornos precisos. Una llanura salpicada de incógnitas cuyas soluciones se agazapaban, tal vez, tras la línea del horizonte, completamente fuera del alcance de mi vista.

–¿Quieres café? –preguntó Marta a mi espalda. Me volví hacia ella. Acababa de levantarse y todavía tenía los párpados casi pegados.

–Bueno.

Mientras ella desaparecía por el pasillo hacia la cocina, volví a conectar la televisión para enterarme de las noticias del día. Puse el canal de información 24 horas, pero no parecía haber nada muy interesante. La preocupante situación en Grecia, los recortes sociales en casi toda Europa, la reunión del Eurogrupo y otras monsergas por el estilo. Lo de todos los días. Me desplomé de nuevo en el sofá y en seguida sentí otra vez el pegajoso contacto de la tela de araña en la que me debatía desde el viernes por la tarde. Me pregunté cuál debería ser, en términos estrictamente lógicos, mi siguiente paso. Había quedado con Fule en que lo llamaría a primera hora para decirle dónde nos veríamos. Él parecía mucho más decidido que yo a dar ese palo en el Versalles. Así que ¿por qué no? ¿Por qué no me decidía yo también de una vez y cambiaba el tormento de la duda por la zozobra de la inminente ejecución de un plan peligroso? ¿No había estado apenas

unos días atrás casi resuelto a dar ese golpe con ayuda de Ángel? Pero eso era distinto, claro. Ahora tenía muy poco que ganar y en cambio mucho que perder.

Aunque el balance final ¿no resultaba equivalente? ¿El riesgo no seguía siendo el mismo? En el otro platillo de la balanza antes estaba el dinero, únicamente. Ahora había algo de dinero –por lo menos en teoría–, pero sobre todo estaba la libertad, la impunidad ante una supuesta, ante una probable acusación de asesinato.

Con los brazos en cruz sobre el respaldo y una pierna apoyada en la mesa auxiliar de cristal, fui lanceado por una sospecha repentina, punzante, casi eléctrica. Era Fule. Era él quien estaba enviándome esos mensajes. Era él, y no Machado, el que estaba detrás de aquel plan tan loco. ¿No había aceptado de inmediato asociarse conmigo? ¿No estaba claro, entonces, cuánto le apetecía el dinero? Pero apenas unos pocos segundos más tarde los leucocitos de la racionalidad cortaban el avance de aquel virus paranoico. Era absurdo. ¿Tanto esfuerzo, tanta artimaña y enmascaramiento para al final acabar involucrándose él mismo en el atraco? Carecía de sentido. Además, ¿por qué iba a matar a Ángel? No tenía nada contra él, que yo supiera. Y me parecía demasiado débil. Un poco loco, tal vez, pero demasiado débil y estúpido como para llevar a cabo una acción importante, una acción decisiva, si alguien no lo arrastraba.

«Empecemos otra vez –me dije–, vamos a pensarlo todo de nuevo.» Pero era inútil. Faltaba por lo menos un dato decisivo. Así que mi mente voló hacia una cuestión más general. ¿Cómo había acabado metido en aquel lío tremendo? ¿Cómo había sido tan estúpido? Me había comportado como el ratón frente a un cebo con un trozo de queso. ¿Y cómo empezó aquella peligrosa deriva de mi vida? Podía recordar una edad en la que me hice algunas grandes preguntas y no encontré respuestas de un tamaño proporcionado. Por ejemplo: ¿por qué el universo se tomaba la molestia de existir, y además lo hacía conmigo dentro? Y sobre todo: ¿para qué? Si nada tenía un verdadero propósito, si nada tenía significado, entonces yo me sentía habilitado para hacer cualquier cosa, para no resignarme a una vida rutinaria de esfuerzo y sacrificio. De todas formas, a la larga todo acabaría mal, así que no importaba si terminaba pronto. ¿Me había equivocado al pensar así? En todo caso, ahora estaba condenado a ser consecuente con aquellas premisas, con aquella actitud.

Marta entró con la cafetera de cristal y un par de tazas. Puso las tazas sobre la plancha de cristal de la mesa, pero la cafetera la colocó encima del suplemento de un periódico. Tuve que coger yo el cartón de leche de soja que llevaba aprisionado entre el codo y el costado para evitar que se le cayera.

–¿No has podido dormir? –me interrogó.

–He estado dándole vueltas... toda la noche. Para nada. No he llegado a nada. Lo repaso una vez y otra vez... y no consigo entenderlo –ella había empezado a servir el café y me escuchaba en silencio, así que pensé que era el momento de

hacer balance de nuevo, en voz alta—. Lo único seguro es que me tiene dentro de un bote. Mira... por un lado está la pistola, con mis huellas. Si ha tomado la precaución de utilizar un trapo para no dejar las tuyas (y seguro que la ha tomado), es muy probable que la policía encuentre las mías en el arma. En la pistola con la que Ángel ha sido asesinado. Segundo punto en contra: la discusión en El Fresno. Creo que por lo menos media docena de testigos asegurarán que nos vieron discutir allí la noche del jueves. Eso es malo. Muy malo para mí. Y el tercer problema. Sé que en el polígono hay cámaras de vigilancia. No es nada improbable que ayer por la mañana fuese grabado a mi llegada a la nave. El asesino, en cambio, ha podido entrar por la puerta trasera... no sé si conoces esa puerta —ella asintió sin mucha decisión, desviando la mirada como si se esforzase en recordar—, la que da a la fábrica de zumos, en la calle de atrás. En fin... son tres indicios muy chungos, pruebas circunstanciales o como lo llamen. Yo creo que tienen base de sobra para meterme treinta años en la cárcel. No tengo escapatoria. Pero si encuentro el arma, si Machado, o quien sea que me esté haciendo esto, me dice dónde está escondida la Hammerli, entonces hay por lo menos una posibilidad. Sin la pistola no tienen caso. ¿Lo entiendes? No hay base suficiente para acusarme. Lo demás es humo: demasiado circunstancial todo. Sin la pistola realmente no tienen nada. Así que puede que cometa ese atraco. Puede que lo haga. Si voy a ir a la cárcel por asesinato, ¿qué más me da que me acusen también de lo otro? ¿Qué importa, si de todas formas estoy atrapado? En cambio, si el palo sale bien... si Fule y yo salimos de allí con todo ese dinero... Bueno, la cosa está mal, pero podría librarme de los dos marrones, siendo un poco optimistas. Piénsalo. A Machado no le interesa que yo me vaya de la lengua. No le interesa que la policía oiga su nombre. No le conviene que yo lo acuse de la muerte de Ángel. Por la sencilla razón de que es culpable y podrían pillarlo, después de todo. Creo que me dirá dónde está el arma, una vez que me haya utilizado. ¿Por qué no iba a decírmelo? Pensaré que es mejor no tenerme muy en contra. Posiblemente no tiene nada personal contra mí. Es puro negocio. Así que todavía podría salir de este jardín con un segundo premio. Un segundo premio de treinta mil euros. No está mal, ¿no?

—¿Y Fule? —preguntó ella, echando un buen jarro de agua fría en mi entusiasmo.

—Fule..., sí, tienes razón. Fule es un problema. Pero tenía que meterlo en esto. ¿Cómo iba a hacerlo yo solo? ¿De verdad creería Machado que lo haría solo? Ni loco. Es demasiado para cualquiera. La gente del Versailles no es un grupo de colegas, ¿sabes? Son peligrosos. El serbio. Sobre todo el serbio...

—¿Por qué estás tan seguro de que Machado es el que está escondido, el que está detrás de... de la cuenta de Ángel?

Le di un sorbo a mi café. Demasiado caliente todavía. Apenas pude hacer otra cosa que mojarme los labios.

—Me parecía que tú también estabas segura de eso... No has traído el azúcar —

observé, colocando la taza sobre un hombro de la actriz de la portada de la revista.

–¿No lo estabas tomando sin azúcar últimamente?

–Ya... bueno, pero ahora mismo...

–Te lo traigo –se ofreció ella.

–Déjalo, ya voy yo.

De camino a la cocina me repetí interiormente la pregunta que Marta me acababa de formular. Y tenía razón. Era ir demasiado lejos suponer que Machado fuese el *mad doctor* de aquel cochambroso y desquiciado plan. Machado, al contrario que Fule, poseía carácter, una personalidad recia. Era cauto, pero solía dar siempre la cara. Me parecía capaz de cualquier cosa, desde luego; sin embargo no me lo imaginaba fácilmente escondiendo la mano a toda prisa después de lanzar la piedra. No. Machado era más bien de los que tiran la piedra y se quedan de pie, para comprobar dónde ha caído, o lanzar otra si llega el caso. Ahora mismo estaba viendo su cara en mi imaginación. Moreno, de piel oscura, no muy corpulento pero fuerte. Una nariz semítica de gran calibre, una mandíbula robusta. El pelo, cuando era más joven, le crecía justo encima de la frente. Ahora lo estaba perdiendo, sobre todo por la coronilla, y lo llevaba muy corto. Tenía una sonrisa franca. Sus gestos eran rotundos, viriles, muy directos.

–¿Y quién si no? ¿Quién podría estar haciéndonos esto? –le pregunté a Marta, ya de vuelta en el salón–. ¿Se te ocurre alguien?

–Sí. Se me ocurre alguien –respondió con cierta vehemencia–, lo pensé anoche: los búlgaros. ¿Tú no has pensado en los búlgaros?

Claro que se me había ocurrido, pero me parecía muy poco probable.

–Sí, lo he pensado, pero no creo que sean ellos. En primer lugar dudo mucho que sepan nada de nuestro plan para el Versalles. Y en segundo lugar, no tiene sentido que hayan matado a Ángel. Les estamos haciendo ganar dinero. Y ahora más cómodamente que antes, porque nos pueden apretar más las tuercas. Además, los búlgaros evitan chocar con los nacionales. Evitan cualquier riesgo innecesario. Son capaces de hacer daño, de acuerdo, pero lo de cargarse a alguien, a no ser que sea uno de su propia banda..., eso ya es otra historia. No lo creo. Además, ¿por qué? ¿Les debemos dinero? No. ¿Se ha ido Ángel de la lengua? Tampoco, que yo sepa. En ese aspecto es muy prudente... Quiero decir... era.

Nos quedamos callados unos segundos, luego insistí en voz baja, con cierta aprensión:

–¿Se te ocurre alguien más?

Ella no respondió. Se llevó su taza a los labios y cerró los ojos un momento. Luego la depositó en la mesa, tomó el cartón de leche de soja y con mucho cuidado para no excederse vertió un insignificante chorrito en su café. No parecía que le resultara fácil citar a más candidatos para ocupar la plaza de instigador, suplantador y asesino que había en el hueco central de aquel mortificante puzle.

Marta dio claras muestras de renunciar a seguir con aquella conversación, tan palmariamente inútil, y yo no podía reprochárselo. Estaba claro que debíamos elegir a ciegas. Después de beberse el café se estiró en el sofá de tres plazas y se recostó en mi regazo, apoyando la cabeza en mi vientre; en realidad más bien en mi entrepierna.

–Estoy cansada de tener miedo... –dijo, en un tono con el que parecía dirigirse principalmente a sí misma.

–¿Qué quieres decir? –indagué. Ella se tomó su tiempo antes de responder.

–Lo que quiero decir es que llevamos demasiado tiempo teniendo miedo. Los dos. Miedo a nuestro futuro. Miedo a no ser capaces de sobrevivir. Miedo a todo lo que nos rodea. Estoy cansada. Cansada y harta. Hace diez años era muy distinto, ¿no te acuerdas? No le teníamos miedo a nada, y creo que por eso nos salían las cosas bien. Cuando era pequeña, mi hermana me dijo que un psicópata podía estar escondido en la bañera, detrás de la cortina. A mí no se me habría ocurrido nunca una cosa así, pero desde entonces cada vez que entraba en el cuarto de baño tenía que descorrer la cortina para comprobar que no había nadie. Me parece que nos ocurrió algo parecido cuando hablamos de llevar una vida más sensata... cuando hablamos sobre tener un hijo. Pensar demasiado, darle vueltas a nuestro porvenir..., eso es lo que creo que nos ha debilitado. Ha sido como descorrer por primera vez la cortina.

Era cierto que diez años atrás no le teníamos miedo a nada. Vivíamos al día y a un golpe de suerte le sucedía otro aún mejor. Mucha gente del pueblo nos admiraba. Los de nuestra propia generación, los mayores e incluso los niños. Nadie nos reprochaba nuestro modo de vida, así que no nos hacía falta escondernos. Teníamos contactos a todos los niveles y hasta los más puritanos sonreían o guiñaban un ojo cuando se cruzaban con nosotros por la calle. Teníamos amigos en otros países. A veces tomábamos un avión el viernes, y el lunes ya estábamos de vuelta. Todo era divertido, todo era rápido y no daba tiempo a pensar. Esa, precisamente, era nuestra estrategia. Creo que yo no sentía menos nostalgia que Marta de esa época, pero supuse que debía decir algo que le sirviera de consuelo o, al menos, de explicación:

–Es inevitable –argüí–. No se puede correr por una playa con los ojos siempre cerrados. No se puede correr así... para siempre, ¿no? Porque la playa se acaba y al final habrá rocas, o un puerto..., algo. Al final tienes que abrir los ojos. Es inevitable.

–Ya... –concedió ella sonriendo, con la vista puesta en el techo, mientras le acariciaba la oreja con la yema de mi dedo pulgar–, claro, tienes razón. Al final hay que abrir los ojos, sí. Y ahora tengo más miedo todavía. Alguien te ha convertido en una marioneta, ¿no lo ves? –su sonrisa desapareció–. Alguien te ha convertido en un... en un muñeco con hilos... ¿Quién? ¿Y qué puedo hacer yo?

Entonces me incliné hacia su boca, levantándole un poco la cabeza con las manos al mismo tiempo, para besarla.

–Nada –susurré, cerca de su oído–, tú no puedes hacer nada, cariño. Pero me voy a librar de esta trampa, ya lo verás. Yo solo.

Marta se incorporó y me miró desafiante.

–¿Qué es eso de «yo solo»? No quiero que digas «yo solo», ¿vale? Cuando te he dejado demasiado a tu aire es cuando te has metido en líos, precisamente.

No repliqué ante su recriminación. Me limité a extender el brazo y a jugar con mis dedos entre sus rizos. La encontraba guapa en ese momento: tan inteligente, tan infantil y salvaje como de costumbre. Era divertida, aunque también un poco humillante, la extrema facilidad con que leía mi pensamiento en todas las situaciones.

–¿Crees que tenemos tiempo para algo? –me interrogó con una sonrisa ya resueltamente lasciva. Me sorprendió su insinuación. ¿Cómo podía pensar en el sexo, con lo que teníamos encima? Pero había otra pregunta más desconcertante: ¿cómo podía hacerlo yo también? Aunque lo cierto era que, debajo de toneladas de angustia, se debatía con frenética avidez el pequeño y resistente animal doméstico de nuestro deseo. No podía negarlo. Y ella, al parecer, tampoco.

Sin que yo llegase a pronunciar una sola palabra más, puso su mano en mi entrepierna para comprobar mi excitación. Porque, increíblemente, estaba excitado. Supongo que era la misma inoportunidad de la situación lo que nos ponía cachondos. Supongo que ese viento imprevisto fue el que impulsó nuestro balandro hacia las aguas turbias del instinto. Nos miramos con franqueza y se formó entre nuestros cuerpos un verdadero remolino que nos arrastraba como a veleros de papel. Era una sensación muy familiar que desde el principio nos había regocijado.

Unos pocos segundos más tarde, con su segura e inveterada habilidad, y casi nula colaboración por mi parte, Marta ya me había bajado los pantalones y el slip; había rodeado mi pene erecto con su mano; precisamente la de su brazo derecho. Es decir: el brazo en el que llevaba el vendaje. Y esto me produjo un enorme desconcierto, una especie de cortocircuito mental de oscuro significado erótico. Un raro fenómeno que intensificó mucho mi renuente deseo: la mano, el brazo con el vendaje.

Después de tantos años de rutinarias (un calificativo que aquí no es en absoluto peyorativo) y satisfactorias relaciones sexuales, con un repertorio no excesivamente variado pero sí del gusto de los dos, y en mi opinión suficientemente completo, me seguía sorprendiendo un hecho tan simple y trivial como que mi pene hacía tiempo que había dejado de ser mi pene para convertirse en algo de su propiedad. Supongo que puede resultar un pensamiento infantil, pero es que en este aspecto no he dejado de ser un primerizo.

La verdad es que entre nosotros el sexo siempre ha funcionado. Ella tiene una

libido poderosa y relativamente constante; así que no es nada raro que tome la iniciativa. Incluso durante nuestra reciente crisis habíamos continuado manteniendo relaciones con alguna frecuencia. La atracción física se ha mantenido a través de los años. Ni siquiera mi pasividad ocasional inhibe su apetito perentorio.

Bastaría de hecho para ilustrarlo aquella escena del sábado por la mañana. Se penetró ella sola con asombrosa facilidad, utilizando mi miembro, sin que yo tuviera que cambiar de postura. Copular como lo hicimos, mientras le palmeaba el culo y metía la cara entre sus pechos, era una de esas variantes simples de las que no parecía que fuese a cansarme nunca.

Terminamos pronto y fue como una verdadera terapia, una cura enérgica e imprevista para la ansiedad que nos estaba acosando. Los dos tuvimos un único orgasmo intenso y compartido. Cuando terminamos se separó un poco de mí y, sin llegar a levantarse del tresillo, alargó el brazo hacia su bolso, que colgaba del respaldo de una silla cercana. Extrajo de él un paquete de kleenex y me dio a mí un par de ellos, después de colocarse uno en la vagina. Luego, se acurrucó a mi lado.

\* \* \*

Siempre he sido fiel a Marta, casi sin ningún esfuerzo, algo que en cierto modo no deja de sorprenderme. Estuve un rato prolongado pensando en ella, con una vaga sensación de extrañeza, de lejanía. Luego, los pensamientos se transformaron en remotas imágenes, en recuerdos de nuestra primera época. Creo que me dormí. Me despertó su voz, una media hora más tarde.

–¿Has decidido ya lo que vas a hacer?

Llevaba puesto su albornoz rosa y tenía el pelo mojado. Evidentemente, acababa de ducharse. Me incorporé y miré el reloj: eran ya casi las nueve menos cuarto.

–Tengo que llamar a Fule –dije, y me incorporé de inmediato.

Busqué el número en la agenda de mi móvil y pulsé la tecla verde. Estuvo sonando varios segundos pero no respondió, así que dejé el móvil en la mesa del comedor y me quedé allí de pie sin saber qué hacer, contemplando la acendrada calidad de la luz diurna que entraba por la ventana.

–Qué pasa –preguntó Marta–, ¿no contesta?

Antes de que pudiera responder sonó mi móvil. Era Fule, naturalmente. La conversación fue rápida y resolutiva. Él me preguntó si seguíamos adelante. Le dije que sí. «¿Cuándo nos vemos?», me interrogó. «Tengo que pasar por la nave –le expliqué– para recoger lo que necesitamos... Ya sabes –me refería a las armas–. Nos vemos en La Goleta esta tarde, ¿de acuerdo? A las seis en punto...» La Goleta era un pequeño restaurante junto a la primera estación de servicio que uno podía encontrar en la autovía partiendo de Las Zalbias, poco antes de llegar al Versailles.

Más o menos unos diez kilómetros antes. Fule no objetó nada a mi plan y nos despedimos hasta la tarde.

–Entonces... –empezó a decir Marta, pero no la dejé continuar.

–Entonces nada. Todavía no sé lo que voy a hacer. Todavía no lo he decidido. Necesito más tiempo –ella seguía mirándome con ansiedad y puede que con algo más que eso. Me preguntaba si ya se había acabado la tregua. Me preguntaba si volvía a estar resentida; su mirada me parecía de reproche, así que continué–. Qué quieres que te diga... De momento voy a ir a la ciudad. Voy a intentar localizar a Machado.

–Paula me dijo que nadie sabe dónde se ha metido... Puede que esté fuera, en México o en otra parte.

–Claro. O puede que esté aquí. Y puede que anoche intentara atropellarte –dije esto último señalando con un mínimo gesto su antebrazo herido.

–No era su coche.

–Hace mucho que no lo vemos. No sabemos si era su coche. No sabemos qué coche tiene ahora. El problema es que no sabemos nada. Por eso voy a la capital, a ver lo que puedo sacar en claro. Pasaré por el taller en el que trabajaba.

–¿Sabes cuál es?

La verdad era que no. No tenía la menor idea. Pero eso no sería demasiado difícil averiguarlo. En efecto, apenas nos costó un par de llamadas y una búsqueda en Internet, para confirmar el nombre del taller que nos proporcionó un amigo común; que se quedó bastante desconcertado por nuestro repentino interés en localizar a Machado. «Ya..., es que vamos a salir en semirrigida el domingo –oí mentir a Marta, con gran naturalidad–, con los del club de buceo, ¿sabes? Le prometimos que lo llamaríamos si hacíamos eso otra vez. La última no pudo venir con nosotros. Y ahora resulta que no nos contesta al móvil. Y bueno..., como vamos a pasar por la ciudad en un rato...» A esas alturas no podía sorprenderme demasiado su capacidad de improvisación. Estuvo muy convincente y anotó el nombre de la empresa en uno de los papeles que tenemos en el pladur, junto al teléfono.

\* \* \*

A las 9:30 ya estaba en la autovía, al volante de nuestro Altea gris plata, camino de la capital. Yo solo. Marta me había convencido de que así era mejor. «Aquí puedo conectarme a Internet. Puedes llamarme... para que te busque lo que necesites...»

Y tenía razón. Con un *smartphone* podría haberme mantenido conectado en cualquier lugar, pero presento cierta resistencia a las innovaciones tecnológicas. En todo caso era cierto que internet representaba un recurso muy importante si se

trataba de averiguar cualquier dato. Alguien podría darme el nombre de otra empresa y no conocer la correspondiente dirección, por ejemplo. Entonces yo llamaría a Marta y ella la buscaría desde casa, con nuestro ordenador. Su argumento era sólido, aunque hubiera preferido que ella viniese conmigo.

A menos de veinte kilómetros de Las Zalbias apareció en el paisaje enmarcado en mi parabrisas la hermética y rosada mole del Versailles. Un edificio de pésimo gusto, que remedaba (con sus capiteles dóricos, su escalinata, su burdo tímpano triangular y sus estrechos ventanales ciegos) una supuesta arquitectura neoclásica que daba ganas de vomitar. Había algo sumamente escandaloso, sumamente inverosímil en la idea de que aquella tarde fuera a presentarme allí armado, junto a mi amigo Fule, junto a mi nervioso y diabético compinche, para amenazar a los empleados y llevarnos la recaudación. Y lo más demencial era que, muy en el fondo, no dejaba de encontrarlo tentador, e incluso emocionante. ¿En qué momento había empezado a perder el juicio?

Cuando llegué a la ciudad, tomé la salida de los grandes centros comerciales. Un complejo en el que destacaba la galería Goldmare, con su gran cúpula de cristal y sus altos postes blancos con oriflomas azules. Mientras descendía hacia el núcleo urbano observé el amplio y complicado panorama conformado por los lazos de acceso y salida de las autovías. A lo lejos, dos tranvías que parecían de juguete se cruzaban por encima del tráfico en un paso elevado. Si la dirección que habíamos encontrado en internet era correcta –y no había ninguna razón para pensar que no lo fuese–, podía aparcar casi enseguida, ya que el taller mecánico que buscaba se encontraba en las afueras. Era un espléndido sábado de finales de septiembre, con un cielo completamente despejado. Justo antes de extraer la llave de contacto pude ver en el salpicadero del coche que eran las diez y dos minutos y que el termómetro marcaba ya 24 grados. Tendríamos mucha suerte si la temperatura no rebasaba los 35 a mediodía.

\* \* \*

Aquel hombre mayor, casi verdaderamente un anciano, tenía que ser a la fuerza el jefe del taller, porque todos los demás eran chicos muy jóvenes. Estos últimos, seis o siete en total, vestían monos de trabajo de color negro con remates amarillos y todos llevaban botas gris oscuro, muy profesionales. Aquel tipo, en cambio, parecía insuperablemente cómodo con sus zapatos baratos y su anticuado mono azul adornado con unos cuantos lamparones de grasa. La cremallera, subida apenas hasta la mitad del esternón, permitía que aflorase una salvaje y profusa pelambrera blanca desde su pecho. ¿No era ya demasiado viejo para estar allí?

–Machado... Sí, hombre, claro que me acuerdo. Estuvo trabajando aquí hasta el mes de... Espere, voy a la oficina y se lo digo...

–No hace falta –aquel hombre rechoncho y de corta estatura me recordaba mucho a alguien, pero no lograba encontrar en mi memoria el referente que buscaba. ¿A quién podría parecerse tanto?–. No se preocupe. No hace falta que me diga la fecha exacta. ¿Se fue hace mucho?

–Pues mire... –y de pronto se volvió hacia uno de los chicos que estaba cambiando o revisando la rueda de un coche sostenido en alto por unos elevadores hidráulicos–. Oye, Fernando... ¿Cuánto hace que se fue Machado?

–En julio... –dijo el chico sin volverse ni dejar lo que tenía entre manos.

–Pues ya lo ha oído: en julio. Se le acabó el contrato con nosotros. Nos habría gustado renovarle, la verdad, porque trabajaba muy bien. Pero nada... imposible. Ya sabe usted cómo están las cosas. No hay clientes. Nada, muy poco movimiento. Ni la mitad que hace tres años.

–Y usted, claro... Usted no podrá decirme –no sabía cómo plantear aquello para que no pareciese que escondía algún propósito turbio–, no podrá decirme si comentó algo sobre su... Es que somos amigos desde el colegio, ¿sabe? Y resulta que otro amigo nuestro ha tenido un accidente. Mi mujer y yo pensamos que debemos decírselo cuanto antes, pero nadie sabe nada de él desde hace meses. Al móvil no contesta... Puede que aquí hablase con alguien sobre sus planes...

El hombre que tenía delante se tomó algún tiempo para sopesar mis palabras. Luego se volvió hacia el tal Fernando, que acababa de extraer la rueda del vehículo del que se ocupaba en ese momento y la había colocado, vertical, en el suelo.

–Oye... ¿Tú sabes si Machado dijo algo de dónde pensaba ir?

El chico se irguió con la frente brillante de sudor y un gran destornillador en la mano izquierda.

–Machado era bastante amigo de Julián. Igual él sí sabe algo...

–Julián no ha venido hoy –me explicó el jefe del taller–. Tiene el día libre.

–Yo le puedo dar su móvil –intervino el joven mecánico, acercándose a nosotros sin soltar la impresionante herramienta–, pero no creo que le conteste. Estará con los del grupo... el grupo de teatro. Como todos los sábados. Es que él y yo vivimos en el mismo barrio.

–¡Ah, sí! Este anda metido en todas las cosas. ¡Tiene tiempo para todo!

Comentó riendo el viejo con mono azul. Y entonces, de golpe, se me reveló: Akim Tamiroff. El magnífico secundario que había colaborado a menudo con Orson Welles en varias de sus mejores películas. Mi época de intelectual y cinéfilo continuaba surtiéndome de características.

\* \* \*

Eran las once menos cuarto cuando salí del taller. No solo conseguí el número de móvil del tal Julián. Además me dijeron en qué zona vivía, por si quería ir a

buscarlo. Les di las gracias y lo primero que hice mientras regresaba hacia mi coche fue llamarlo, pero tal y como me habían advertido los del taller el mecánico y actor amateur tenía su móvil desconectado. Acababa de guardar el mío en el bolsillo del pantalón cuando lo oí sonar, o más bien noté la vibración muy cerca de la ingle. Era Marta.

–He llamado a Susana, pero no sabe nada. Dice que no lo ve desde hace meses. Que estaba trabajando en el taller y que lo despidieron en julio, justo la misma semana en que colgó su último mensaje en Facebook para comentar que tenía previsto viajar a México. Iba a quedarse en casa de una tal Andrea, actriz y modelo. A mí eso me suena a cuento... ¿Has averiguado algo?

–Lo mismo que tú: que lo despidieron en julio. Acaban de decírmelo. Parece que se había hecho amigo de un tal Julián, un compañero de trabajo. Voy ahora a su barrio. Me han contado que está metido en un grupo de teatro. En una asociación vecinal... o no sé qué. Igual no vale la pena, pero lo voy a intentar. Puede que este Julián sepa algo.

–De todas formas es temprano...

Marta tenía razón: era temprano, y no había nada mucho mejor que hacer que seguir cualquier posible rastro que Machado hubiera podido dejar en la ciudad, antes de desaparecer tras una inquietante y sospechosa bruma de inciertos rumores.

Nos despedimos y quedamos en hablar en cuanto uno de los dos hubiera obtenido algún dato importante sobre el paradero de nuestro amigo.

No me costó demasiado dar con Julián. Conozco la ciudad, de modo que no tardé más de un cuarto de hora en llegar allí con el coche. De hecho aparqué a muy poca distancia del centro cultural donde ensayaba el grupo de teatro. Luego, bastó con un corto paseo y con las indicaciones precisas de dos amables vecinos.

–Están terminando, creo... –me dijo la conserje del centro cultural–. ¿Quiere esperar aquí?

Ese «aquí» era una silla verde de plástico del recibidor, a dos o tres metros del mostrador de atención al público. Le di las gracias y me senté.

El salón de actos estaba justo enfrente. Se oían perfectamente las voces. La puerta estaba entornada. Apenas tuve que esperar unos minutos. El grupo, formado por al menos diez o quince personas de distintas edades, salió envuelto en un estrépito de risas y bromas. Solo distinguí a dos que parecían caracterizados, aunque no se podía adivinar por su aspecto la obra que ensayaban. (Uno era un sujeto astroso de unos cincuenta años que parecía un mendigo de Beckett, y el otro, bastante más joven, con camisa de batista blanca de manga ancha y chaleco de terciopelo, podía recordar a un estudiante de Chéjov.) Me puse de pie y me acerqué a una mujer de unos cuarenta años, con cara dulce y pelo lacio, muy largo. Le pregunté con una sonrisa quién era Julián. Me señaló a un chico larguirucho que

vestía un aparatoso pantalón de chándal de nailon rojo y una camiseta negra ceñida y sin mangas. Me dirigí a él sin dejar de sonreír y le dije mi nombre al mismo tiempo que le ofrecía la mano. Me la estrechó con una mezcla de perplejidad y timidez. A continuación, le conté mi paso por el taller y le expuse el motivo de mi visita. En un primer momento se mostró algo reticente a proporcionarme la información de que disponía; la cual –no tardé en comprobarlo– tampoco incluía ningún dato que se pudiera calificar de concluyente. Tuve que salvar una espinosa barrera de suspicacias antes de lograr que el muchacho se decidiera a hablar de su amistad con Machado. Nada más iniciar la conversación advertí que no paraba de mirar a un lado y a otro. Entonces lo invité a que saliéramos del edificio. Eso fue todo un acierto; porque una vez al aire libre, en un soportal jalonado por burdas columnas de cemento, noté que se sentía más relajado, y mucho menos preocupado por las miradas de reojo de sus compañeros del grupo de teatro. Esas miradas allí no lo alcanzaban. Resultaba, en realidad, bastante fácil de comprender su incomodidad: en aquel barrio no debía de ser muy recomendable para la propia reputación pararse a charlar con un desconocido y largarlo todo, a las primeras de cambio, sobre un colega ausente; por mucho que uno hubiera borrado a ese colega, hacía tiempo, de su lista de favoritos.

–Machado..., Machado me dijo que se iba a Alemania, que le había salido algo allí. La última vez que me lo encontré por la calle me sorprendió mucho, porque yo pensaba que ya se habría largado. Eso fue hace poco. A finales de agosto, más o menos. Me dijo que le había surgido aquí un asunto, y que tenía que resolverlo primero. Si te digo la verdad, antes del verano una noche se puso muy chungo conmigo...

Por supuesto, le pedí que me refiriese el incidente al que aludía, pero las barreras se alzaron de nuevo como disparadas por un resorte automático. Así que tuve que llevar a cabo un esmerado despliegue de persuasión («Lo que me digas quedará entre nosotros, te lo aseguro... Es importante que lo encontremos...»), antes de que se decidiera a relatarme el suceso.

–No creo que esto te sirva de mucho, pero vale... Tú conoces bien a Machado, ¿no? Entonces sabes cómo se pone cuando no le salen las cosas como las tiene pensadas, ¿verdad? Exacto... nervioso. Muy nervioso cuando se calienta. Sobre todo con temas de mujeres. Pues esa noche que te digo estuvimos a punto de pegarnos por un tema de pibas. Habíamos conocido a dos nenas en la Metromix, ¿sabes cuál es? Salimos con ellas un par de veces, dos sábados seguidos. Una era bastante más guapa que la otra. Suele pasar, ¿no? Y, claro, esa era la que le gustaba a él. Bueno..., era la que nos gustaba a los dos. Así que intentó montárselo por su cuenta y endosarme a mí a la otra, pero le salió el tiro por la culata...

Julián siguió hablando durante unos cinco minutos. La explicación fue enrevesada y no llegué a captar todos los detalles –tampoco se puede decir que me

esforzara al máximo—, aunque sí lo esencial del episodio. Al parecer, Machado había quedado una noche con las dos chicas sin contar con él, y luego trató de largarse con la que le gustaba (una tal Cristina) dejando tirada a la otra. Pero lo que ocurrió fue que Cristina, muy ofendida, optó por dejar tirado a Machado. Y eso fue demasiado para su orgullo, claro. Sobre todo cuando ella llamó a Julián el viernes siguiente para salir.

—No es mal tío, ¿sabes? Lo que pasa es que, como tiene unos años más que yo..., se imaginó que tenía todos los semáforos en verde. Pensó que me quedaría en casa tomándome el potito. O que me conformaría con la otra. Yo qué sé... Y claro, cuando nos vio a los tres el siguiente sábado, se rebotó. Se rebotó tanto que estuvimos a punto de darnos allí mismo: en la puerta de la Metromix. Al final no llegó la sangre al río. Cuatro gritos, dos empujones... Va de pichabrava por la vida, pero a la hora de la verdad le faltan huevos, te lo digo yo. Eso es lo que pasó... Y por eso habíamos dejado de salir juntos los findes. De todas formas, cuando me lo encontré hace poco, me alegré de verlo. No soy rencoroso. Le dije que me diera un toque un día para hacernos un sábado. Pero ya ves... todavía lo estoy esperando.

Julián tenía razón: aquella historia no me servía realmente para nada, excepto para reconocer en ella un carácter impulsivo y mal gobernado, a golpe de testosterona, que no me costó en absoluto relacionar con nuestro común amigo. La referencia a Alemania como posible destino fue el único vago indicio sobre su paradero que pudo proporcionarme. En definitiva, él también le había perdido la pista. Daba la impresión de que Machado se hubiera empeñado en seccionar cuidadosamente cualquier cable que pudiera conectarlo con su pasado inmediato. ¿Dónde buscar ahora?

Volví al coche sin una idea precisa de lo que hacer a continuación. Julián no me había facilitado ningún dato aprovechable, ni el más pequeño cabo suelto del que tirar. Ni siquiera un nombre o un teléfono. A Machado parecía habérselo tragado la ciudad. Claro que también podría ser que él se hubiera escondido entre las faldas de la capital deliberadamente, borrando sus huellas todo lo posible antes de regresar solapadamente a Las Zalbias para resolver ese asunto del que por lo visto no estaba nada dispuesto a dar explicaciones.

Intenté recapitular, ordenar acontecimientos. ¿Cuándo habíamos sabido algo de Machado por última vez? A primeros de agosto. Sabía que Ángel lo había llamado para proponerle lo del Versalles. Estaba casi completamente seguro de eso. Y no parecía que hubiera tenido ningún problema para dar con él entonces. Por un momento se me pasó por la cabeza la idea de llamar a Ángel para confirmarlo, lo cual me produjo una sensación desagradablemente cómica, semejante —imagino— al efecto que tendría en un judío un ingenioso chiste racista contado por un neonazi. Lo peor de lo horrible es que casi siempre le encuentras un lado cómico.

Ya no tenía nada que hacer allí. Había llegado el momento de volver a Las Zalcas. Miré la hora en el móvil: veinte minutos para las doce. No había prisa. Todavía era pronto. Deseaba darle a Machado otra oportunidad para mantenerse en el redil de los inocentes; o por lo menos en la lista provisional de los dudosos; antes de arrojarlo definitivamente al recinto de los culpables dentro de mi cerebro. Habíamos sido buenos amigos. Quería salvarlo. Pero ¿cómo hacerlo? ¿No estaba ya suficientemente claro que era él quien trataba de utilizarme? ¿No resultaba patente que era él quien, por algún secreto motivo, había asesinado a Ángel? De todos modos no podía descartar del todo a Fule. Ni siquiera a los búlgaros. Era una locura, desde luego. Y se trataba de mantenerme cuerdo a toda costa dentro de ella. Ese era el único objetivo inmediato: no perder los nervios, controlar mi mente.

No estaba lejos de la Circular y decidí ir andando hasta esa gran plaza con una fuente en el centro. Había aparcado en un buen sitio y preferí dejar el coche allí. Tal vez durante el paseo se me ocurriera una solución prodigiosa. Algo parecido al truco para chupar la yema de un huevo sin romper la cáscara. Claro que el huevo que tenía delante ya estaba destrozado. Ese era el problema al que me enfrentaba. Y si no hallaba un modo de evitarlo, pronto sería sorprendido con los dedos pringosos y trozos de cáscara en las manos.

¿No sería más o menos eso lo que sucedería cuando la policía encontrase mis huellas en la Hammerli SP20? Si el asesino había utilizado un pañuelo, o guantes, habría evitado de ese modo dejar su propia marca dactilar. Y suponer que sin proponérselo hubiese borrado también la mía era de un optimismo excesivo, desmesurado. Ocho coincidencias (yo conocía de sobra ese principio legal y pericial), ocho, era lo mínimo que se exigía en un juicio para relacionar el arma con el presunto culpable. Y apenas cabía la menor duda de que mis huellas estarían allí. No hacía ni dos semanas que Ángel y yo habíamos estado disparando detrás de la vieja fábrica de sal. Una actividad aquella –la de quedar alguna tarde, cada mes o cada mes y medio, para practicar el tiro con munición real– que ahora me parecía infantil: una ridícula infatuación de virilidad. ¿Qué sentido podía tener, sobre todo cuando luego dejábamos las armas en la nave, donde ni siquiera podrían protegernos? Estaba claro, o a mí me parecía muy evidente ahora, que no éramos en absoluto los duros y experimentados delincuentes que pretendíamos ser; sino solo un par de inseguros adolescentes treintañeros que jugaban a los gánsteres con armas de verdad.

La víspera de aquel infausto sábado, el viernes anterior por la mañana, cuando había descubierto el cadáver de mi amigo en la nave, ni siquiera se me ocurrió bajar al almacén para comprobar si nuestras armas seguían allí, en la taquilla metálica donde las guardábamos envueltas en trapos y ropa antigua de trabajo. Si el anónimo instigador que me enviaba esos mensajes utilizando la contraseña de Ángel no había mentado, habría desaparecido la Hammerli. Pero quedaban otras

dos armas todavía: un revólver del 38 y una pistola SIG-Sauer con cargador extendido de diez balas. Eran, precisamente, las que nos podrían servir a Fule y a mí para atracar el Versailles aquella misma tarde. De modo que debía ir pensando en una nueva visita a la nave para recogerlas.

\* \* \*

A las doce del mediodía del sábado el tráfico en la Circular es ruidoso y un tanto caótico. La nueva línea del tranvía lo complica todo. Pienso un momento en la imprevista resurrección de los tranvías en muchas de nuestras ciudades. Como tantas otras cosas, esto nos recuerda el carácter cíclico de la historia y de nuestras costumbres. Sin embargo, el tiempo mismo no es cíclico. No parece que lo sea según la cosmología todavía dominante. Eso creo. Eso he leído. Recuerdo entonces el programa de divulgación científica de la noche anterior. Lo recuerdo mientras me apoyo en el muro de piedra y cemento que rodea un parterre elevado junto al quiosco. No. El tiempo fluye. Fluye –por así decirlo– indisolublemente vinculado al espacio y como una propiedad de la totalidad cósmica compuesta de materia y de energía. El tiempo fluye desde un punto A hasta un punto Z. Es decir: desde el Big Bang hasta la entropía definitiva, o hasta un hipotético Big Crunch que hoy parece muy poco probable, a causa de la energía oscura. Ninguna de las nuevas teorías alternativas que hoy proliferan, como la de un universo oscilante o cualquier tipo de modelo estacionario, ha reemplazado por ahora convincentemente a la gran explosión, la inaccesible y enigmática singularidad de la que se originó el binomio espacio-tiempo tal y como hoy lo conocemos, según los modelos matemáticos.

Un inmigrante, tal vez un rumano, empuja un carro metálico de hipermercado arriesgando el pellejo entre dos autobuses. Pasa muy cerca de mí, corriendo tan rápido como puede en medio del torrente de tráfico con su patético carro lleno de chatarra.

¿En qué me he equivocado? (Pienso.) ¿Qué extraños fenómenos cuánticos en los microtúbulos de mi cerebro han desencadenado la serie de errores que me han traído hasta aquí, hasta esta disparatada mañana de sábado?

Es probable, desde luego, que estas preguntas solo existan ahora (este otro ahora, el arcano ahora de mi conciencia ampliada, cristalizada, suspendida) en la forma completa y precisa en que las estoy compartiendo con vosotros. Y sin embargo puedo aseguraros que, si bien de un modo fragmentario y confuso, estoy en efecto pensando en mis decisiones pasadas y en la relación que puedan tener con el cosmos en su totalidad, estoy pensando en la inutilidad práctica de mi interés por la ciencia, cuando distingo a Machado de pie, hablando con una mujer, en el interior del aerodinámico y sigiloso tranvía anaranjado que pasa por delante de mí y que se va a detener en la primera parada de la avenida.

Puedo aseguráros, asimismo, que mi excitación y mi incredulidad me paralizan, me impiden reaccionar hasta que unos segundos después de ver a Machado, porque el tranvía ya ha tomado la curva de la avenida y el ángulo ahora ha cambiado drásticamente.

Y es entonces cuando echo a correr. Corro entre la gente con el corazón retumbando en mi pecho como el tambor de una galera en boga de combate. Corro entre la gente y luego entre los coches, cruzando cuando el semáforo ya se ha puesto en rojo para los peatones. Consigo alcanzar el tranvía justo antes de que se cierren las puertas y se ponga en marcha. Ya estoy dentro. Las puertas se cierran, pero yo ya estoy dentro. Ahora puedo buscarlo.

\* \* \*

No fue fácil. Había muchos viajeros a esa hora. Gente que subía a las grandes superficies comerciales desde el centro de la ciudad. Un grupo de jóvenes africanos, tres hombres altos de piel color caoba que reían y hablaban con voces potentes en un idioma totalmente opaco para mí –un idioma lleno de emes y de sonoras consonantes explosivas–, me cerraba ahora el paso y me impedía inspeccionar el otro lado del vagón. Finalmente toqué en el hombro a uno de ellos para abrirme camino, cosa que logré sin mayor dificultad. Se apartaron y avancé un poco más entre la gente. Entonces lo vi, con su tez morena, su pelo corto y su gran sonrisa masculina. Solo que no era él. No era Machado, sino alguien que remotamente se le parecía. Tal vez un universitario. Un tipo más joven aunque con una complexión semejante.

Decepcionado, con un sentimiento de frustración y desaliento, bajé del tranvía en la siguiente parada y empecé a caminar de vuelta hacia la calle en la que había dejado aparcado el coche. Estaba a punto de sacar la llave, cuando sonó de nuevo el móvil en el bolsillo izquierdo delantero de mi pantalón. Tuve alguna dificultad para extraerlo de allí. De hecho faltó muy poco para que resbalara entre mis dedos y fuera a parar al suelo, pero logré evitarlo y contestar a tiempo.

–Supongo que te acuerdas de qué día es hoy.

Era la voz de mi hermana y, desde luego, yo no recordaba en absoluto qué tenía de especial aquel día. Septiembre. Finales de septiembre. ¿De qué se trataba?

–Pues... no. No me acuerdo –respondí titubeante y tratando de dominar mi mal humor–. ¿Qué pasa?

Mi hermana no respondió, a no ser que esa abstención cargada de reproche pudiera ser considerada como un tipo de respuesta. Debía de ser una fecha muy señalada. Forcé la memoria de nuevo, y la iluminación llegó a mí como un rayo fulminante: el cumpleaños de mi madre. Eso era. 24 de septiembre, claro.

–No creo que pueda...

–Espero que no se te ocurra faltar. Si no vienes, más vale que no vuelvas a verla nunca. Más vale que pases de todos nosotros para siempre...

No tenía respuesta para un ataque tan masivo como aquel. Esa era la situación. Así de harta estaba toda mi familia de mí, y yo entendía que les sobraban razones. Debía capitular y aceptar todas las condiciones. Mientras hablaba con mi hermana Elena me había aproximado al escaparate de una tienda de modelismo. Por encima de una reproducción del sitio de Stalingrado (bastaba con fijarse en los uniformes, en los solares ruinosos donde se agazapaban rusos y alemanes) alcanzaba a ver el interior de la tienda. Algo raro estaba ocurriendo allí.

–¿Habéis quedado a comer?

Varias personas contemplaban una espléndida maqueta ferroviaria; entre ellos un hombre de mediana edad –bien vestido pero con barba de unos cuantos días, que parecía excesiva– preocupantemente inclinado sobre el trenecito eléctrico que circulaba a toda velocidad por el circuito miniaturizado.

–A las dos allí...

A las dos, ¿por qué no? Podía hacer eso como podía hacer cualquier otra cosa con las horas inútiles que me separaban del atraco al Versailles, al cual me sentía cada vez más inclinado, aunque todavía no estaba del todo decidido.

–Allí estaré –dije, y corté la comunicación. Eran las doce y media, de modo que a la una y cuarto podía encontrarme de vuelta en casa y a las dos o dos y cuarto en casa de mi madre. Estaba a punto de darme la vuelta cuando una especie de reyerta se desencadenó en el interior de aquella tienda. El hombre mal afeitado había hecho algo en la maqueta. ¿Qué se proponía? ¿Hacer descarrilar el tren? Eso era lo que parecía haber conseguido. Pero la reacción de los demás fue desproporcionada. Varios clientes se echaron encima de él y lo redujeron violentamente en el suelo, como si fuera un terrorista, o un loco muy peligroso. En ese momento noté un vacío en mi estómago y me di cuenta de que tenía hambre. Me aparté de la tienda y fui directo hacia mi coche, aparcado en aquella misma manzana un poco más adelante.

\* \* \*

Encontré a Marta en casa más nerviosa y preocupada que antes.

–Es el cumpleaños de mi madre –le dije–, me ha llamado Elena hace un rato, cuando estaba todavía en la ciudad...

–Supongo que no pensarás ir a comer con ellos...

–¿Cómo sabes que han quedado a comer? –vi aparecer en su rostro una mueca de disgusto o impaciencia.

–¿Y qué hacen todos los años?

–Pero ¿tú te acordabas? –ahora era yo quien se estaba enfadando.

–No me dirás que eso importa mucho... con lo que tenemos encima.

–¡Pero yo tengo que ir! Es mi familia –dije, volviendo hacia arriba las palmas de las manos. ¿Tenía que explicárselo todo?–. Mira, pase lo que pase, ellos son, aparte de ti, las únicas personas con las que puedo contar. Ya sabes cómo es mi madre... cómo se pone. Tengo que ir. No puedo faltar. No tienes idea del tono que ha usado mi hermana... Creo que si no voy a esa comida ya me puedo despedir para siempre de mi familia. ¿Lo entiendes? Para ellos será como si hubiera muerto.

Marta me miraba con un gesto poco comprensivo, pero eso ya no me importaba. En un momento como aquel, precisamente, debía mantener con mis hermanos las mejores relaciones posibles. Sin contar con que tal vez fuera aquella una de las últimas oportunidades para participar en una reunión de esa clase. Incluso, en cierto modo, podía considerarla una especie de despedida.

–Mira... tú no hace falta que vengas, ¿vale? Iré solo, ¿de acuerdo?

Ahora Marta parecía casi del todo perdida. Su expresión, más que irritación, reflejaba un total desconcierto.

–Pero ¿has decidido ya lo que... lo que vas a...?

Se refería al atraco, por supuesto. Ni siquiera se atrevía a nombrarlo. Pensé que estaba pidiéndole demasiado. ¿Qué podía esperar? No es que yo la hubiera arrastrado exactamente a ese tipo de vida –en algunas ocasiones, más bien me había metido en líos por su culpa–, pero en el fondo era una niña. Así que la responsabilidad era básicamente mía. Ahora ella no sabía ni dónde estaba de pie. No lo sabíamos ninguno de los dos. Andábamos a tientas en una caverna, muy cerca de una sima.

–Creo que Fule y yo vamos a hacerlo, sí –aventuré, porque era lo que suponía que Marta esperaba oír. Cometer ese atraco constituía una pésima solución, claro, pero al menos era una salida. Lo otro sería como resignarse al matadero, o a la cárcel, que realmente no parecía mucho mejor que un matadero.

No me había equivocado con esa respuesta, porque ella se relajó algo. Le pregunté si había mirado mi correo y movió negativamente la cabeza. Miré el reloj: la una y veinte. Fui directo al cuarto del ordenador y me senté frente a la pantalla y el teclado.

No tenía ningún nuevo mensaje importante, solo un poco de *spam*. Rápidamente, me puse a redactar un *e-mail* para quien estuviera usurpando el nombre y la cuenta de correo de mi difunto amigo Ángel Bru.

«Podrías quedarte con el dinero y luego no decirme dónde está el arma. Así yo cargaría con las dos cosas, lo del Versalles y lo de Ángel. Dime cómo sé que cumplirás tu parte del trato.»

Puse el cursor sobre la cuadrícula «enviar» e hice un clic con el ratón. Me levanté y fui a la cocina para beber agua. Ella estaba allí tomándose un zumo de piña.

–Le he enviado un mensaje... –Marta no dijo nada. Ni siquiera me preguntó qué

era lo que había escrito. Parecía realmente sobrepasada por los acontecimientos—. Voy a darme una ducha rápida...

Me di la vuelta y fui directo al cuarto de baño. Mientras el agua tibia resbalaba sobre mi cuerpo pensé, supersticiosamente, que nadie me mataría mientras yo no tuviera un arma en la mano. «Así que lo peor que puede ocurrir... —decía para mis adentros—. Lo peor es...» Y no conseguía llevar más lejos el razonamiento. Mi cerebro estaba también al borde del colapso. No había nada que hacer, salvo imitar al agua que en ese momento caía sobre mi piel: resbalar, dejarse ir, perderse por el desagüe.

Sonaron varios golpes fuertes y seguidos en la puerta: «¡Te ha contestado!», oí gritar a Marta en el pasillo. Salí precipitadamente de la ducha. No había cerrado la sesión, precisamente porque tenía la esperanza de que su respuesta fuera inmediata.

Me sequé a toda velocidad con la toalla. Luego me puse el albornoz y fui directo al cuarto del ordenador. Ella no había abierto el mensaje, de modo que ver aquella familiar dirección resaltada con letras negras casi hizo que me marease a causa de la ansiedad y la excitación. Abrí el mensaje y leí con avidez:

«Te diré dónde está el arma antes de que deposites el dinero. Seré yo quien se fíe de ti. No pidas más garantías. La única garantía que te doy es que si no cumples encontrarán el arma y te acusarán de asesinato. Suerte para esta tarde».

\* \* \*

Volver a casa de tus padres cuando ya no vives allí, aunque sea para algo trivial, aunque solo se trate de una visita ordinaria, o de una reunión familiar cualquiera, tiene siempre algo de experiencia mística y un inconfundible aroma iniciático. Esto se explica por una visita paralela (interior, inevitable) a tu propio pasado.

Mientras conduzco por las sinuosas y estrechas carreteras de tercer orden que conectan Las Zalbias con las pequeñas poblaciones y las explotaciones agrícolas de los alrededores, no puedo —ni quiero— resistirme a esa inmersión en mi propia memoria. Vuelvo a través de una serie de fogonazos, de instantáneas deslumbrantes y efímeras, a una infancia más bien rural. Mi padre era agricultor. Vivíamos en una casa de dos plantas rodeada de bancales y campos cultivados. Teníamos unos pocos vecinos cerca, con los que manteníamos relaciones casi familiares. Podíamos recurrir a ellos si había dificultades, y nos reuníamos todos en casa de este, o de aquel —también en la nuestra—, con mucha frecuencia. Pero la ciudad estaba cerca, y también estaban cerca los núcleos urbanos de la costa. Así que el ruido y la furia resonaban no muy lejos de nuestro inocente caserío. Las Zalbias, por ejemplo, quedaba apenas a quince minutos en coche. Creo que todo fue más o menos bien hasta que cumplí los catorce años. A esa edad me compraron una moto con la que

amplíe considerablemente mi radio de acción. Por esa época, ya en el instituto, fue cuando conocí a Ángel y a Fule. Y en los años siguientes empecé a meterme en líos.

En realidad fue toda la familia, y no únicamente yo, la que empezó a verse aquejada por toda clase de conflictos y problemas en aquel momento. A mi padre no le iban bien las cosas. Las frutas y hortalizas de los países del Magreb empezaban a representar una dura competencia para el producto nacional, y esto apenas lo compensaban las ayudas europeas. Por otra parte, él siempre había sido aficionado al juego y a la bebida, así que las cosas solo podían ir a peor. Siempre es dolorosa la historia de una familia en decadencia, pero cuando se trata de la tuya y todavía eres demasiado joven no percibes las consecuencias con claridad. A corto plazo, parecen más las ventajas que los inconvenientes. Aumenta tu libertad y, por otro lado, tus carencias te parecen irrelevantes. No te das cuenta del daño sufrido hasta mucho tiempo después. Mi hermana Elena (tres años mayor que yo) y mi hermano Marcos (me lleva un año, soy el más joven) eran buenos estudiantes y seguían las reglas. Por supuesto, también padecieron las consecuencias de nuestro declive económico y de las continuas disputas entre mis padres; pero eso, al parecer, no volvió locas sus respectivas brújulas. La confusión y el deterioro de la familia me afectaron a mí en mayor medida que a ellos, por alguna razón. Y puede que esa razón fuera simplemente mi carácter.

Mi padre murió de cáncer de esófago apenas un mes después de que yo alcanzara la mayoría de edad. Durante los años siguientes nadie pareció echarlo mucho de menos; aunque mi madre lloraba de vez en cuando a escondidas –en la cocina, en su cuarto, en el aseo–, pero nunca en el comedor durante la comida o la cena; nunca cuando pensaba que podíamos verla. Creo que durante un tiempo tuvo una relación con otro hombre. Yo apenas llegué a conocerlo. La aventura no duró demasiado.

Desde la muerte de mi padre, mi tío Antonio se ocupaba de nuestra explotación y mi madre cobraba una pensión modesta que nos permitía vivir a los cuatro, sin lujos ni grandes carencias. Durante un tiempo, Marcos intentó hacer de padre conmigo. No tardó en tirar la toalla y en considerarme un caso perdido. Mi hermana y mi madre apenas se metían en mi vida, aunque me mostraban continuamente su disgusto. Les sorprendió mucho que con veintidós años decidiera de pronto ir a la universidad. Esto marcó el comienzo de lo que podríamos llamar la etapa intelectual de mi vida. Por unos meses pareció que podría aún enderezar el rumbo. Encontré un trabajo de noche en la capital, como camarero en un pub. Vivía en un piso compartido y casi me olvidé de Las Zalbias. Hice nuevos amigos. Algunos de ellos andaban metidos en política, otros colaboraban con alguna ONG. Entré en contacto con músicos, pintores, performers, poetas, cortometrajistas... y otras variedades artísticas de la flora

posmoderna, nacidas del humus de la subvención y cultivadas en el invernadero de la vida nocturna.

Todo esto era nuevo para mí. Nuevo y fascinante. Por primera vez en mi vida, empecé a leer sin que nadie me obligara a ello. Me matriculé en primero de Filología y me lo tomé bastante en serio durante un par de años. Comencé una relación con una chica llamada Mercedes. Pero esa relación no funcionó, y este fracaso supuso una especie de punto de inflexión, un retroceso lamentable al cenagal del que creía haber escapado. Dejé la carrera y volví a Las Zalbias. Tenía veinticinco años. Fue entonces cuando empecé a salir con Marta.

Al llegar a la casa familiar veo que delante hay una extensa plantación de col lombarda. Así que nuestro campo presenta una bonita y extraña tonalidad azul. Esto es lo que decidió plantar en abril mi tío Antonio, y a juzgar por su aspecto la recolección debe de estar muy próxima. Aparco en un carril que se interna entre otros dos bancales hacia un pequeño grupo de casas, las de nuestros vecinos de toda la vida.

\* \* \*

Cuando me reuní con mi familia, el sábado a mediodía, mi madre salió a recibirme poco más o menos como si yo fuera un reportero de guerra que acabase de volver de Afganistán. Me dio un extraño beso en la garganta que me hizo pensar en un repentino ataque de vampirismo. «Si no llegas a venir –me dijo al oído, mientras casi se colgaba de mi brazo–, si no llegas a venir te mato, ¿lo sabes?» Mis hermanos en cambio me recibieron con previsible frialdad. El que sí parecía alegrarse de verme –como ocurría siempre, por otra parte– era mi sobrino Moisés. Mi hermana Elena se había divorciado hacía unos meses y ahora vivía con el chico (de trece años) en la capital. Pensé en besarla, pero no me atreví porque temí que rechazara el gesto. Al verla, tuve la impresión de que había envejecido deprisa en las últimas semanas. Esta idea no procedía de ningún rasgo o indicio en particular, y sin embargo resultaba para mí de una gran evidencia. En realidad, ni siquiera recordaba cuánto tiempo hacía que no nos encontrábamos. ¿Tres meses? ¿Un año? Imposible recordarlo. En cuanto a Marcos, ni se molestó en salir de la casa. Enseguida me di cuenta de que aquello iba a ser duro. Y era muy dudoso que tuviera algún significado mi presencia allí, sobre todo considerando lo que me esperaba a continuación. Así que empezaba a darle la razón a Marta.

Nos sentamos a la mesa muy pocos minutos después de mi llegada, y mi madre anunció que el tío Antonio no vendría hasta después del café.

–Hoy llega el primo, en tren... ya sabéis –nos explicó–, y tiene que ir a la estación a recogerlo.

Supuse que se refería a mi primo Julio, pero decidí que sería mucho mejor no

preguntar nada.

–Estamos aquí por ti, mamá –intervino Marcos, de modo tajante–, ellos pueden venir o no venir. Que hagan lo que quieran.

Estaba claro que me había perdido algo. ¿Una disputa familiar? Si era así, no tenía la menor noticia sobre el asunto. Seguí tomando el gazpacho a cucharadas rápidas y furtivas. Le faltaba algo de vinagre para mi gusto, pero estaba hecho con buenos tomates maduros de nuestra huerta y eso siempre se nota. De vez en cuando, observaba a los demás protegido por una vaga sonrisa parecida a un cartel en el que cualquiera habría podido leer mis intenciones: «Estoy aquí en son de paz, no quiero causar problemas; aún pertenezco a vuestra familia, ¿no?». Había poca luz. Las persianas estaban echadas, lo que contribuía a mantener la casa agradablemente fresca. Mi madre, además, debía de haber dejado abierta la puerta de la cocina, porque notaba de vez en cuando una suave y benigna corriente de aire que rozaba mi espalda.

–Y tú, Pablo –era mi hermano el que me interrogaba–, ¿a qué te estás dedicando?

Me di cuenta de que no iba a atravesar el campo de batalla simplemente sonriendo, después de todo. Mi hermana Elena también pareció repentinamente interesada en mis posibles novedades:

–¿Todavía no has encontrado trabajo? ¿Estás buscando... o qué haces?

Ellos disponían de datos más o menos indirectos sobre mi peligrosa deriva, desde luego, pero –al menos que yo supiera– ignoraban los detalles de mi reciente trayectoria delictiva. Y, por supuesto, delante de mi madre no podía permitirme el más mínimo atisbo de sinceridad. De todas formas, me daba cuenta de que aquellas preguntas eran más bien admonitorias. Mis hermanos no esperaban una respuesta fidedigna en ningún caso, solo querían apretarme un poco las tuercas.

–Buscando trabajo, sí –confirmé–. Pero no hay nada. Ya sabéis cómo está todo, ¿no?

Tenía la esperanza de que se conformaran con eso y me dejaran en paz, pero Marcos no estaba dispuesto a soltar la presa tan pronto:

–¿Y Marta?

–Marta qué... –dije, procurando amortiguar la carga desafiante de mi réplica intensificando la sonrisa y dulcificando el tono.

–Que si ha encontrado algo ella...

Mi hermano había dejado la cuchara en el plato, se había limpiado los labios con la servilleta y ahora me miraba directamente a los ojos. Estaba dispuesto para el combate.

–Estamos los dos igual... –dije, mientras me llevaba a la boca otra cucharada de gazpacho y evitaba su mirada–, buscando... los dos... Todavía no ha habido suerte.

–No se trata solo de suerte... –sentenció Marcos, mientras hacía un gesto para que Elena le acercara la bandeja de espárragos con mayonesa.

No me di por enterado de ese mordaz comentario y mi madre hizo lo que pudo para desviar enseguida la conversación hacia un terreno menos abrupto. Empezó a parlotear animadamente y sin el menor sentido de la oportunidad acerca de las reformas en casa de los vecinos. Dijo algo, con escándalo más aparente que verdadero, sobre no sé qué piscina nueva y un gimnasio. «¡Ahora que están las cosas como están...! Claro que la academia de Mónica creo que va muy bien...»

Y mientras mi madre sofocaba con su cháchara vacía nuestro conato de discusión, mi hermana reñía a Moisés por quitarle el tocino a las lonchas de jamón serrano antes de comérselas. Terminé mi gazpacho y me sentí aliviado por haber dejado de ser el centro de atención. Aunque no pude evitar que, unos segundos después, el pulso se me acelerase de nuevo al pensar en que en apenas unas horas quizá estuviera perpetrando un atraco a pocos kilómetros de allí. Si las cosas iban mal, si me encerraban, ¿qué apoyo podía esperar de mis hermanos? Probablemente, ninguno. Más bien me rechazarían para siempre. ¿Y qué podía ocurrirle a mi madre cuando se enterase? Más valía no pensarlo. No tenía sentido, ningún sentido: desearle feliz cumpleaños para, a continuación, matarla de un disgusto. Había que seguir comiendo y no pensar.

El segundo plato era un cocido, algo que me entusiasmaba, pero aquel sábado apenas me sentía capaz de masticar y tragar. Estaba realmente en otra parte.

Ahora el tema de conversación volvía a ser la familia. Se habló de nuevo del tío Antonio, de la tía Carmen y, por supuesto, del primo Julio. Por lo visto estaba decidido a dejar Económicas para seguir la flecha de una peregrina vocación que todos conocíamos desde hacía algún tiempo. Mi primo deseaba ser actor, por encima de todo. Se había enganchado al teatro en la época del instituto y ya nunca lo había dejado. Pero ahora al parecer la cosa iba en serio. Se proponía empezar a estudiar arte dramático, ni más ni menos. Mi hermano Marcos ilustró el asunto con una anécdota que, al parecer, había tenido lugar hacía solo un par de meses, a comienzos del verano.

Mi primo y un amigo suyo habían llevado a cabo una especie de *performance* en una localidad de la comarca del interior. Un pueblo llamado Zanjón, a menos de veinte kilómetros, de unos cinco mil habitantes.

–¿Sabéis lo que hacía? –preguntó Marcos, mirando a mi hermana Elena y a mi madre alternativamente, con aire exaltado y una sonrisa cruel que enmarcaba sus dientes grises de fumador–. ¿No? Bueno... Creo que llamaban a eso deconstrucción de la mirada, o algo muy parecido. Bien... pues el muy cretino entraba en los bares y se ponía a mirar fijamente a los parroquianos, mientras su amigo lo grababa todo con una cámara digital –Marcos se detuvo un momento para dar un sorbo a su vaso de vino, era evidente el placer que le producía relatar aquello–. Hasta que en la tasca de Nuño se encontró con el Carlangas. ¿No sabéis quién es el Carlangas? Bueno..., algo así como el filósofo posestructuralista más

avanzado de la región. Parece que una vez mató a un jabalí con una azada, para que os hagáis una idea. También lo llaman Burrofáctor, no me preguntéis por qué. Vale... da igual... El caso es que Julio no llevaba ni dos minutos mirándolo cuando el otro le sacudió un trompazo con el revés de la mano que lo tiró de la silla. Nuestro primito llevó el ojo negro una semana. Eso sí que fue deconstrucción de la mirada... Y se lo merece, por idiota.

La salvaje risa de mi hermano me puso a hervir la sangre, no sabría explicar exactamente por qué, ya que la cosa no iba conmigo. Salí en defensa de mi primo de un modo espontáneo e imprudente.

–Yo pienso que hace bien en luchar por lo que quiere...

–¿Luchar por lo que quiere? –Marcos se volvió hacia mí con los músculos faciales contraídos y un ojo casi guiñado–. ¡Luchar por lo que quiere! –miró a los demás moviendo negativamente la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo–. Supongo que eso es lo mismo que haces tú, ¿verdad?

–Pero... ¿qué te pasa conmigo?

Me sentía como el alumno rebelde que no es capaz de evitar plantarle cara al director del internado, por muy clara noción que pudiera tener de las funestas consecuencias de tan provocadora conducta.

–No..., qué te pasa a ti. Qué te pasa a ti que no te quieres enterar de nada. Porque tú, Pablo, hermanito, llevas años sin enterarte de nada, ¿sabes?

Había acudido a aquella comida con el único propósito de suavizar las relaciones con mis hermanos, con la única intención de mejorar en lo posible mis relaciones con la familia y demostrarles que me importaban, que me sentía parte del clan, pero lo estaba estropeando todo; ¡aunque no era culpa mía! ¡Yo no había empezado aquella necia conversación sobre mi primo! Y precisamente la frustración de no poder evitar verme envuelto en una discusión con Marcos, a pesar de mis intenciones, era lo que atizaba el fuego y avivaba ahora mi deseo de llegar hasta el final.

–¿Qué te parece que tendría que hacer? ¿Seguir con una carrera que no le interesa, para acabar tan amargado como tú, dándole once horas diarias a una empresa para la que eres un simple burro de carga...?

Nada más pronunciar estas palabras me arrepentí definitivamente de no haber seguido el consejo de Marta. Mi presencia allí era inútil, desde todos los puntos de vista. Pretendía haber sido un comensal amable, hubiera querido pasar lo más inadvertido posible, y estaba haciendo exactamente lo contrario. ¿Por qué?

–¡Ah, bueno! ¡Entonces tú eres el ejemplo a seguir! –ahora mi hermano parecía realmente ofendido–. Claro que sí. Un delincuente de poca monta. Un camello. El mejor ejemplo de lucha por una vocación, claro.

–Ya sé que yo no soy ejemplo de nada. No estábamos hablando de mí. Lo que

digo es que el primo Julio hace bien en no seguir un camino trillado. En seguir su...

–¿Lo estáis oyendo? –yo intentaba rebajar el tono de la discusión, incluso procuraba mantener a toda costa mi sonrisa, pero ya era inútil, porque mi hermano se estaba poniendo como un perro rabioso—. ¿Os lo podéis creer? ¡Desde luego que no eres ejemplo de nada! Mira... te voy a explicar una cosa. Mira... Parece que hace falta ser muy valiente para salirse de los caminos trillados, ¿verdad? ¡Pues no! Para lo que hace falta ser valiente es para aceptar la vida como es. ¿Lo entiendes? ¡Para aceptar la vida como es! Me jode mucho la gente que mira por encima del hombro a los que no se dejan llevar por las fantasías. Me jode mucho esa gente que... ¡Porque luego encima hay que tirarse al agua para sacarlos! ¿Sabes? Y hasta pueden acabar ahogándote. Fíjate en ti. Ya ibas mal cuando te fuiste a la capital y empezaste a relacionarte con todos esos gilipollas... Cuando volviste aquí pensé que habías cambiado... ¡Pero no! ¡Qué va!

Toda esta homilía de mi hermano me estaba exasperando y temí perder yo también los estribos. Tenía razón. Claro que tenía razón, en mi caso concreto. Pero no la tenía si hablábamos de principios generales. Marcos era un resentido y yo lo sabía. En su corazón florecía un resentimiento gelatinoso y hediondo contra todo lo que no comprendía. Esa era la raíz de su aversión hacia la vocación artística de nuestro pobre primo Julio. Esa era la razón última y verdadera de sus burlas. Durante una época yo también soñé con dejar atrás Las Zalbias, nuestro pequeño y miserable mundo marcado por las campañas turísticas, por la especulación y los planes desarrollistas... Todo eso me daba verdadero asco. Pero lo había hecho muy mal; de la peor forma posible. Y al final el cuento había acabado como estaba previsto. Es decir: Jonás no se había tragado a la ballena, sino todo lo contrario. Como siempre. Había toneladas de palabras y razones que casi hacían reventar en ese momento las costuras de mi alma, pero no tenía sentido seguir hablando con mi hermano. Él nunca entendería nada de aquello. Sería inútil tratar de explicarle que a cierta edad, demasiado joven todavía, yo había decidido romper con lo previsible y lo rutinario. Cualquier cosa, pensaba, excepto el aburrimiento de una vida seriada, empaquetada, plastificada. Por un momento, me puse de puntillas. Por un momento... llegué a mirar por encima del muro. Y pude ver el exterior. Una cosa que él, Marcos, nunca había logrado. De ahí mi incipiente afición a la literatura. Por eso la ciencia. Por eso todos aquellos libros sobre teoría de la mente, teoría de cuerdas, universos paralelos. Un cosmos raro y deslumbrante del que nadie me había hablado nunca. Así que no: no había sido solo una tendencia patológica a lo anormal, a la transgresión, a lo delictivo. Era injusto plantearlo así, simplificarlo de ese modo. Me había equivocado, desde luego, pero dentro de mi cáscara de pequeño traficante había un germen de poesía, y eso no era una broma. Aunque ahora aquella búsqueda de lo sublime me pareciera ridícula también a mí... aunque

las drogas lo hubieran deformado todo... Marcos no tenía razón en el fondo. ¡No del todo!

–¿Y sabes lo peor? –a pesar de que yo llevaba un buen rato en silencio, él continuaba con su ataque inmisericorde–. ¿Sabes lo peor...?

Mi hermana Elena intentó mediar, trató de que las aguas volvieran a su cauce, o al menos que la inundación no llegara más lejos:

–Marcos, ya está bien. Déjalo... –pero ese dique era insignificante para el caudal de furia de mi hermano.

–¡No! No está bien... ¿Sabes lo peor, Pablo? Lo peor es que Julio al menos tiene carácter. Puede que sea tonto, pero es él quien decide. Tú, en cambio, siempre te has dejado arrastrar por otros. Eso es lo peor de todo, Pablo... que no tienes carácter.

Creo que fue al oír esto cuando tomé la decisión firme, irrevocable, de dar con Fule ese palo en el Versalles. Mi proceso mental no tuvo nada de verdaderamente racional, por supuesto, y no sería capaz de explicarlo por completo, aunque puedo intentarlo si os empeñáis. ¿Para qué necesitaba más carácter –creo que me pregunté confusamente en ese mismo instante–, para cometer el atraco o para no cometerlo? Y no había una respuesta clara. Así que lo único que podía hacer en aquella encrucijada –razoné absurdamente– era elegir el camino más difícil: el atraco.

–Es verdad, tienes razón, Marcos. No tengo suficiente carácter... Pero yo soy consciente. Tú crees que lo tienes... y te engañas a ti mismo.

Mi hermano se rio de mis palabras y pareció conformarse con esa victoria, parcial pero suficiente. Mi madre estaba triste y guardaba silencio. Mi sobrino Moisés me miraba como si esperase algo más de mí; tal vez una explicación convincente del rumbo de mi vida; algo que yo, claro, nunca podría proporcionarle.

Unos cinco minutos después de que hubiese concluido la tormenta, me levanté de la mesa sin esperar al postre.

–¿Te vas? –me interrogó mi madre con ojos anhelantes.

–Luego vuelvo, mamá. Tengo que ir a un sitio... Hay una cosa que tengo que hacer... pero no tardo.

\* \* \*

Sábado. Primera hora de la tarde. He detenido el coche a mitad de camino. Ahora estoy aparcado en la cuneta, junto a un pequeño grupo de eucaliptos. Voy a dar ese palo con Fule. Me encontraré con él en La Goleta, tal como lo hemos acordado. A las seis en punto. He decidido que si voy a la cárcel no será por falta de carácter. Por eso no. Miro el reloj. Las tres y diez. Todo podría salir mal, por supuesto. Podría salir incluso peor que mal, pero he decidido que voy a correr el

riesgo. Son las tres y once minutos exactamente. Cuando tenga un arma en la mano, entonces ya podrá suceder de todo. Cualquier cosa. Incluso lo inimaginable. ¿Morir sería realmente lo peor? ¿Qué se siente al recibir un golpe de un proyectil que te atraviesa a la velocidad del sonido? Tengo miedo, no lo puedo negar. Entonces rebusco debajo de la alfombrilla y extraigo la pequeña bolsita con el polvo blanco. Me preparo la raya sobre un CD de Leonard Cohen y utilizo para esnifarla un billete de veinte euros.

Y de pronto se enciende una luz, y sopla una brisa suave y fresca en mi cerebro, y en ese instante veo con la máxima claridad que todo puede pasar en cualquier momento, con independencia de nuestras decisiones. Esa es la regla del juego. Así que, ¿por qué tener miedo ahora? No. Todo va a salir bien. Sé disparar, si hace falta; pero no va a hacer falta. Fule tiene un cerebro de molusco. Estoy al mando y lo que vamos a hacer es casi fácil. Él se conformará con quince mil. Lo asustaré, me quedará con una parte del dinero. Será muy fácil. Nada va a salir mal. Nada me va a salir mal.

\* \* \*

Llego al polígono a las tres y veintidós y aparco detrás de la nave. Quiero evitar las cámaras que sé que están instaladas en la calle principal. Tal vez no funcionen, y si funcionan podrían haber registrado mi llegada el viernes por la mañana, así que poco sentido tiene ya esta precaución, pero aun así prefiero evitar ser grabado de nuevo. También tengo la llave de esta otra puerta trasera. Es sábado, es mediodía y el polígono está desierto. Hace mucho calor. Hay un cielo limpio y azul sobre mí, y me envuelve un silencio agobiante y denso.

La primera impresión que recibo al acceder al interior fresco y sombrío de la nave es la del fuerte olor a humedad y a clausura que impera allí. Las armas están en la parte de abajo, así que no necesito subir a la oficina. Me dirijo directamente a la taquilla metálica del almacén. Es allí donde las guardamos.

No necesito encender ninguna luz porque me basta con la que entra por las claraboyas que hay sobre el portalón de acceso al almacén. Abro la taquilla y saco el viejo mono azul de trabajo en el que las armas están envueltas. Extiendo la ropa en el suelo y aparecen las dos armas cortas, un cargador y un par de cajas de cartón que contienen las balas. Una SIG-Sauer y un revólver del 38, es con lo que contamos. Más que suficiente. Ya que no puedo utilizar la Hammerli, prefiero el revólver a la pistola. Esta se la reservo a Fule. Y sé que él estará de acuerdo. Ojalá no tengamos que utilizarlas, pero meterse en el Versailles es como entrar en la cueva del oso. Sabemos que alrededor de ese negocio hay gente muy peligrosa, así que será mejor ir protegidos. Envuelvo rápidamente nuestro armamento con la misma ropa y, a continuación, abandono la nave. Cargo el bulto en el maletero del coche y

me dispongo a regresar a casa de mi madre. Es en el preciso momento en que estoy a punto de girar la llave de contacto, cuando una idea imperiosa, repentina como un zarpazo, golpea y araña mi mente y subyuga mi voluntad por completo.

Necesito ver el cuerpo. Sé que Ángel está ahí dentro, arriba, en la oficina; justo encima del almacén que acabo de abandonar; con sus ojos ausentes, con su mirada vacía absurdamente clavada en el aparato de aire acondicionado. Pero necesito verlo. Y lo más asombroso es que esa necesidad proviene de una sospecha descabellada que debo eliminar a toda costa, o será un lastre para conseguir la plena determinación que necesito. No sabía que esa sospecha estaba ahí, que anidaba en algún rincón de mi cerebro, hasta que me he sentado en el coche y se ha manifestado de forma brusca e ineludible: Ángel no está muerto. ¿Y si todo hubiera sido una especie de trampa, de sofisticado montaje realizado por él con trucos propios de un rodaje cinematográfico? Maquillaje, sangre falsa... esas cosas existen. ¿Y si Ángel está vivo y es él quien ha tramado toda esta complicada estrategia para obligarme a cometer el atraco? Lo recuerdo en El Fresno, furioso, frustrado cuando le dije que renunciaba y que no contara conmigo. Por otra parte, me doy cuenta de que esta suposición es disparatada, claro. Nadie puede hacerse pasar por un cadáver con tal poder de convicción. Es imposible. Además (pienso) ... además: ¿cuál sería el desenlace previsto por él en ese caso? ¿No sería mucho más sencillo...? Pero no vale la pena darle más vueltas. Distingo y asumo simultáneamente dos conclusiones igualmente correctas e irrefragables: Ángel está muerto, sin duda, pero yo necesito ver el cadáver otra vez. Y cuanto antes lo haga, antes me liberaré de ese ineludible y morboso trámite y podré continuar mi peligroso camino. De modo que salgo del coche y vuelvo a entrar en la nave.

\* \* \*

De nuevo el ambiente fresco y sombrío del almacén cerrado. Los restos de espuma de embalaje en el suelo de cemento. Subo por una escalera de hierro pintada de verde que conecta con la otra, con la escalera principal por la que se accede a la oficina. Empujo la puerta con la sensación de estar penetrando en una tumba, lo cual resulta inmediatamente confirmado por el nauseabundo e inconfundible hedor cadavérico. Está claro que el proceso de descomposición, en su primera etapa, ha comenzado. Apenas necesito dar en la oficina un par de pasos más para satisfacer mi oscura necesidad. La necesidad de ver y comprobar. El imperioso impulso de constatar que las causas continúan férreamente soldadas a sus efectos. El indeclinable deseo de asegurarme de que en el mundo rige todavía cierta perdurabilidad de las reglas que lo gobiernan, ciertas constantes.

Y en efecto, lo compruebo. El cadáver está allí. Todo está en orden. Es decir, todo está en desorden. El desorden grotesco de la muerte y el mal. Mi amigo –cuya

piel parece haber adquirido un aspecto céreo— permanece inmóvil y con el rostro cubierto de sangre coagulada, con su ominoso agujero en la frente; sentado en el viejo tresillo de cuero marrón, esperando todavía a que alguien lo descubra, a que alguien lo encuentre y se horrorice y, después, recuperado el sosiego, dé el aviso oportuno a las autoridades y a la familia. Solo entonces comenzarán los trámites necesarios para desaparecer legal y definitivamente del mundo. Todo está sucio y lleno de polvo en esta oficina inerte, abandonada. Todo muerto y estancado. Todo... excepto algo que se mueve ahora, deprisa y con sigilo, correteando por el respaldo del sofá. Algo negruzco que se aproxima desde el otro extremo hacia el cadáver de Ángel. No puedo distinguir lo que es hasta que retrocede y se aleja, para luego saltar al brazo del sillón. Entonces sí veo de qué se trata. Es algo vivo, sin la menor duda. Es una enorme rata.

\* \* \*

Noto todavía la lengua adormecida y ese desagradable sabor metálico, pero hace tiempo que el efecto de la cocaína se ha disipado. Son las cuatro menos cinco de la tarde y necesito cuanto antes otra raya. Eso es lo que pienso ahora, mientras conduzco rápidamente por los estrechos carriles de la huerta, de regreso a casa de mi madre. Las armas están en el maletero y mi decisión es ya firme. Puede que no tenga mucho sentido, pero necesito despedirme de los míos. Intento mantener la mente vacía y la vista fija en la carretera, intento centrarme en la conducción; aunque mi cerebro no logra esquivar esas imágenes que estallan como pompas de jabón en cuanto el pensamiento las toca. Es como si navegara entre frágiles y casi transparentes burbujas del pasado reciente. El antebrazo vendado de Marta. La delgada trenza de espuma en el labio de Fule mientras hablamos en El Fresno. La pelea en la tienda de modelismo. La falsa imagen de Machado en el tranvía. El primer mensaje de Ángel, citándome en la nave. La rata en el respaldo. El antebrazo vendado. El antebrazo de Marta.

\* \* \*

En casa de mi madre nada había cambiado. Para mi sorpresa, estaban todavía todos sentados a la mesa. El ambiente parecía más distendido que antes. Incluso Marcos me recibió con una broma amable, como si pretendiera reconciliarse conmigo. Hablaban del tratamiento seguido por Moisés y que tanto le había ayudado en la superación de la bulimia. Explicaba mi hermana Elena, casi con entusiasmo, que un tal doctor Villar, un psiquiatra de Las Zalbías, estaba ayudando eficazmente a mi sobrino a dejar atrás algunos de sus problemas. Moisés la escuchaba visiblemente avergonzado. Mi madre se empeñó en que yo probara la

tarta de queso y fue a la cocina para sacarla del frigorífico y servirme un pedazo. Aquello de pronto se había convertido en la armoniosa y serena reunión familiar que yo esperaba en un principio; sin embargo ya no estaba a mi alcance integrarme en una conversación trivial ni participar de un ambiente entrañable. Ahora mi organismo se encontraba en una tensión extrema y solo podía pensar en mi encuentro con Fule en La Goleta, que debía tener lugar en apenas hora y media. Mi madre y mis hermanos charlaban a media voz, reían, bromeaban en la suave y fresca penumbra de nuestra casa familiar, pero yo ahora estaba muy lejos de allí. Me sentía como el astronauta a la deriva que distingue todavía por la escotilla de su nave un lejano y azul planeta que se hace cada vez más pequeño, hasta convertirse en un indiscernible punto de luz entre millones de otros puntos en la insondable oscuridad del espacio.

Pensé que yo debía haber tenido otra vida. De hecho estaba casi convencido de que en realidad la tenía. Esa vida sin duda transcurría en un cosmos paralelo, un mundo apenas diferente del que conocía, gobernado por leyes idénticas y sin embargo sutilmente distinto. En ese mundo yo había continuado siendo un sufrido camionero, y me había casado con Marta, y habíamos tenido un hijo. El segundo nieto de mi madre. Un niño precioso. ¿O era una niña? Eso no importaba demasiado. No importaba nada. Lo que contaba (en ese universo adyacente, inaccesible), lo único que contaba era tan solo que Marta y yo vivíamos bajo el tibio sol de una vida vulgar, pero libre de remordimientos, con los problemas de la gente común y sencilla, entre la gente sencilla y común, y plenamente aceptados por ellos: por la familia, por los vecinos. Así que no habían tenido lugar nuestros viajes de lujo a Tánger, a Brasil, a Tailandia... Nunca conocimos a todos esos seres excéntricos e imprevisibles que poblaron nuestras noches sin fondo durante años; nuestras orgías de sexo y droga, en chalés de cuatro plantas con ascensor, con tiburones martillo conservados en formol y *jacuzzis* de todos los tamaños. ¿Para qué queríamos todo eso, si teníamos al niño más hermoso del mundo y nos queríamos, y luchábamos juntos cada día a la vista de nuestros semejantes? Tenía delante ahora a mi madre y a mis hermanos, que charlaban cada vez más animados; pero yo estaba solo. Y casi me daban ganas de tentar el aire delante de mi cara, de levantar la mano muy despacio y moverla delante de los ojos, como el que aparta un velo. Sospechaba que ese otro universo latía tan cerca, entre los pliegues del tiempo, tan cerca que incluso podía oler el jabón infantil del baño de mi hijo, oír su risa y las nuestras.

\* \* \*

–¿Quieres más tarta, Pablo? –me preguntó mi madre, presionándome cariñosamente la muñeca.

–No mamá, gracias. No quiero más tarta.

Unos minutos más tarde nos levantamos de la mesa. Mi hermano Marcos me ofreció un vaso de orujo de hierbas que no rechacé. Era como si no hubiera pasado nada: «Tómatelo de un trago, anda... a ver si te aclara las ideas...».

Después de tomar el orujo fui a la cocina para beber agua y allí estaba mi sobrino Moisés. Noté que se daba la vuelta al verme entrar y que fingía torpemente estar colocando algún plato en el fregadero. Instintivamente me acerqué a él, le puse una mano en el hombro y lo obligué a girar suavemente. Estaba llorando. «Pero... ¿qué te pasa?», lo interrogué. «No quiero que te metan en la cárcel, ni quiero que te disparen... ni que te pase nada.» Mi primera reacción fue la de volver a ponerme furioso con Marcos. ¿Qué les había estado contando durante mi ausencia? ¿Qué sabía él? Logré dominarme y le dije a Moisés que no debía preocuparse por mí. «No me va a pasar nada, chaval... ¿Tú no has oído decir lo de que la mala hierba nunca muere?» El chico sonrió y le di un abrazo. Lejos de rechazarlo, se entregó completamente. Se apretó contra mí y presionó su cara contra mi hombro. Entonces vi a través del cristal de la ventana de la cocina que un mirlo se había posado en el alféizar. Extendió un momento sus alas, como si pretendiera tocar el cristal con una de ellas. Como si quisiera llamar nuestra atención o entrar en nuestra casa. Al fondo, el campo azul de col lombarda daba la impresión de haber sido artificialmente coloreado. Azul oscuro, acacias amarillas, palmeras verdes y cielo iluminado. Demasiado recargado, inverosímil. Me aparté de Moisés y le di una palmadita en la cara. Sonrió y volvió al salón con los otros. Estaba a punto de hacer lo mismo, cuando mi madre entró en la cocina.

–¿Te acuerdas del padre Marina? –me preguntó.

Por supuesto que recordaba al padre Marina. Había sido mi catequista y profesor de religión durante varios años. Pero ¿a qué venía eso?

–Me acuerdo..., sí. Claro que me acuerdo. ¿Qué pasa con él?

–Está aquí –dijo mi madre sonriendo.

–¿Aquí? –pregunté, y me volví hacia la ventana, el mirlo ya no estaba-. ¿En casa? ¿Ahora?

–Ha venido a felicitarme el cumpleaños...

–No sabía –supongo que la incredulidad debía de estar claramente impresa en mi rostro–, no sabía que mantuvieras alguna relación con él.

–Está en Longares, de párroco. A veces voy a la iglesia allí...

–Pero ¿dónde está? No lo he visto...

–En el cobertizo, intentando arreglar el viejo tractor de tu padre.

–No lo entiendo, mamá –dijo, sonriendo y tomando sus manos entre las mías, a

la vez que trataba de leer en sus ojos—. No sé por qué no ha pasado... adentro. Y cómo es posible que... ¿Arreglando el tractor?

Ella pareció comprender mi desconcierto y me ofreció la explicación que necesitaba:

—Ya sabes que antes iba a Bolivia todos los veranos. Creo que trabajó como mecánico allí, en aquella cooperativa, o lo que fuera...

—Ya. De acuerdo, pero ¿para qué se molesta con ese tractor? Eso es lo que no entiendo...

—Le he contado que tu tío no pudo repararlo hace un mes, y él se ha empeñado en intentarlo —dijo mi madre, soltándose de mis manos y encogiéndose de hombros—. Me ha dicho que le gustaría mucho verte y hablar contigo. Pero no quiere entrar en la casa, para que no te sientas incómodo.

¿Incómodo? Incómodo era lo menos que yo podía sentirme ahora. No tenía ninguna lógica, pero no me importaba verlo. Mamá, yo estoy fuera del alcance de tus buenas palabras, de las tuyas, de las de cualquiera. Eso debería haber dicho. Marcos tiene razón: soy un delincuente en toda regla. Ahora tengo que seguir mi camino hasta el final, ya no puedo volverme atrás. Sí, eso es lo que debería haberle dicho a mi madre, pero no fui capaz. Así que asentí y salí por la puerta de la cocina en dirección al patio trasero y al cobertizo.

\* \* \*

Las piernas sobresalían junto a una de las grandes ruedas del tractor con cabina acristalada de mi padre. Los pies, enfundados en unos viejos zapatos marrones, se movían un poco a un lado y a otro como el indicador de un metrónomo, o como las escobillas de un parabrisas. Lo cual sugería algún tipo de esfuerzo que el padre Marina debía de estar realizando en los bajos del tractor. Lo saludé en voz alta, para que advirtiera mi presencia. Dije: «¿Padre?». Entonces el movimiento de sus pies cesó, pero no sucedió nada más, así que insistí: «¿Padre Marina?». Y fue entonces cuando el hombre salió apresuradamente de debajo de la inútil máquina que estaba intentando arreglar, sin demasiado sentido a mi parecer. Se puso de pie con una agilidad sorprendente. En la mano tenía todavía una llave inglesa. «¡Hombre! ¡Hombre! Pero ¿cómo estás? Qué alegría verte, Pablo.» Y lo cierto era que parecía feliz de verdad. No había cambiado demasiado, aunque tenía el pelo gris. Era un hombre recio, no muy alto, con una mandíbula robusta, cejas espesas, ojos vivaces y manos grandes. «Pero qué alegría...», insistió; así que me sentí obligado a decir algo parecido: «Yo también me alegro... Tiene usted buen aspecto. Y no ha cambiado...».

Entonces, inesperadamente, una sombra de preocupación le agravó el gesto y me puso una mano en el hombro.

–Pablo... tu madre está preocupada –yo retrocedí, di un paso o dos hacia atrás y debí de expresar claramente mi incomodidad–. Ya sé, ya sé... no te preocupes. No estamos en misa y no te voy a soltar una homilía. Mira... tú sabes que siempre has sido de mis favoritos. Con pocos alumnos he tenido la misma comunicación que alcancé contigo, ¿te acuerdas?

Nuestras conversaciones después de clase, sí. Sabía muy bien a lo que se refería. Me gustaba entonces su falta de pudor para abordar cualquier tema, incluido el sexo, incluida la droga. Se podía hablar de todo tipo de asuntos sin poner paños calientes. El padre Marina me inspiraba una enorme confianza. A su manera, tenía mucho mundo, y una mente abierta.

–¿Sigue yendo a Bolivia todos los veranos?

Yo sabía que no. Era solo un intento para cambiar el rumbo de la conversación. Entonces él me sorprendió, eludiendo mi pregunta con una extraña propuesta.

–Vamos a subir al tractor, a ver qué pasa... –dijo esto en un tono tan jovial que no vi la manera de oponerme; y añadió casi en medio de un golpe de risa: ¡Aunque si funciona será un milagro!

Subimos al tractor y giró la llave de contacto que mi madre le había entregado, pero no se produjo la menor reacción en el motor. Entonces el padre Marina rompió a reír abiertamente, y consiguió que yo acabara riéndome con él.

–Está claro que he perdido oído con estos trastos... Antes, me acercaba, sin rosario ni nada, y ya se ponían en marcha... Allí, en Bolivia. No... ya no voy, Pablo. No estoy del todo bien de salud –debió de notar mi gesto de preocupación–; pero nada... ¿eh? Nada grave... quiero decir. ¡Hombre! Pequeñas cosas de la edad. Tú aún eres muy joven..., pero ya verás.

Luego se produjo un silencio extrañamente natural y confortable. Era un fino estrategia. Como hacía durante mi adolescencia, había roto mis defensas saliéndose por la tangente. Había eliminado la tensión con una broma, y yo ahora casi tenía ganas de sincerarme. Incluso de contárselo todo. Pero eso me parecía injusto. Injusto para él.

–Mira... eres adulto, Pablo –dijo sin gravedad, sonriendo todavía–, y yo no me hago ilusiones sobre lo que puede conseguir un viejo cura que ya no vale ni para arreglar tractores. Pero mira... hay algo que quiero decirte. Quiero contarte una pequeña historia sobre alguien que conocí. Sobre un compañero mío. Él tenía un alumno especial... muy especial. Un chico con cualidades excepcionales, y con mucha facilidad para meterse en problemas. Eso también. Ese compañero mío quería ayudarlo, pero no sabía cómo, ¿comprendes? La verdad es que ese chico le atraía, en más de un sentido. Le atraía con muchísima fuerza. Al final, me dijo que había llegado a la conclusión de que la única manera de ayudarlo era... era ofrecer su propio sacrificio, ¿lo entiendes? El sacrificio de su lucha interior... Es decir:

ofrecer a Dios el sufrimiento que le producía aquella atracción que sentía por ese chico...

Otra vez estaba poniéndome nervioso. Volvía a sentirme incómodo, y no veía la forma de terminar con aquella situación. El cobertizo estaba en penumbra, pero hacía más calor que en la casa. Y aquella cabina acristalada se estaba transformando en algo así como un horno microondas.

–¿Y dio resultado? –pregunté, intentando acelerar la conclusión de la charla. El padre Marina, que tenía las manos puestas en el volante y la mirada fija en el parabrisas, se volvió hacia mí. Ya no sonreía. Sus ojos ahora rezumaban tristeza.

–No lo sé –me dijo, e hizo un esfuerzo para sonreír otra vez–. No lo sé. Dímelo tú.

Fui incapaz de pronunciar ni una palabra más. Hice un gesto y balbucí algo, creo que incomprensible, para indicarle que debía marcharme; pero el sacerdote me retuvo por la muñeca.

–Cuídate mucho, Pablo. Por favor. Alguien dijo una vez que debemos estar orgullosos de nuestras dificultades. Alguien que se llamaba precisamente como tú. ¿No has leído la Carta a los Romanos? Pues deberías leerla. A ti siempre te ha gustado leer. Bueno..., prométeme que vas a cuidarte. Por tu madre. Por todos nosotros... Tienes que hacerlo. ¿Lo prometes?

Puse mi mano afectuosamente encima de la suya, y le dije que se lo prometía, dándole un par de palmaditas. Solo entonces me dejó salir del tractor. Pero él permaneció en la cabina, probando de nuevo con la llave de contacto, supongo. Salí aturdido, casi tambaleándome, del cobertizo.

Entré de nuevo en la casa por la puerta de la cocina. Sobre el banco de mármol, junto al fregadero, había un buen montón de platos sucios. Pero lo que realmente acaparó mi atención fue un impresionante besugo que reposaba en una fuente metálica, sobre la mesa. El pescado, guillotinado por cuatro rodajas de limón, parecía muy fresco y preparado para el horno. No tuve más remedio que detenerme para admirarlo. Era algo raro, teniendo en cuenta que ya habíamos comido. ¿Esperaba mi madre invitados también para cenar? La boca entreabierta y un ojo redondo, oscuramente azulado, conferían al pez cierta expresividad, como si estuviera a punto de decirme algo.

–No tengo ni para empezar contigo.

En un primer momento no reconocí la voz de mi hermano, demasiado ronca y con un timbre apagado, como si procediera de alguna región tenebrosa. Me volví, y entonces lo vi con un brazo levantado y la mano apoyada en el marco de la puerta. En la otra mano sostenía una copa. Whisky con hielo, probablemente. Estaba sonriendo, con su barba entrecana, su escasa estatura, su nariz de gnomo. Quería provocarme. De broma, supongo.

–Ya... –dije. Y salí de la cocina pasando por debajo de su brazo, evitando entrar

en su juego.

\* \* \*

En el comedor, mi hermana, mi madre y Moisés estaban jugando una partida de parchís. Miré el reloj: ya casi eran las cinco. El corazón me latió deprisa y noté que tenía la boca completamente seca otra vez. Volví a la cocina para beber agua. Marcos ya no estaba allí. Seguramente había salido. También yo necesitaba respirar el aire del exterior, aunque el sol continuaba abrasando el campo sin misericordia. Salí al patio y rodeé la casa por la parte trasera. Allí encontré un poco de sombra. Apilados junto al cobertizo había varios grandes sacos de abono. Una malla metálica separaba nuestra propiedad de la de los vecinos. Antes no estaba, de modo que Elena, Marcos y yo nos internábamos entre los limoneros para ir a buscar a Mari y a Diego, los hijos de la otra familia, que más o menos eran de nuestra misma edad. Estando allí, me costaba creer que hubiera pasado tanto tiempo; porque recordaba juegos, palabras e incluso detalles insignificantes. Un agujero en mi zapatilla, por ejemplo. O una herida en el codo. Un pequeño erizo encontrado en un bancal, un beso clandestino en la boca, una pelota de barro lanzada contra la espalda, una cabaña hecha con cartones y cajas, un tesoro de canicas y muñecos enterrado junto a un naranjo cerca de la acequia. Sí, costaba creerlo. ¿Por qué sumidero se había ido toda aquella normalidad, con la inocencia? ¿Cómo podía haber imaginado yo entonces...? ¿Pero era yo? ¿El mismo yo de ahora? No. Imposible. Aunque los recuerdos eran sin duda míos. Por ejemplo, lo que sucedió cuando murió el perro de nuestra vecina Carmen. Aquella señora, de carácter agrio, irascible, tenía un estanco en la pedanía de Puertolinde y vivía en una casa no muy lejos de la nuestra, con un hijo retrasado mental que padecía obesidad mórbida, además del fox terrier al que llamaban Pupo. Mi hermano Marcos me dio un *tupperware* de plástico metido en una bolsa cerrada y me dijo que era un regalo para ella, de parte de nuestra madre. Yo debía de tener por entonces unos ocho años, y aunque a mi hermano lo acompañaba un amigo suyo que se esforzaba vanamente en disimular la regocijada excitación que rezumaba de sus ojos, no llegué a sospechar nada. O no lo bastante como para rechazar el encargo. Recuerdo con toda exactitud las palabras de Marcos: «Mamá me ha dicho que le llesves esto a Carmen. Peras en almíbar. Dile que para que se le quite la pena por Pupo...». Así que subí a mi bicicleta y pedaleé por el carril de Los Patricios, con la bolsa colgada del manillar, hasta la destartalada vivienda de la estanquera. Era sábado por la mañana. Llamé al timbre y en cuanto la anciana abrió la puerta le entregué el obsequio, embarullándome al reproducir el mensaje. «Esto es para Pupo... A mi madre le da mucha pena mi hermano.» La verdad es que no recuerdo el galimatías, pero debió de ser algo parecido a eso. Y alguna alarma sí debió de saltar en ese

momento en mi cerebritito infantil, ya que, sin esperar una posible respuesta, escapé de allí como un conejo que atisba la silueta del cazador.

Al día siguiente, cuando la furibunda vecina se presentó en nuestra casa para agradecerle a mamá su regalo, me enteré de lo que contenía en realidad el recipiente de plástico. Pero era demasiado ingenuo todavía para comprender del todo por qué enfurecía tanto a doña Carmen aquel objeto de goma de color rojizo y aspecto carnosos, semejante a un calabacín, que mi hermano habría adquirido en alguna tienda de objetos de broma. Nos castigaron a una semana sin televisión, lo cual me pareció una clamorosa injusticia. Al final, en un arranque de decencia, Marcos me exculpó por completo y asumió toda la responsabilidad por lo ocurrido.

Sí. Sin duda este, como los demás, era también un recuerdo mío. Aunque de un yo tan débil, tan precario –así lo percibía ahora–, que nunca se bastaría a sí mismo para asegurar su integridad, y mucho menos su continuidad en el tiempo. Pensé que si después de todo el cura tenía razón, si detrás de la cortina roja Dios estaba...

Pero el móvil que sonaba en el bolsillo delantero de mi pantalón interrumpió mi flujo mental y me devolvió a la hora presente, a sus urgencias, a una ansiedad completamente opuesta a aquella despreocupación de mi infancia. Era Marta.

–Dime.

–¿Dónde estás?

–Todavía aquí..., con mi familia.

–¿Y luego?

Su angustia, de algún modo, mitigaba la mía, o la hacía más soportable. Pensaba llamarla en unos minutos, pero me alegraba de que lo hubiera hecho ella.

–Voy en un rato a La Goleta... donde hemos quedado.

La tecnología nos aboca a toda clase de supersticiones, y cuando uno tiene entre manos un asunto como el que me iba a mantener ocupado el resto de la tarde, toda cautela parece poca. No es que pensara que podía haber alguien escuchando en ese momento, pero, de una forma instintiva, en una situación como esa evitas hablar claro. Evitas pronunciar, por ejemplo, el nombre de tu compinche; o decir directamente lo que te propones llevar a cabo en apenas una hora. En esta descomunal red tecnológica en la que hemos sido apresados todos nunca podemos saber adónde van exactamente nuestras palabras escritas o pronunciadas.

–Entonces... –insistió ella.

–Sí... Sí.

Aquella escueta y doble afirmación era más que suficiente. Sabía que Marta la interpretaría con precisión: ya no había marcha atrás, Fule y yo íbamos a dar ese palo en el Versalles.

–He llamado hace un rato a Nico –me contó–. Dice que Machado anda por aquí, que lo ha visto hace muy poco y que piensa que está metido en algo...

Las palabras de Marta no servían sino para confirmar una sospecha que de todos

modos ya resultaba irrelevante, por lo menos en cuanto al desarrollo inmediato de los acontecimientos. Nico era un conocido nuestro y buen amigo de Machado. Pero no importaba. No había tiempo para despejar la incógnita. Había que resolver el problema sin despejar la x de la ecuación. Y mi decisión estaba tomada.

Le dije a Marta que no se preocupara por nada y me despedí con un «te quiero» pronunciado a media voz. Añadí:

–Nos vemos esta noche... en casa.

Estaba a punto de colgar cuando oí que me llamaba, casi con desesperación:

–¡Pablo!

–Dime...

Hubo dos o tres segundos de silencio, luego la oí decir con una voz suplicante:

–Por favor... ten cuidado...

\* \* \*

Volví adentro para despedirme, y me encontré con que otra persona lo estaba haciendo precisamente en ese momento: el padre Marina. Al verme entrar en el salón sonrió y se acercó para estrecharme la mano. «Rezaré por ti», me dijo, acercándose mucho y pasándome un brazo por los hombros, de tal modo que únicamente yo pudiera oírlo. «Gracias, padre...», susurré, en un estado de confusión que me impedía ser más expresivo.

Cuando el sacerdote se hubo marchado, anuncié que yo también debía irme, lo cual no pareció sorprender o interesar mucho a nadie. «¿Me llamarás mañana?», preguntó mi madre sonriendo. Dije: «Claro». Y la besé dos veces en la mejilla.

Salí de la casa y me dirigí al coche, pero Moisés vino a buscarme corriendo, con una expresión de alarma en el rostro.

–¿Has quedado con alguien? –me interrogó con los mofletes colorados.

–Sí...

–¿Con Marta?

Sonreí y le puse una mano en la nuca.

–No..., he quedado con un amigo.

Era evidente que quería decirme algo más y no sabía cómo. Así que procuré tranquilizarlo.

–No te preocupes, sobrino. Vamos a vernos otra vez muy pronto. ¿Vale?

–Quería decirte que... –desvió la mirada, intentando dar con las palabras precisas–, yo creo que tú tenías razón. Me refiero a lo de antes... a la discusión con el tío Marcos.

–No. No te equivoques –lo desilusioné, con un tono de voz tajante, enfático–. Él tiene razón. Yo me he equivocado en todo, ¿sabes? Casi en todo. Y no quiero que a ti te pase lo mismo...

No podía perder más tiempo, sin embargo me sentía incapaz de abandonar a Moisés sin ofrecerle una mínima explicación de aquellas palabras. Aquel chico frágil de trece años, muy delgado, con el pelo trigueño, grandes orejas de soplillo y unos ojos casi permanentemente sorprendidos, era la única persona de la familia, aparte de mi madre, que me demostraba un cariño incondicional, e incluso un interés muy próximo a la admiración, aunque yo no me explicara qué motivos tenía para ello.

–Mira, Moisés –dije, después de una profunda inspiración, y mientras me protegía los ojos del sol con una mano–, yo creo que el tío Marcos tiene razón cuando dice que soy el modelo perfecto de una persona que ha tirado su vida a la basura. Por otro lado... él y yo tampoco somos los únicos modelos posibles, ¿sabes? No sé..., mira, me parece que podemos encontrar tres clases de personas en este mundo. Están los que aceptan una vida corriente, vulgar, sin auténtica emoción. O con emociones enlatadas. Son la mayoría. Me refiero a todos los que no ven nada que no tengan delante, debajo de un cartel promocional en el que se lea «oferta especial» o algo muy parecido... Son como escarabajos peloteros. No es que estén obligados a empujar una bola de excremento, es que les gusta. Porque no quieren creer que pueda existir nada más que eso. Luego hay otros que rompen con una vida ordinaria, pero no consiguen algo mucho mejor. Se dejan deslumbrar por cosas que no valen la pena. Eso es lo que me ha pasado a mí, por ejemplo. Pero escucha. Hay otra gente. Hay un tercer grupo. Me refiero a los que rompen con las cosas... previsibles, con la rutina. Y se la juegan, sí. Pero se la juegan por algo que vale la pena de verdad. Y a mí me gustaría que tú fueras de esos. ¿Vale?

**Sábado tarde**

Eran las cinco y media cuando me despedí de mi sobrino con un último abrazo. Conduje en dirección a la autovía zigzagueando entre huertos y plantíos, por las estrechas carreteras que conectan los dispersos núcleos habitados –pequeños pueblos y pedanías– entre Las Zalbias y Longares.

Buscaba la primera incorporación a la autovía, justo en su intersección con la nueva ronda, una avenida de circunvalación que permite llegar a la carretera de la costa sin entrar en Las Zalbias. Exactamente allí era donde estaba La Goleta, junto a una estación de servicio. Aparqué bajo una techumbre metálica. Miré el reloj justo antes de bajar del coche. Las seis y diez. Pensé que Fule ya me estaría esperando. No me equivocaba. Y no me sorprendió mucho encontrarlo frente a una de las tragaperras del local. Jugando a las tragaperras muy poco antes de cometer un atraco. Algo típico de él. Un ser trivial, ajeno a todo sentido filosófico de la paradoja y, en general, a cualquier noción de la estética o del buen gusto. Se volvió hacia mí con sus ojos nerviosos brillando de excitación: «Cuando quieras nos vamos». Tuve la intuición de que procuraba aparentar una seguridad de la que en realidad carecía, pero en cambio sí poseía la mezcla necesaria de estupidez y de vitalidad para llevar a cabo algo como lo que nos proponíamos. ¿Y yo? ¿Contaba con alguna de las facultades necesarias? No podía evitar preguntármelo en aquel momento, mientras Fule se acercaba a la barra y pagaba su consumición, mientras salíamos de La Goleta y nos dirigíamos los dos, sin prisa, hacia mi coche.

–Si algo sale mal, si las cosas no van según lo previsto, nos largamos sin más –le advertí, procurando imprimir a mi voz un tono imperativo, terminante.

–¿Lo previsto? –me interrogó con una estúpida sonrisa–. ¿Y qué es lo previsto?

Respiré despacio, varias veces. No quería crisparme más. Ya estaba lo suficientemente nervioso. Abrí el maletero y noté cómo mi pulso se aceleraba al ver la bolsa de deportes en la que había metido las armas.

–Imagino que recuerdas lo que hablamos ayer –Fule asintió–. Bien... si la información que tengo es buena, no tendríamos que encontrar ningún problema. No hay medidas especiales de seguridad y tienen un montón de pasta en la caja. No solo lo de la recaudación... Ya te dije que ese paleta está forrado. No sabe ni dónde meterlo. Así que llegamos allí y los encañonamos. No deberíamos tardar ni diez minutos en total. Los encañonamos y les obligamos a llenar la bolsa, como hicimos en La Caraba. Si se complica, al mínimo imprevisto nos largamos. Eso es lo que quiero que tengamos claro. Riesgo mínimo. Todo saldrá bien si piensan que estamos dispuestos a disparar. Esa es la clave. Hay que meterles miedo... miedo de verdad...

Saqué la bolsa del maletero, con las armas, y la llevamos al coche de Fule. En eso era en lo que habíamos quedado la tarde anterior. Iríamos en su coche. Y había poco más que aclarar. El noventa por ciento del éxito de aquel palo dependía de la información. Eso era todo. Si los datos resultaban correctos, lo demás estaba hecho. No había que cuidar detalles ni atenerse a pautas complejas. Era un atraco increíblemente simple, casi abstracto. Llegábamos a un edificio absurdo en mitad de la nada, apuntábamos con nuestras armas a quienes encontrásemos en su interior y nos largábamos con el dinero. Información y determinación. Esas eran nuestras principales y casi únicas herramientas, además del revólver y la pistola, claro. ¿Pero realmente iba a ser tan fácil? Me costaba creerlo.

\* \* \*

Era sábado por la tarde y había tráfico en la autovía, aunque seguramente no tanto como la víspera, y mucho menos del que habría el domingo a aquella misma hora cuando la gente regresara de la playa. Pasaron poco más de diez minutos desde que salimos de La Goleta hasta que surgió a la derecha y delante de nosotros, entre campos cultivados de coles y melones y recortado contra un llano paisaje forrado en parte por los plásticos de los invernaderos, el grotesco edificio rosado en el que estábamos a punto de irrumpir, armados, para robar por el procedimiento de un atraco fulminante. Ese era al menos nuestro deseo: algo rápido, sencillo y sumamente rentable.

Eran casi las siete menos cuarto y el sol ya estaba bajando, aunque todavía brillaba con bastante fuerza sobre el puerto de Los Eslabones, por encima de la cordillera tras la que se parapetaba la capital. Fule redujo la velocidad. Giró un poco el volante a la derecha para entrar por el carril de servicio. Había una explanada de tierra del tamaño de un campo de fútbol y dos o tres camiones tráiler aparcados en ella. Nos detuvimos junto a uno de esos camiones frigorífico, de modo que el coche no pudiera ser visto desde el Versalles. Fule paró el motor y me miró con una expresión crispada. Ni rastro de su mezquina sonrisa. Ahora sí estaba claro que tenía miedo.

—¿Vamos? —me interrogó, esperando al parecer que fuera yo quien diese la orden de «acción», igual que un director de cine.

—Sí... Vamos —dije, reforzando la afirmación con un enfático movimiento de cabeza.

Bajamos del coche y a partir de ese momento empecé a sufrir una extraña disociación, una escisión que me situaba de algún modo al margen de las acciones de mi organismo, el cual sufría una tensión extrema. Sin embargo mi mente de pronto parecía sentirse a salvo. La inseguridad casi había desaparecido del todo. Era como si mi cerebro le hubiera dicho al resto del cuerpo: «Y ahora espero que

hagas lo que está previsto sin equivocarte, yo te estaré esperando aquí dentro», y a continuación hubiera cerrado los postigos y echado las cortinas. Recuerdo que pensé que, por mal que nos saliera todo, siempre tendríamos tiempo de volver corriendo al coche; siempre tendríamos tiempo de escapar a toda velocidad hacia la costa, como habíamos previsto. Abrí el maletero e inmediatamente abrí la cremallera de la bolsa de deportes beige. Allí estaban las armas. Al mismo tiempo Fule sacó de una pequeña bandolera de tela un par de caretas de plástico. Una era de Hulk y la otra la máscara blanca de *Scream*.

–¿Nos las ponemos ya? –me preguntó con los ojos muy abiertos y la quijada casi suelta, como si estuviera a punto de descolgarse de su cara.

–No. Aquí no –logré reprimirme para no insultarlo–, dentro. Nos las ponemos dentro. Coge la pistola.

Le entregué la SIG-Sauer, que pareció producir en él un efecto instantáneamente sedante. Ahora sí que sonreía, mientras sopesaba el arma con la mano derecha y deslizaba el pulgar de la izquierda a lo largo del oscuro y reluciente cañón.

–La tienes cargada, cuidado. Lleva un cargador extendido... de diez. Pero espero que no se te ocurra dispararle a nadie, ¿vale? Si algo sale muy mal, como máximo pegamos un tiro al techo y nos largamos corriendo...

Asintió y dio un paso hacia atrás, con la pistola en la mano derecha, apuntando al suelo, y la careta de *Scream* en la otra mano. De pronto lo vi palidecer.

–Tengo que mear –murmuró, con la expresión suplicante de un chiquillo que pide permiso para ir al servicio durante un examen–, toma... –añadió, extendiendo hacia mí los dos brazos para entregarme la careta y el arma.

–Déjalo aquí –dije, cerrando los ojos y moviendo negativamente la cabeza, al mismo tiempo que le señalaba el maletero abierto.

Fue rápido en vaciar la vejiga. Lo hizo muy cerca del remolque del camión. Se dio la vuelta subiéndose la cremallera. Sacó algo del bolsillo y se lo metió en la boca. Una pastilla. Después cogió de nuevo la pistola y la careta. Yo ya tenía el revólver en la mano, así que cerré el coche y empezamos a caminar a paso rápido hacia el prostíbulo.

\* \* \*

El Versailles. Sin encontrar el menor obstáculo hemos llegado a la breve escalinata. Hay un grupo de tres o cuatro hombres a cierta distancia, hablando entre dos coches, pero no se fijan en nosotros. Cruzamos una rápida mirada y nos ponemos las caretas. Subimos deprisa. Entramos. Huele a ambientador de abeto, a desinfectante. Estamos en un recibidor con espejos en el techo. Enfrente hay una puerta entreabierta forrada de cuero rojo. Y delante de la puerta, a un lado, un hombre que por tamaño y complexión recuerda a un gran frigorífico, con los

brazos cruzados, sentado en un alto taburete de bar. Es el serbio. Lo he visto antes dos o tres veces. Lo encañonamos. Se pone de pie y levanta automáticamente las manos. No hace ninguna pregunta. Ha entendido enseguida de qué va la cosa. Soy yo el que pregunta entonces:

–¿Cuánta gente hay dentro?

–Está lleno.

–Nos vas a llevar enseguida a ver al encargado. Si intentas algo te pego un tiro en los riñones. Lo has entendido, ¿verdad?

–Vvale... –dice el serbio, que parece lo suficientemente asustado.

–Baja las manos –ordeno. Y le señalo el camino con el cañón de mi 38.

Detrás de la puerta cambia el suelo. El mármol negro es sustituido por la moqueta verde. No hay demasiada gente en realidad. Una docena de tíos en la barra. La luz es escasa, la música suave –algo que me parece jazz fusion–. Le digo al serbio que se dé prisa. Fule viene detrás. Increíblemente, nadie parece fijarse en nosotros, excepto una de las chicas. Una alta y hermosa rubia de ojos rasgados que nos mira con una mezcla de espanto e incredulidad. Imagino lo que ella está viendo (dos tipos con ridículas caretas siguiendo a paso rápido al único responsable de la seguridad del local hacia la zona privada) y me doy cuenta de que no sabe cómo reaccionar. Tengo la impresión de que si fuéramos a cara descubierta hubiéramos llamado mucho más la atención.

Enseguida franqueamos una puerta que hay justo detrás de la barra principal y subimos los tres, en fila, por una escalera. El serbio entra primero en la oficina. (Ha sido una gran suerte encontrar al serbio justo en la entrada.) Allí está el gerente. Tiene que ser él. También hay una mujer de unos cincuenta años. Fule tira la bolsa al suelo.

–¡Poneos de rodillas! –grito yo, y los dos obedecen de inmediato.

–Tú también –le ordena Fule al serbio, apuntándole con la SIG-Sauer directamente a la cara.

–Esto va a ser muy fácil –digo, con la voz crispada y la sensación de que toda la sangre de mi cuerpo se ha coagulado, se ha solidificado en mi estómago, dejando frías y rígidas las extremidades–. Ya veréis qué fácil. Vais a llenar la bolsa con todo el dinero que tenéis en la caja. ¡Ahora!

No oponen la menor resistencia. Todo se desarrolla, en efecto, con una facilidad asombrosa. El gerente dice: «La caja está ahí dentro», y señala un despacho situado al fondo y que tiene la puerta abierta. Entonces recojo la bolsa de deportes del suelo y lo acompaño allí, mientras Fule sigue apuntando con su arma a los otros dos.

El gerente pulsa el teclado de apertura. Introduce la combinación y la caja, empotrada en la pared, se abre con una especie de suave, de amable chasquido.

–Tienes dos minutos –le digo en el tono más frío y amenazador de que soy

capaz. El hombre empieza a sacar fajos de billetes y a dejarlos caer en el interior de la bolsa.

–Ya no hay más –anuncia, volviéndose hacia mí con las manos en alto.

Me acerco a la caja y compruebo que, en efecto, está vacía. Luego me agacho y me las apaño para cerrar la cremallera de la bolsa sin soltar en ningún momento el arma. Es evidente que el gerente –un tipo de mediana edad, delgado y con un pequeño bigote rubio– está asustado de verdad.

Cuando nos reunimos con los demás (llevo la bolsa llena de dinero en una mano y en la otra el 38 con el que sigo encañonando al empleado), me dirijo a Fule con una única y escueta palabra mediante la que pretendo a la vez señalar el éxito de la operación e indicar el inicio de la huida: «Vamos». Y es entonces cuando ocurre algo totalmente inesperado. Fule dice dirigiéndose al serbio: «Tú te vienes con nosotros». Por un momento soy incapaz de reaccionar. Sigo apuntando al gerente, que se ha puesto otra vez de rodillas junto a la mujer, dando muestras de una absoluta sumisión. Se me pasa por la cabeza contradecir a mi camarada, pero como veo que el serbio obedece sin rechistar decido dejarle a él la iniciativa. E inmediatamente se confirma el cambio de papeles. Parece que es Fule quien manda ahora:

–Ve tú delante –me ordena. Le obedezco enseguida y salgo.

Así que bajamos las escaleras en fila, con el serbio entre los dos. Atravesamos el bar tan rápido que no tengo tiempo de advertir si la gente se fija en nosotros o no. Llevo el macuto pegado al muslo y el revólver apuntando al suelo, para alarmar lo menos posible a los clientes. No hemos tardado en total ni diez minutos. La luz diurna me parece ahora incluso más intensa que antes de entrar; probablemente una errónea impresión. Sigo sin entender para qué quiere Fule al serbio. Es algo que queda completamente fuera del plan establecido y también fuera del alcance de mi imaginación. ¿Qué se propone? «¡Deprisa!», le grita, propinándole un fuerte empujón en la espalda con su mano libre. «¡Vamos!», insiste. Y entonces el serbio echa a correr, o más precisamente se lanza con su gran corpachón a lo que podríamos llamar un trote pesado. Corremos los tres, cruzando la explanada de tierra hacia los camiones tráiler.

No hay nadie cerca. «¡Cierra los ojos!», ordena Fule al serbio cuando llegamos al coche. Parece que lo tiene todo previsto, ya que saca rápidamente unas esposas de su bandolera y se las coloca sin titubear. También ha traído una bufanda con la que le rodea los ojos, haciéndole un nudo en la nuca. Luego, lo obliga a sentarse en el asiento trasero y solo entonces se quita la careta y me grita: «¡Venga! ¡Arranca!». Apenas tengo tiempo de quitarme la mía. Meto la marcha atrás y piso a fondo. Nos alejamos del camión haciendo un trompo sobre la superficie de grava y tierra batida, antes de tomar un camino estrecho y abrupto que se interna por los invernaderos. Una sola vez lo había recorrido antes, a finales de agosto. Entonces

conducía Ángel. Fue cuando me habló por primera vez de aquel plan. Pretendía demostrarme que no era difícil huir de allí sin ser vistos. Y ahora compruebo que tenía razón. Es importante que nadie vea el coche. Rodeamos el prostíbulo avanzando entre plásticos, hasta que lo dejamos atrás. Luego, un desvío a la izquierda desde la pista de tierra nos conduce al carril de servicio y este, poco después, a la autovía. Solo entonces empiezo a sentirme relativamente a salvo.

Sin embargo, y aunque el atraco ha salido bien, apenas encuentro alivio. Es la presencia del serbio lo que me exaspera. No entiendo qué está ocurriendo. Otra vez mis nervios se disparan.

–¿Me vas a decir ya lo que significa esto? –le pregunto a mi socio.

–Ahora te lo explico –responde–. No te equivoques. Tenemos que tomar la primera salida. Te acuerdas, ¿no?

En efecto, el plan consiste en desviarnos hacia la cantera, donde está aparcado el otro coche. Es un primo de Fule quien lo ha conducido hasta allí. Y si mi colega se ha atenido a lo que acordamos en El Fresno, no le habrá dado explicaciones. Simplemente lo ha llevado de vuelta al pueblo agradeciéndole el favor. Ayer viernes quedamos en que solo nosotros dos (aparte de Marta) sabríamos lo del palo en el Versailles.

Miro el reloj en el salpicadero. Son exactamente las siete y cinco cuando tomamos el desvío para abandonar la autovía, con un sol anaranjado fundiéndose en el retrovisor igual que un caramelo.

\* \* \*

La cantera de Lumanes lleva mucho tiempo abandonada. Se encuentra a unos quince kilómetros hacia el interior, al noreste de Las Zalbias. Un lugar apartado. Un buen sitio para cambiar de coche. Esa era la idea. Había que tomar todas las precauciones. Sabíamos que a muchos atracadores los cazaba la policía antes de media hora por culpa del coche. Bastaba que un testigo hubiese retenido, por ejemplo, el modelo y el color para que nos interceptaran en cualquier control y entonces todo habría terminado para nosotros de la peor forma posible.

Por aquella zona el paisaje era más árido. Todavía hacía calor, aunque la tarde se estaba acabando. El serbio sudaba en el asiento trasero: «¿Qué queréis? ¿Qué vais a hacer conmigo?». Era ya la segunda vez que lo preguntaba. «¡Calla!», ordenó Fule volviéndose hacia él. Avanzábamos por una carretera secundaria entre lomas de tierra caliza y campos aterrazados de almendros. Cuando llegamos a la cantera enseguida vimos el otro coche, exactamente donde debía estar, casi en la falda de un promontorio de unos ochenta metros de altura que parecía mermado por una enorme cucharada.

–Tenemos que hablar –dije en tono muy tajante, mientras aparcaba exactamente

al lado del otro vehículo.

–Claro –dijo Fule con risueña naturalidad, sin mostrar la más mínima inquietud.

Bajamos los dos del coche, mientras aquel grandullón de mediana edad vestido con una chaqueta color hueso, un pantalón gris de pinza y zapatos caros permanecía con los ojos vendados, probablemente más desconcertado y aterrorizado que nunca, en el asiento trasero. Fule se apresuró entonces a ofrecerme una huera explicación que seguramente tenía cocinada de antemano. «Ha sido mejor así, ¿no lo ves? Llevándonos a este ha sido más fácil salir. Y mucho más seguro.» Estaba a punto de replicar algo, pero no me dio tiempo. De inmediato mi socio abrió la puerta trasera del coche y ordenó al serbio que saliera. Fule tenía la pistola en la mano, aunque ya no se molestaba en encañonarlo. «¡Venga! Ven conmigo...», dijo al mismo tiempo que tiraba de la manga de su chaqueta para obligarlo a andar. Luego se volvió hacia mí.

–¡Métete en el coche! –gritó en un tono claramente conminatorio, que me sonó incluso amenazador. No me moví. Estaba desarmado, ya que había dejado mi revólver en la guantera, pero no le obedecí. Me quedé allí de pie, mirándolo sin hablar, a unos dos o tres pasos y con las manos ligeramente separadas de los muslos. Entonces él insistió, aunque imprimiendo ahora a su voz una inflexión más suplicante que amenazadora–. ¡Espérame en el coche! ¡No voy a tardar nada! Quiero preguntarle a este una cosa. Luego lo suelto ahí detrás y nos vamos... Que vuelva andando, ¿vale?

Desde luego esto era increíble. No podía sonar más absurdo ni más falso. ¿Qué le quería preguntar? ¿Y por qué no lo hacía delante de mí? ¿Acaso pensaba dejarlo allí mismo, precisamente junto al coche que habíamos utilizado para el atraco? Sin embargo, no tenía alternativa. Debía acatar su orden. Salvo que estuviera dispuesto a enfrentarme a mi camarada. Eso era ya lo único que podía hacer para impedir que sucediera lo que –mi incipiente sospecha se estaba convirtiendo a marchas forzadas en una tétrica certeza– probablemente iba a suceder en aquella desabrida cantera, por razones oscuras y completamente desconocidas para mí. Os confieso que tenía miedo. Por eso volví al coche y ocupé de nuevo el asiento del conductor, sin oponer más resistencia. Vi por el retrovisor cómo Fule abría el maletero para coger algo. Y luego vi cómo se alejaban los dos. Fule empujaba al otro de vez en cuando con el cañón de su arma. En la otra mano portaba un objeto que no fui capaz de distinguir. Los perdí de vista tras un montículo de tierra de menor tamaño que el macizo principal, y me quedé allí solo, acompañado únicamente por mi angustia, por el sordo latido de mi pulso en el claustrofóbico interior del coche, esperando.

\* \* \*

Han transcurrido ya diez minutos, pero Fule no regresa. Apenas queda luz

diurna. El sol ha desaparecido. Los tonos añil y violeta impregnan ahora el cielo, cada vez más apagado. Tengo las ventanillas bajadas, pero el aire sigue siendo demasiado cálido. No se oye nada en absoluto. Ni un ruido. De pronto, decido que ya no soy capaz de esperar más tiempo allí. Necesito moverme. Y entonces tomo el revólver del salpicadero y bajo del coche. ¿Qué está sucediendo en esa cantera? Necesito ver. Necesito saber por demoledor que resulte. Siempre será mejor que esta incertidumbre.

Y es en ese preciso momento cuando me alcanza por primera vez un sonido extraño, un ruido agudo y silbante, parecido al que produciría un globo, o tal vez la cámara de un neumático, al desinflarse con lentitud y alguna dificultad. El fenómeno es discontinuo. Se interrumpe unos segundos, luego vuelve a empezar. Rodeo el pequeño promontorio, igual que ellos han hecho antes, y el cuadro que aparece ante mí es mucho más inverosímil que aterrador. El serbio yace boca abajo tendido sobre la blanca tierra de la cantera, agitándose como un cetáceo agonizante en medio de un charco de sangre. Fule se ha sentado sobre su espalda a horcajadas y le está quemando la oreja con un soplete. Parece un jinete encima de un potro mecánico, ya que apenas consigue mantener el equilibrio. Intenta sujetarle el cráneo aferrando fuertemente su pelo, pero el otro se debate con mucha furia, emitiendo un gemido desesperado que apenas llega a salir de su garganta a causa de la mordaza: la bufanda que antes le cubría los ojos y que ahora bloquea su nariz y su boca. Probablemente le impide respirar casi del todo. Encuentro grotesca la escena. Incluso se podría calificar de hilarante (supongo) desde cierto malévolo punto de vista; pero no hay nada más alejado de mi ánimo que la risa en ese momento. Trato de dominarme. Fule todavía no ha notado mi presencia. Lo que ocurre a continuación es como ascender un peldaño más en la infinita escalera de la locura. Mi socio y compinche deja el soplete a un lado, luego se echa sobre la nuca del serbio (que no deja en ningún momento de luchar), tuerce su cabeza con violencia y le arranca parte de la otra oreja de un mordisco. Tras incorporarse, escupe en la tierra un trozo sanguinolento de carne y cartílago. Es al volver un poco la cabeza para escupir cuando me ve. Entonces se aparta del serbio y se pone de pie. Sonríe. Tiene sangre en los labios. «¿No te he dicho que me esperes en el coche?» Me interpela con la respiración entrecortada, fatigado por el esfuerzo que exige su sádica tarea. Y acto seguido se baja la bragueta y orina, salpicando la cara de su víctima. Luego vuelve a agacharse junto al cuerpo lacerado. «Mira», me dice, levantándolo por un codo hasta casi ponerlo de lado, «ya está muerto, ¿vale? Así que deja que me divierta, ¿eh?». A la vista del tamaño del machete que el serbio tiene clavado en el vientre, o más exactamente en un costado, no cabe sino aceptar la verdad indiscutible de esa afirmación.

Por un instante, distingo el terror y la súplica en los ojos de aquel hombre, como si todavía estuviera en mi mano hacer algo para librarlo de su espantoso destino.

Pero ya no hay nada que yo pueda hacer por él a esas alturas, salvo desear piadosamente que ceda pronto su resistencia física y la muerte venga a aliviarlo del suplicio cuanto antes. Al menos eso es lo que creo y lo que intento pensar mientras me doy la vuelta y me alejo de allí en silencio: que no puedo hacer otra cosa. Me digo que no está a mi alcance impedir la vesania, detener la oleada de terror que está barriando el escaso orden y la poca razón que alguna vez formaron parte del miserable paisaje de mi existencia.

\* \* \*

Después de aquello volví al coche, luchando por controlar mis sentimientos para no perder los nervios. En una especie de foganazo de ira, tomé una decisión repentina que me pareció absolutamente justificada; aunque no era sencillo valorar sus consecuencias en medio de la ventisca de rabia, de horror, de emociones desoladoras que azotaba mi cerebro bajo un cielo casi totalmente oscurecido. Un cielo en el que apenas era posible distinguir ya más que un leve resplandor rojizo en la lejanía. Lo que hice fue, sencillamente, poner el coche en marcha y largarme de allí.

Recorrí los dos o tres kilómetros de la pista de tierra que conecta la cantera de Lumanes con la carretera secundaria vigilando continuamente por el retrovisor, temiendo que a Fule se le ocurriera seguirme con el otro coche. Estaba convencido de que llevaba encima la llave. Fui consciente en todo momento de que aquella era una salida muy arriesgada. Me exponía, sin duda, a la ira de mi amigo –por así llamarlo– y esto era lo que más me preocupaba en aquel instante. Pero había otro peligro no menos grave: alguien podía haber visto el coche que yo conducía ahora –el de Fule– durante el atraco. Esa, precisamente, había sido la razón por la que habíamos previsto el cambio de vehículo. Sin embargo, estaba casi totalmente seguro de la ausencia de testigos en nuestra fuga. Si estaba en lo cierto, nadie iba a facilitarle el trabajo a la policía. Pensé que lo único que podía hacer a continuación era regresar a casa con el dinero y esperar acontecimientos. Difícilmente las cosas podrían empeorar mucho más para mí –al menos yo no era capaz de imaginar cómo–, y tampoco veía el modo de actuar para librarme del cepo en el que había quedado aprisionado. Esperar. Esa era la única consigna medianamente sensata que el reducto racional de mi cerebro podía dirigir al resto de mi atormentado organismo.

Estaba a punto de incorporarme a la autovía cuando sonó el móvil. Frené con tanta violencia que el coche derrapó. Logré parar en la cuneta, subiendo la rueda delantera izquierda a una cornisa de tierra blanda y matorrales, a pocos metros de la rampa de acceso que desembocaba en el carril de incorporación. No necesitaba mirar la pequeña pantalla del celular para saber de quién se trataba.

–¿Dónde estás? –su voz sonaba natural, sin ningún matiz de hostilidad.

–En el coche...

–¿Me puedes explicar por qué te has largado? –como podréis fácilmente imaginar, esa pregunta (envuelta en un tono que me pareció casi jocosos) entrañaba la amenaza que yo esperaba y temía; así que me tomé algún tiempo para responder, midiendo y pesando cada palabra.

–Sí. Por supuesto. Claro que te lo puedo explicar. Yo no tengo por qué hacerme cómplice tuyo en un asesinato a sangre fría –procuré decir esto casi riéndome, en sintonía con la actitud bufonesca que creía detectar en él–. Eso no estaba en el plan, ¿verdad? ¿Qué es lo que pasa con el serbio? ¿Por qué no me explicas tú eso?

Entonces, durante varios segundos no percibí ninguna reacción. Solo un silencio opaco, sucio, lleno de aristas como un trozo de carbón. Incluso temí que la comunicación se hubiera interrumpido por algún tipo de incidencia técnica. Sentí el impulso de preguntarle si seguía allí, pero me retuvo la brumosa sensación de que esa mínima muestra de impaciencia lo sería también de debilidad, algo que –estaba bien seguro de eso– no debía permitirme en aquel momento.

Por fin, un leve resoplido terminó con aquel angustioso compás de espera. Luego, su voz:

–El serbio... Sí... Ese hijo de puta me debía algo. Pero no te preocupes, ya me lo he cobrado. Me lo he cobrado bastante bien...

Me pareció que era el momento de lanzarme a la carga, de cambiar los papeles y ser yo el que le pidiera explicaciones.

–No sé lo que te debía. Ni siquiera tenía idea de que conocieras a ese tío. De todas formas te darás cuenta de que no es mi problema. Aunque ahora sí, por tu culpa. ¿Qué has hecho con el cadáver?

Se tomó de nuevo su tiempo, aunque esta vez el silencio duró algo menos.

–Sí..., es verdad que no tenía que haberte metido en esto –al parecer había conseguido darle la vuelta a la situación, ya que ahora su tono sonaba más conciliador, casi en la tesitura de la disculpa–; pero no podía dejar escapar esta oportunidad, entiéndelo. Por el cadáver no te preocupes. Tardarán mucho en encontrarlo. Lo he tirado a un pozo que hay cerca de la cantera. Es un pozo lleno de huesos de ovejas. Pasarán días, semanas... No te preocupes por eso.

Era el momento de dejar atrás lo que ya no podía ser anulado o modificado. Era el momento de terminar con aquella inútil conversación.

–Bueno... tú sabrás. Este muerto es tuyo. Yo no tengo nada que ver. Voy a dejar tu coche en La Goleta.

–¿Y tú qué vas a hacer? –percibí claramente el chirriante color de la codicia en su voz. Resultaba evidente que no pensaba dejarme ir muy lejos con el dinero, si había a su alcance algún medio para impedirlo.

–¿Qué quieres que haga? Voy a casa. Mañana nos vemos y repartimos. Es mejor

así. Es mejor que dejemos pasar la noche. Movernos ahora es peligroso. Puede haber controles ocultos... maderos vestidos de paisano... Yo qué sé... Imagina que han seguido a uno de los dos, por ejemplo. Además, recuerda que eres tú el que ha cambiado los planes...

Lo cierto era que tarde o temprano debía explicarle que solo podía entregarle la tercera parte del dinero. El incidente (si aceptáis este eufemismo) con el serbio, en cierta forma me había proporcionado una especie de prórroga para preparar con cuidado el modo de exponerle esa contrariedad; aunque por otro lado hacía que me pareciera mucho más peligrosa toda la situación.

–Nos vemos mañana por la mañana en tu casa. A las diez en punto estaré allí. Espero que no intentes ninguna tontería, como quedarte con toda esa pasta para ti solito... –otra vez aparecía el tono burlesco en su voz.

–Si quisiera engañarte, ¿crees que habría contestado a esta llamada?

Ese argumento pareció dejarlo provisionalmente satisfecho. Nos despedimos hasta el día siguiente. Luego arranqué y seguí mi camino.

\* \* \*

Es asombroso despertar dentro de una pesadilla y comprender que ya no podrás dejar de soñarla hasta el final. Y si sospechas que ese final será también el tuyo, entonces te ves abocado a una perversa, a una extraña paradoja. Te enfrentas a dos deseos perfectamente equilibrados, el de que dure todo lo posible y el de que termine cuanto antes. Pero a cada instante el segundo deseo se hace más y más poderoso. Y, sin embargo, incluso en esas condiciones extremas, descubrimos con estupor que el atávico mecanismo de la curiosidad continúa funcionando. ¿Cómo acabará esto?, te preguntas. Y en cierto sentido ese es el único aliciente que te queda para vivir, la necesidad de asistir a un final, la necesidad de protagonizarlo y ver lo que sucede entonces con tu conciencia: ¿Transformación? ¿Disolución?

Ya había anochecido cuando llegué a Las Zalbias. Hice exactamente lo que le había anticipado a Fule. Aparqué su coche en La Goleta. Abrí el maletero, saqué la bolsa –que contenía el dinero y el revólver– y fui andando hasta el mío. Pensé en mi aspecto, en la expresión de mi rostro. Era casi como llevar un letrero colgando del cuello en el que podía leerse: «Deténganme, acabo de cometer un atraco». Pero ya no me importaba. Casi deseaba cruzarme con un policía y entregarme de una vez, para precipitar el ansiado desenlace. Una vez al volante de mi propio coche, conduje hasta mi casa. Como de costumbre, encontré sitio en nuestra misma calle.

Cuando metí la llave en la puerta del adosado en el que vivimos, mis sentimientos repentinamente dieron un vuelco. Era increíble, pero estaba a salvo. El golpe había salido bien y ya estaba de vuelta en casa, exactamente igual que si viniera de jugar un partido de pádel. ¿Por qué no pensar que este juego macabro

podía terminar bien para mí, después de todo? ¿Por qué descartar toda idea esperanzadora?

Marta me recibió con un beso, algo que casi me sorprendió en aquellas circunstancias.

–¿Cómo ha ido?

–Fule... –dejé el macuto en el suelo, junto al sofá. Ella me seguía mirando de modo inquisitivo, con avidez.

–Qué pasa con Fule...

–El tío está loco. Ha matado al serbio. Es una locura. Todo es...

–¿Que ha matado a quién? –parecía otra vez nerviosa. Pensé que sería mejor no dar más explicaciones de momento.

–¿Ha llegado otro mensaje? –la interrogué, al mismo tiempo que me encendía un cigarro.

–No –me miraba con desconfianza, su aspecto era desastroso. Estaba cansada, sin maquillar, con el pelo revuelto y vestida solo con las bragas y la camiseta-. ¿No quieres contarme cómo ha ido...?

–¿Qué quieres que te cuente? Hemos atracado el Versalles. Eso ha ido bien. Ahí está el dinero –señalé la bolsa con un gesto de la barbilla-. Pero Fule se ha cargado al que se ocupaba de la seguridad. El serbio. No sé por qué. No lo entiendo. Tenía algo contra él...

Marta no dijo nada. Se sentó en el tresillo y cerró los ojos. Estuvo callada un tiempo y luego me miró sonriendo:

–¿Cuándo vamos a pasar unos días en la sierra de Bernia?

Me pregunté si había perdido el juicio, pero un momento después comprendí que su pregunta en realidad tenía tanto sentido como cualquier otra en aquellas circunstancias. ¡Sierra de Bernia! ¿Y por qué no? Habíamos hablado de eso varias veces. Estuvimos allí unos ocho años atrás y durante la primavera pasada mencionamos ese lugar en algunas de nuestras conversaciones, como si se tratase de Shangri-La o algo parecido. Me refiero a la época en que luchábamos por dejar atrás nuestra crisis, la tormenta que se había desatado entre nosotros después de que a ella la despidieran de la fábrica de lámparas.

–Quieres ir a la sierra... Bueno... Sí, estaría bien ir a la sierra, pero te recuerdo que todavía... Te recuerdo que alguien nos está chantajeando y todavía tengo que...

–Pero ya tienes el dinero, ¿no?

Comprendí que la tensión la sobrepasaba, resultaba excesiva para ella. No podía o no quería entender lo que estaba sucediendo. Necesitaba evadirse de algún modo, para eludir la angustia de la situación. Así que decidí que sería mejor seguirle la corriente.

–Iremos, cariño. Claro que iremos. En cuanto me saque este problema de encima

haremos todo lo que habíamos pensado. Pasaremos una buena temporada fuera de Las Zalbias, donde tú prefieras, donde tú digas...

Aplasté el cigarro en el cenicero, me senté junto a ella. La abracé y la besé en el cuello.

\* \* \*

Tras un prolongado descanso facilitado por dos latas de cerveza, sentí por fin algo de apetito. Fui a la cocina con Marta y ella me ofreció lo que había quedado de su propia cena: media tortilla de queso y una buena cantidad de guisantes con jamón. Lo engullí todo con elemental satisfacción y procurando mantener la mente en blanco. Luego fui al ordenador para comprobar si había novedades en la bandeja de entrada del *e-mail*. Ningún mensaje nuevo. El último seguía siendo el de Ángel –es decir, el del impostor que utilizaba su cuenta–, recibido a mediodía, antes de la comida con mi familia. Me pregunté por qué no había desaparecido igual que los otros. Y, al pensar en esto, reparé en algo que hasta entonces me había pasado inadvertido. Se me ocurrió de pronto que todos los mensajes estarían registrados en la cuenta de correo de Ángel Bru. La policía podría encontrarlos allí. ¿No me habría exonerado eso de la acusación de asesinato? Si era así, el chantaje quedaba anulado y yo no tenía por qué haber cometido el atraco. Ahora bien, los investigadores podían suponer que esos mensajes me los había enviado yo mismo, utilizando el *e-mail* del muerto para aumentar la confusión y desviar las sospechas. Todo era un lío espantoso y yo me encontraba agotado. Lo hecho, hecho estaba, pensé. No me sentía capaz de darle más vueltas. Regresé al comedor. Eran las diez y media cuando me arrellané en el tresillo y puse la televisión.

Se me pasó por la cabeza buscar algún canal de nuestra zona, por si adelantaban alguna noticia relacionada con el Versalles, pero deseché inmediatamente esa idea. Estaba resignado a la inercia de mi destino, irremediablemente marcada por mis decisiones de las últimas horas. Me sentía incapaz de luchar más para anticiparme a los acontecimientos, o para prepararme ante posibles contingencias que de todos modos escaparían a mi control. Lo mejor que podía hacer era un zapeo errático, narcotizante, que mantuviera a raya a mi cerebro. Es decir, que mantuviese a mi mente y a sus preocupaciones lo más lejos posible del resto de mi cuerpo, el cual, transido por la zozobra de aquella interminable jornada, me suplicaba una tregua.

Envuelto en el silencio y la oscuridad de nuestra casa, apenas mitigada por los cambiantes reflejos de la televisión, me dejé absorber por una espiral de tiempo lento y profundo, sin centro ni límites precisos. No podía evitar, claro, que mi pensamiento basculara frecuentemente hacia las derivaciones posibles del atraco, o del asesinato del serbio a manos de Fule. No podía evitar preguntarme qué sucedería al día siguiente, cuando mi compinche viniera a casa y tuviera que

explicarle que solo podía ofrecerle la tercera parte del dinero. ¿Cómo reaccionaría ante eso? Hacía apenas unas horas yo no hubiera sido capaz de imaginarlo cometiendo una bestialidad como la que había perpetrado aquella misma tarde. Ya no me sentía de ningún modo habilitado para prever o calcular su conducta o sus reacciones. ¿No era evidente que se trataba de un psicópata? Además, me parecía volver a oír muy cerca, detrás de mí, las pisadas del desconocido minotauro en el laberinto por el que corría desorientado desde hacía más de veinticuatro horas. Y la pregunta central resurgía con fuerza: ¿Quién estaba utilizando el correo de Ángel? ¿Quién había apretado con su codicioso índice el gatillo de mi ansiedad? ¿Quién me había disparado contra un destino infranqueable como un muro de acero? Volví a presionar la tecla del mando que hace aparecer la barra informativa en la pantalla. Las doce. Casi las doce.

–No deberías haber quedado aquí con él.

Marta se abrazaba las rodillas en el otro extremo del sofá. Un momento antes no estaba allí. Parecía haber surgido de la nada. Sus ojos brillaban de un modo extraño en la pulsante penumbra del salón. También su angustia era evidente.

–Puede que no –guardé silencio durante unos segundos y volví a cambiar de canal: James Stewart dejaba su coche en un callejón, entraba por una puerta miserable en un sórdido cuartucho, empujaba otra puerta y de pronto todo eran flores–. Tienes razón... No debería haber quedado aquí con él. Pero ya no puedo hacer nada.

–No quiero preocuparte más, pero es que no veo... Quiero decir, ¿qué harás luego? ¿Qué haremos? ¿Qué es lo que nos va a pasar?

–No lo sé. No haremos nada. Solo esperar. Esperaremos...

Ahora ella se había incorporado. Había hincado las rodillas en el tresillo inclinándose hacia delante, hasta casi rozar mi oreja con sus labios.

–Dime que... dime que todo esto va a terminar bien, Pablo. Dime que sabemos lo que estamos haciendo.

Me volví hacia ella, rocé sus labios con los míos.

–No sé cómo terminará. Pero sí sé que necesito esa pistola. Si la policía la encuentra estoy condenado. Supongo que mañana recibiré otro mensaje... Machado me dirá dónde dejar el dinero. Y después... no sé. ¿Por qué no va a cumplir su parte? Creo que sí. Creo que cuando tenga ese dinero me dirá dónde está el arma...

No parecía haber tranquilizado mucho a Marta, a juzgar por su expresión. En cambio yo, al pronunciar estas últimas palabras, experimenté una especie de alivio, como si hubieran obrado en mí el efecto de un sortilegio; como si de pronto se abriera paso a machetazos –desde el centro de mi alma y a través de una espesura de dudas, temores y sospechas– la certeza de que todo terminaría bien. Al menos

estaba casi convencido de que me libraría de la acusación del asesinato de Ángel. Y eso era lo que me importaba por encima de todo.

Era ya casi la una y media cuando Marta se acostó. Yo apenas me esforzaba en librarme del marasmo físico y mental que me impedía incluso ir a la cama para intentar dormir, como había hecho ella. Estaba completamente estirado, con un pie en lo alto del respaldo y la cabeza apoyada en uno de los brazos del sofá. Intentaba seguir el hilo de un programa de divulgación científica. Un programa dirigido por cierto popular presentador y entrevistador. Hasta pasado un cuarto de hora aproximadamente no advertí que se trataba de una repetición del que ya habían emitido la noche anterior.

\* \* \*

No se trata solo de una gama casi infinita de versiones alternativas de nuestro propio universo, sino de un conjunto de otros universos posibles basados en diferentes principios constitutivos y en una inconcebible variedad de leyes físicas. Universos, por ejemplo, cuyo espacio se estructura en nueve dimensiones, otros que son de una simplicidad y homogeneidad vertiginosas. Universos cuya estructura está sometida a mutaciones y transformaciones tan rápidas y constantes que ningún suceso es semejante a otro. Universos que difícilmente podríamos considerar «cosmos», ya que no existe en ellos magnitud constante o regularidad alguna, sino que funcionan como ingentes máquinas generadoras de caos y novedad permanente.

Universos donde la vida ha producido la inteligencia tecnocientífica en diversas modalidades y formas, y donde la alianza de múltiples civilizaciones ha generado una interfaz cósmica capaz de someter y dirigir la evolución de toda la materia y la energía que contienen, hasta doblegar y extrudir sus leyes físicas fundamentales según los dictados de esas diversas inteligencias en sinergia permanente; y de ese modo llegar a producir lo que nosotros, rudimentariamente, llamaríamos inmortalidad y felicidad absolutas. Otros mundos en los que, por el contrario, las leyes físicas y la estructura del azar son de tales características que todas las formas de vida que contienen o han contenido jamás resultan sometidas por eones a sufrimientos indescriptibles. Un universo comparable a un monstruoso tumor pulsante de horror ilimitado.

\* \* \*

«Y todo esto es posible porque cabe en el lenguaje que tú y yo compartimos, ¿te das cuenta? Hacía tanto que... no hablábamos así; desde el colegio.» Sonríe. Se vuelve hacia mí y me invita a asomarme a la ventana. Ante nosotros se extiende el

bonito y azulado campo de coles. Nuestra madre juega con Moisés en el límite del bancal y Elena nos saluda con la mano. Está caminando con cuidado por uno de los caballones de tierra. Un pie detrás de otro. Un pie y otro pie. Le cuesta mucho conservar el equilibrio. Por eso mantiene los brazos separados de las caderas. Moisés no es el de ahora, sino el de hace seis o siete años; sin embargo, esto no me produce la menor extrañeza. Mi hermano dice: «Se está haciendo de noche». Sonríe. Se vuelve hacia mí y me invita a asomarme a la ventana. «Voy arriba», le digo, «creo que me está esperando». Ahora Marcos está sentado en el alféizar, con un mirlo entre las manos: «Sí, te está esperando...». Sonríe otra vez. Y detrás de él un relámpago ilumina el paisaje.

Me doy la vuelta y salgo. A medida que asciendo por la escalera la oscuridad se hace más densa. Empujo la puerta. No sé dónde estoy. Puede que en las oficinas que hay en el piso superior de la nave. Alguien respira allí, en el despacho acristalado, sentado de espaldas a mí. Apenas hay luz allí dentro. El ordenador está encendido y la figura que se cierne sobre la pantalla parece la de mi amigo Ángel. Se da la vuelta y me mira con alguna sorpresa. Veo con claridad la herida en su frente. El gran boquete rodeado de sangre coagulada. «No sabía que pudieras...», le digo, pero no logro terminar la frase. Lo intento, pero no consigo pronunciar las palabras. «Claro que sí», dice él, mientras cierra los ojos. «Claro que puedo. Mira...», añade, señalando a la pantalla, «ahora mismo te estoy escribiendo un mensaje». Me acerco y leo lo que pone: «Los niños de la casa de barro...» y lo demás no lo entiendo, es como si estuviera escrito en otro lenguaje, con signos herméticos. Ángel todavía mantiene los ojos cerrados.

Se oye entonces un murmullo de muchas voces. Un murmullo al principio remoto, pero que crece muy deprisa hasta convertirse en el característico ruido de una verdadera muchedumbre en movimiento. Entonces yo le doy la espalda a Ángel y me asomo a la ventana interior de la oficina, desde donde se puede observar el almacén. Una multitud irrumpe por la puerta principal de la nave en ese momento. No conozco a nadie. Hay allí personas de todas las edades. Docenas de ellas, tal vez cientos de personas. Noto que todos avanzan muy torpemente, arrastran los pies. Me doy cuenta de que carecen de ojos. Al darme la vuelta, dominado por una irreprimible sensación de asco, advierto que mi amigo se ha dormido. Eso es, al menos, lo que parece. No se mueve en absoluto, lo que no debería extrañarme teniendo en cuenta el tremendo agujero de su frente. Cruzo deprisa la habitación y bajo por la escalera. Estoy decidido a averiguar quiénes son los que acaban de irrumpir en la nave. Estoy decidido a mezclarme entre ellos y a preguntarles directamente, por mucha repugnancia que me inspiren. Ya estoy abajo, rodeado por estos seres de cuencas vacías, mezclado con esta comunidad de ciegos murmuradores que trastabillan sin aparente propósito. Intento hablar con alguien, pero no cesan en su absurdo y errático movimiento, de una pared a otra,

chocando ocasionalmente en su caótico deambular. Intento retener a un hombre aferrando su brazo. Él se resiste. No lo consigo. Un niño –que carece de ojos, igual que los demás– choca conmigo y golpea mi vientre con su cara inexpresiva. Ahora soy yo el que retrocede, horrorizado. Él extiende los brazos y tienta el aire con las manos. Distingo a una mujer, a unos metros de distancia, que parece estar preparando una fogata en un rincón. ¿Acaso tiene ella ojos? Me aproximo despacio, esquivando a los que caminan sin rumbo a mi alrededor. No, no los tiene. Es igual que los otros. Cuencas negras y vacías. Ha acumulado papel de periódico y tiene un mechero en la mano. Consigue que prenda el papel y acerca las palmas con los dedos extendidos para notar el calor.

–¿De dónde vienen? ¿De dónde...?

Nada más formular esta pregunta me siento como un idiota. «No ven nada (pienso). Aquí nadie ve nada.» Decido preguntar otra cosa:

–¿Han traído el acuario?

No tengo ni la menor idea de por qué he pronunciado esa palabra: acuario. La mujer levanta su rostro mutilado hacia el techo y luego se vuelve, como si pretendiera observar alguna cosa, aunque es evidente que no puede. Veo que un grupo de unos diez o doce de estos desconocidos acaba de llegar con un acuario que contiene hermosos peces y los restos de un bergantín hundido. Sostienen el recipiente acristalado en el aire y avanzan muy despacio, unos de frente y otros de espaldas. Debe de ser muy pesado. Lo colocan encima de una gran mesa de ping-pong que hay junto a la escalera por la que se accede a la oficina. Yo sé que esa mesa lleva años allí, arrinconada, pero me sorprende lo apropiada que resulta para depositar el acuario, como si hubiera sido fabricada con ese exclusivo propósito.

–Ahora vendrán con la bandeja.

Es la mujer quien me habla. Su anuncio suena solemne. Debe de dirigirse a mí, puesto que soy yo el que está más cerca.

–¿La bandeja? –pregunto, sin imaginar de qué se trata.

Pero, en efecto, no han pasado aún más que unos pocos segundos, cuando otro grupo, más reducido, se abre paso con una gran bandeja plateada hasta el acuario. Se trata en realidad de una gran fuente, y está repleta de algo que no logro distinguir. Algo que forma una montaña blanquecina y gelatinosa. Uno de los portadores utiliza un gran cucharón para verter las pequeñas esferas gelatinosas en el acuario, y entonces los peces de colores parecen volverse locos. Siento tal repugnancia que no logro seguir mirando.

Me pongo en cuclillas, con los codos entre los muslos y la frente contra las manos. La mujer me toca, me acaricia la nuca, supongo que trata de reconfortarme.

No sé qué fue exactamente lo que interrumpió el sueño en ese instante, pero lo

que sí puedo asegurarnos es que al abrir los ojos y encontrarme en el salón de casa apenas noté alivio alguno. Ya era de día.

**Domingo, lunes**

Es muy difícil determinar lo que sabemos y lo que no. Hay una vasta zona intermedia de conocimientos muy imprecisos y cambiantes, como las sombras en la pared cerca del fuego encendido en un hogar. Nada en el pensamiento es fijo, ni estable. Nada es allí constante o uniforme. A veces una idea o una sensación conviven con la idea o con la sensación opuestas. No hay nada del todo seguro ni cierto. Excepto que cuando la mente caza a la mente la presa escapa. Os digo esto, porque lo que me esperaba aquella mañana era sorprendente y trivial para mí, nuevo y muy antiguo al mismo tiempo. Pero tenéis razón, os había prometido que no habría especulaciones inútiles, sino solo hechos. O al menos el recuerdo que conservo de ellos.

Y el hecho es que, como digo, algo –no sé exactamente el qué– me despertó aquella mañana. Supongo que fue algún ruido. O simplemente la luz del día. La televisión aún estaba encendida. Me incorporé sobresaltado y tomé el mando a distancia de la mesa. Pulsé la tecla de la barra de información. Las ocho y cuarto. ¡Las ocho y cuarto! ¿Pero a qué hora me había dormido? No lo recordaba. No podía recordarlo en absoluto. Después de las dos, con toda seguridad. Y ahora ya era domingo. Pulsé el botón rojo y la imagen se extinguió. Con algún esfuerzo me puse en pie. Notaba la boca seca y la cabeza como un tarro lleno de gelatina a punto de reventar. Di una vuelta alrededor del sofá y no vi la bolsa. Miré a mi alrededor hasta llegar a estar completamente seguro. La bolsa no estaba. Creo que fue en ese momento cuando lo entendí. Y me pareció tan evidente que supe enseguida que no me lo perdonaría nunca.

Corrí a nuestro cuarto. Desde luego Marta no se encontraba allí. Miré asqueado nuestra cama, con las sábanas revueltas. Volví sobre mis pasos, pero antes de llegar al salón noté que el ordenador estaba encendido. Me acerqué, moví el ratón y se iluminó la pantalla. Había un documento de Word con tan solo dos palabras escritas: «Lo siento», y el cursor parpadeando justo detrás de la o. Los ojos se me inflamaron y sentí una oleada de rabia que nacía de algún punto un poco por debajo del estómago, entre mis vísceras. Volví al salón, me quedé allí plantado como un idiota, mirando de nuevo hacia el tresillo, para comprobar otra vez una verdad muy simple y ya de todo punto evidente: Marta se había largado y se había llevado la bolsa con el dinero del Versalles. Entonces me di cuenta de que la pistola estaba sobre la mesa. Se trataba de la Hammerli SP20 con la que alguien había asesinado a Ángel Bru el viernes por la mañana. Ella, sin ninguna duda. ¿Quién si no? Pero ¿por qué? La humillación se precipitaba sobre mí, como un alud sobre un esquiador torpe que acaba de caerse y de quedar en una posición grotesca:

indefenso, ridículo. Las respuestas atropellaban a las preguntas y unas y otras estallaban en mi cerebro casi simultáneamente. Solo podía haber un motivo. Así que yo había sido engañado por ella en todos los frentes y del modo más lacerante que pudiera imaginar. Y lo peor era que, de algún modo, no me sorprendía. En alguna capa del subsuelo de mi neocórtex había estado latiendo esa sospecha desde el principio. La voluntad, con sus «aprioris», con sus afirmaciones y negaciones tácitas, siempre está implicada en cualquier forma humana de conocimiento. Sabemos siempre lo que queremos saber, y nada más.

Pero la ira fue inmediatamente desplazada por el miedo. Había un motivo concreto para que ese otro sentimiento se impusiera en mi ánimo. Eran las ocho y media. A las diez Fule se presentaría en casa y yo me vería obligado a explicarle que no tenía el dinero, que Marta se había largado con todo. No me creería, por supuesto. Recordé, con una sensación de náusea y horror, la escena de la tarde anterior en la cantera. Volví a ver los ojos suplicantes del serbio, clavados en los míos, mientras Fule lo torturaba. No podía quedarme allí. Vi con toda claridad que debía salir de inmediato. Primero, huir. Luego, pensar. Ese era sin duda el orden correcto.

\* \* \*

Había amanecido por completo. Era una mañana fresca y brumosa. Por supuesto, Marta se había llevado el coche. Pero, antes de salir, aparte de entregarme el arma acusadora (¿y con qué intención lo hizo? No creo que nunca pueda responder a esto), había tenido también el detalle de dejarme a la vista, en el pladur, la llave de la moto que solía utilizar para moverse por Las Zalbias. ¿Significaba ese gesto que quedaba en ella algún rescoldo de cariño hacia mí, o simplemente le parecía buena cosa que no la odiase más de lo estrictamente necesario? Poco me importaba en aquel momento. Huir... huir cuanto antes de mi propia casa era el único modo de ganar algo de tiempo. Necesitaba pensar, antes de decidir lo que haría a continuación. No veía ninguna escapatoria, pero podía evitar un encuentro inmediato con Fule; y esto, desde luego, era lo más urgente en aquel momento.

Antes de salir, me aseguré de que el arma estaba cargada. Lo estaba. La envolví en una toalla y la metí en una bolsa. Después salí y cerré la puerta. Debía dirigirme a un lugar tranquilo y apartado, no muy lejos de Las Zalbias, para tratar de evaluar la situación y planear allí mi siguiente movimiento. Pensé en la playa.

A finales de septiembre las algas vuelven a acumularse en la Torre Derribada. Dejan de retirarlas al final de la temporada turística. Muy cerca están las salinas, con sus garzas, con sus flamencos y estanques de color rosa; pero por los alrededores hay también más de un charco de agua corrompida. El resultado es un bello paisaje y un hedor, por momentos, nauseabundo. Había dejado la moto en el

aparcamiento de tierra, junto a una empalizada, y recorrí el sendero de tablones de madera con la toalla debajo del brazo, igual que un bañista madrugador. Como era domingo, podía estar seguro de que en una o dos horas tendría compañía, pero de momento –eran apenas las nueve menos cuarto de la mañana– el lugar estaba todavía desierto.

El agua parecía nácar y en la lejanía distinguí un velero iluminado por un potente rayo de sol, lo que acentuaba su protagonismo en medio del gris y melancólico escenario de mar y cielo. Se alejaba hacia un horizonte neblinoso, dejando una estela de espuma, bajo un sol que era apenas un brochazo de luz dorada celebrado con frenesí por una animada y chillona cohorte de gaviotas.

Estuve un rato de pie sobre la arena, tratando de dar con alguna idea brillante, una astuta maniobra que me permitiera zafarme de la estudiada presa con la que el destino me había inmovilizado antes de estrangularme. Desde luego, disponía de mil caminos abiertos en abanico ante mí, pero intuía que por ninguno de ellos alcanzaría a dar más de tres o cuatro pasos seguidos sin encontrar una resistencia invencible, o sin caer directamente fulminado. Ir a la ciudad, sí, pero ¿para qué? ¿Llamar a Fule y enfrentarme a él cuanto antes? ¿Entregarme directamente a la policía? ¿Pedirle ayuda a mi hermano? Entonces oí, todavía muy lejos, el motor de un coche que se aproximaba por la carretera. Casi de inmediato temí lo peor. Corrí de nuevo por los tablones de madera. Salté la valla y me oculté detrás de una de las pequeñas dunas. Desde allí podía vigilar el aparcamiento. No tardó en aparecer exactamente el coche que yo esperaba ver, seguido por otro que no conocía. Retrocedí, me puse en cuclillas. Extendí la toalla y cogí la pistola. Me temblaban las manos de tal modo que apenas era capaz de controlarlas. Tenía el corazón en la garganta. Cambié de idea y envolví otra vez el arma. Había que enfrentarse a la situación. Había que intentar explicar... Me puse en pie y decidí salir a su encuentro. Me pareció lo mejor. Ya habrían visto la moto, así que me buscarían. Probablemente no pararían hasta dar conmigo. De modo que era mejor enfrentarse a ellos desde el principio. Volví al sendero de madera y empecé a caminar hacia el aparcamiento con mi petate debajo del brazo.

Me recibió exactamente con la misma sonrisa que manchaba su cara la última vez que lo había tenido delante, la tarde anterior, en la cantera. No conocía al que venía con él; un tipo achaparrado, con el pelo cortado a máquina y las cejas muy pobladas. El hecho de que viniese acompañado era ya un indicio claro de sus intenciones. Y de todas formas no esperó mucho para revelármelas. Fue directo al grano:

–¿Dónde está el dinero?

Le respondí con otra pregunta.

–¿Quién es este? –dije, apuntando con el mentón al sujeto que lo acompañaba.

–Es mi primo –respondió Fule, mirándome con cierta envenenada inocencia.

–Ya...

–Ha estado vigilando tu casa toda la noche, ¿sabes? –volvía a aflorar su odiosa, su viscosa sonrisita–. Comprende que yo estaba demasiado cansado. Estaba reventado, la verdad... Supongo que tú también...

–Claro...

–Esta madrugada vio salir a Marta de tu casa. A las seis, más o menos. Luego, cuando te ha visto salir también a ti con la moto me ha avisado enseguida. Y después te ha seguido hasta el principio de la carretera. Sin que te dieras cuenta. ¿Qué te parece? Mi primo vale. Estaba claro dónde teníamos que buscarte, ¿verdad? Nos vas a decir dónde está el dinero... ¿a que sí, Pablo?

Temía que pudieran ver la Hammerli que llevaba envuelta en la toalla debajo del brazo. De todos modos, intentar evitar un enfrentamiento era ya como querer parar un avión sujetándolo con las manos por el tren de aterrizaje.

–Esto te va a hacer mucha gracia –procuré aparentar que a mí sí me la hacía–, pero mira... eres tú el que me está contando a mí dónde está el dinero, ¿sabes? ¿No acabas de decirme que tu primo vio salir a Marta de madrugada? De verdad, Fule, no creo que te haga falta que yo te diga quién se ha largado con todo... ¿Te hace falta?

–No... claro que no –se volvió hacia su primo buscando complicidad y le tocó el codo con la mano–. Claro que no nos hace falta. Lo único que queremos saber Álex y yo es dónde habéis quedado luego, más tarde. ¿Dónde vas a verte con ella? ¿En la capital? Venga... dímelo para que repartamos. Un tercio para vosotros, otro para mí y otro para mi primo, claro. Yo creo que se lo ha ganado. ¿Tú qué piensas?

–Te aseguro que te equivocas –ya no podía seguir con la farsa, no podía sonreír, no era capaz de fingir más: mi voz, contra mi voluntad, empezaba a adquirir una tonalidad desesperada–. Te lo juro, Fule. Me ha dejado tirado. Lo siento. Escucha... se ha largado con todo. Nos la ha jugado a los dos..., a los dos.

Luego todo sucedió muy deprisa. Su primo, el que al parecer se llamaba Álex, se llevó una mano a la espalda y sacó un pequeño revólver con el cañón muy corto, negro y compacto como un escarabajo. Seguramente lo llevaba encajado entre el cinturón y la espalda. Ahora me estaba apuntando directamente al pecho.

–Hemos quedado en la capital, sí –mentir parecía ya la única forma de estirar el tiempo, para evitar el estallido–, esta tarde... a las siete. En la galería Goldmare.

Intercambiaron una rápida y escéptica mirada. Luego, Fule, con una expresión repentinamente sombría, se dirigió a mí en tono autoritario:

–Vas a venir con nosotros. Vas a pasar el rato con nosotros, hasta la tarde. Luego iremos juntos a la ciudad...

–Bien...

De pronto pareció reparar en la toalla que llevaba debajo del brazo:

–¿Pensabas darte un baño a estas horas?

–Iba a pasar la mañana aquí... –improvisé, mientras el otro seguía encañonándose con el revólver, algo que empezaba a crisparme de verdad y a provocarme una ira difícil de controlar.

–Vamos –ordenó Fule, dándose la vuelta. Yo lo seguí por el camino de tablones de madera. Su primo cerraba la fila, sin dejar de apuntarme en ningún momento. Cuando llegamos a los coches se planteó un problema que solo admitía una solución, dadas las circunstancias–. Volvemos en el mío –Fule se refería a su coche y había dirigido estas palabras a su primo. Luego añadió–: Ya volveremos luego a por el tuyo.

Ese fue el primer momento en el que Álex desvió el cañón de su revólver de la trayectoria de mi cuerpo. No tendría una ocasión mejor. Si permitía que me llevaran con ellos, hacia las siete de la tarde empezarían a ponerse muy impacientes, y harían cualquier cosa para averiguar dónde y cuándo pensaba encontrarme realmente con Marta. Me harían esa pregunta muchas veces, yo estaría atado, y utilizarían toda clase de procedimientos para obligarme a responderles de forma satisfactoria.

Salí corriendo hacia el Opel Astra de Fule y lo rodeé tan deprisa como pude. No más de tres segundos, así que no reaccionaron a tiempo. Me agaché detrás del maletero, saqué la Hammerli de la toalla y disparé al aire. Una sola detonación. Oí gritar a Álex: «¡Tiene un arma!». Miré por debajo del coche y vi cómo ellos dos corrían hacia el otro vehículo. Detrás de mí había unos contenedores de basura y un cartel con un mapa e indicaciones relativas al parque natural de las Salinas de San Juan. Los dos coches y ese cartel estaban en la misma línea. Había unos diez metros hasta esos contenedores. Si lograba alcanzarlos, desplazándome a ras de suelo, lo más agachado posible y sin que me vieran, luego podría rodear el perímetro del aparcamiento por el exterior, escondiéndome tras las pequeñas dunas y los arbustos hasta situarme a su espalda. Desde esa posición mi superioridad quedaría asegurada. Inmediatamente puse en marcha el plan. Caminé a gatas los primeros metros y luego en cuclillas hasta el cartel. Una vez parapetado tras los contenedores miré hacia los coches. Naturalmente, no podía ver a mis adversarios. Tampoco oía nada, excepto un levísimo rumor de vegetación agitada por el viento y el sonido del mar a lo lejos.

Tal como había pensado, rodeé la explanada de tierra por el exterior de su perímetro, delimitado por una sencilla valla de madera. Y así continué moviéndome lo más agachado posible, hasta el lado opuesto del aparcamiento. Ahí estaban ellos, delante de mí, a unos veinticinco o treinta metros, agazapados detrás del obsoleto y sucio Ford de color azul que debía de ser el coche de Álex. Entonces vi que Fule también estaba armado. No habían advertido la maniobra. Permanecían agachados junto al coche y de vez en cuando miraban por debajo o comentaban algo. Treinta metros a lo sumo. Esa era la distancia. Saqué la cabeza por encima del promontorio

de arena que me servía de escudo y apunté a Fule directamente a la espalda, justo por debajo de la nuca. Puse la mano izquierda sobre la muñeca derecha. Guiñé un ojo. Luego el otro. Contaba con el retroceso. Disparar y agacharme de inmediato era la mejor táctica posible. Lo tenía a tiro y sabía que no fallaría, pero no disparé. (Un recuerdo incongruente, casi inverosímil, aunque verdadero, se iluminó por un instante en mi memoria: Fule y yo discutiendo en el patio del instituto durante un recreo sobre la posibilidad de vida extraterrestre. ¿De verdad éramos los mismos?) No disparé. No pude. Habría sido fácil y decisivo. El otro, el que se llamaba Álex, al oír la detonación y ver a su primo caer hacia delante con un agujero de entrada en la espalda y otro de salida en el pecho, manando sangre como una fuente, probablemente se habría asustado y lo más seguro es que hubiese tratado de huir. Así que ese disparo, en efecto, habría resultado muy fácil y decisivo. Sin embargo, no fui capaz de apretar el gatillo. Volví a ocultarme y esperé inmóvil, atento a cualquier sonido, a cualquier movimiento de ellos. Era absurdo intentar llegar a uno de los dos coches o a la moto. Alejarme de allí a pie, tan rápido como me fuera posible, parecía la única opción realista. Internarme en las salinas hasta perderme de vista. Miré el paisaje de vegetación baja y pequeños montículos de arena que se extendía justo detrás de mí. Esa era la única vía de escape, mi última oportunidad de salvar la vida, de momento. Si mi primera galopada era lo suficientemente rápida y encontraba pronto un sendero por el que seguir corriendo, después podría tratar de llegar a la carretera. El hotel balneario y la urbanización no quedaban muy lejos. Dos o tres kilómetros a lo sumo. Era un objetivo factible, al menos no imposible del todo. Se trataba de elegir el mejor momento para echar a correr. Y el mejor momento, sin duda, sería cuanto antes; mientras ellos estuvieran todavía confundidos, indecisos, perplejos a causa de mi primer y único disparo.

\* \* \*

Hay quien asegura –ya lo sabéis– que todos los sucesos de nuestro universo, e incluso los sucesos de todos los universos posibles, se encuentran registrados en la eternidad, en alguna región contigua al espacio-tiempo que nosotros habitamos; una zona repleta de información inaccesible por medios científicos, y sin embargo al alcance de una mente lo bastante intuitiva o especialmente dotada. Pero ni siquiera para esta clase de mente el futuro llega a contener nunca más que un grado muy limitado de certeza. A no ser que hablemos de una contingencia puramente física; es decir, de un fenómeno simple, relacionado con circunstancias y magnitudes directamente observables. Sin embargo esto es lo excepcional. Nuestro cosmos, la realidad objetiva y corpórea en la que transcurre nuestro tiempo biográfico, según la ciencia contemporánea nos lo ha revelado, resulta estar dominado, precisamente, por una complejidad extrema. Es decir, se trata de un

ámbito en que la mayoría de los fenómenos se desarrollan según las herméticas leyes del azar cuántico.

Todo esto podría tener algo que ver con el insólito hecho de que desde un principio –pero solo ahora lo comprendo– yo supiera e ignorase a la vez que era Marta quien me estaba utilizando. Y desde un principio supe, asimismo, que el peligro en el que me encontraba era ya extremo y cada segundo sería aún mayor. Como también puedo aseguraros que cuando decidí ponerme en pie y echar a correr aquella fresca mañana del último domingo de septiembre, cerca de la playa de la Torre Derribada, tuve la nítida certeza de que resultaría alcanzado por un disparo.

Y eso, por supuesto, fue exactamente lo que ocurrió. ¿Que a qué se parece? Es muy difícil compararlo con nada. Pero la idea de un golpe fortísimo, un golpe brutal y abrasador seguido por una especie de descarga eléctrica que hace que se te nuble la vista y que te veas sumido en una penumbra salpicada por remotas luces, igual que un navío que avanza en la niebla, sin tripulación, sin gobierno, sin rumbo conocido; esta idea, o más bien este cúmulo de impresiones, pudiera tal vez constituir una buena descripción de lo que se siente al recibir un balazo. Uno que pasa rozando tu columna vertebral. Un disparo que te atraviesa un pulmón y produce un *shock* devastador e inmediato en todo tu organismo. Claro que esta especie de alegoría sería posible únicamente en el caso de que alguien lograra regresar de la región de lúcida inconsciencia en la que yo me encuentro, y volviera a su ordinario estado consciente guardando memoria precisa de todo, para luego verter la experiencia en palabras.

Es extraño encontrarme en esta habitación de hospital, con tubos y cables por todo el cuerpo. Es extraño, en estas circunstancias, notar la mente más fresca, más equilibrada y más clara que nunca. Pero si mantienes los ojos lo bastante abiertos desde el principio nada te parecerá demasiado increíble como para que llegues a creerlo.

Y yo procuro mantener los ojos abiertos aquí dentro, detrás de mis párpados, con tanta fuerza como me resulta posible. Creo que en realidad me he esforzado siempre, a mi manera, en ver las cosas con claridad, aunque sin demasiado éxito. Realmente no se puede decir que haya alcanzado demasiado éxito en nada.

Es verdad que ahora percibo mi ser con más claridad que nunca, pero no todavía con la nitidez suficiente. Puedo ver el pasado y, hasta cierto punto, puedo también atisbar mi futuro, o una de las versiones de él. Por eso tal vez sea capaz de responder a algunas de las preguntas que quizá os estéis planteando.

Parece que una media hora después de que Fule (o Álex... qué importa cuál de los dos) me disparase, una pareja de bañistas recién llegados vieron mi cuerpo desplomado junto al sendero de tablas de madera, y avisaron a la policía. Mi estado actual es muy grave, un coma inducido tras una operación a vida o muerte para

extraer los fragmentos de la bala que estaban afectando al pericardio. Sin embargo, es posible que salga de esta, según el equipo médico. Hoy es lunes, y esta tarde han estado aquí, en el hospital, mi madre, mis hermanos y mi sobrino Moisés. El joven y frágil Moisés que, sorprendentemente, no ha llorado.

Os he hablado de lo que ha pasado estos últimos días, e incluso de mi vida anterior. Ahora voy a revelaros algo de ese futuro que apenas distingo muy confusa, muy fragmentariamente. Creo, como os digo, que lograré sobrevivir. Seré sometido todavía a un par de operaciones más, y luego la recuperación resultará lenta y trabajosa. No sé hasta qué punto os sorprenderá que os cuente que una de las pocas personas ajenas a mi familia directa que vendrá a visitarme regularmente, primero a la clínica y luego a la cárcel, será Paula. Como sabéis ella es, o era, una de las mejores amigas de Marta. En cuanto a esta última, no distingo, en ese futuro dudoso que contemplo, el menor signo de que vaya a resultar capturada y castigada por el asesinato de Ángel.

Gracias a Paula yo llegaré a saber, en las próximas semanas o en los próximos meses, que Marta y Ángel llevaban algún tiempo liados. Cosa de un mes, más o menos. Se encontraban con mucha frecuencia a mis espaldas, en casa de él, en la nave y en no sé qué otros miserables y cochambrosos rincones de Las Zalbias. Supongo que la clandestinidad y la sordidez de esa doble traición contribuían a la emoción que para ellos seguramente entrañaba su aventura. Pero ¿por qué Marta entonces continuaba viviendo conmigo? ¿Por qué razón no me había dicho sencillamente la verdad? ¿Por qué no me había dejado? No teníamos hijos, ni ninguna otra cosa que nos atase de algún modo, así que ¿cuál era entonces la razón para mantener aquella farsa? La única explicación que se me ocurre lo vuelve todo aún más humillante. Probablemente ella y su nuevo amante querían evitar que yo me viniera abajo antes de llevar a cabo el plan del Versailles. Imagino que lo pactado sería dejarme tirado después del golpe y marcharse juntos. Aunque a este respecto tampoco poseo certeza alguna. Son meras conjeturas. La misma Paula fue, precisamente, quien le reveló a Marta, el pasado jueves por la noche, que Ángel seguía tirándose a su antigua novia, Mariló, y que hablaba de Marta con todo desprecio y sarcasmo ante terceros. Esta conversación entre Marta y Paula tenía lugar mientras Ángel y yo nos encontrábamos por nuestro lado en El Fresno. Fue la misma noche en la que yo renunciaba a nuestro proyecto de atracar el Versailles.

Probablemente Marta decidió matar a mi frustrado compinche durante la madrugada del viernes. No creo que fuese nada premeditado. Debió de improvisarlo todo en medio de un acceso de incontenible rabia y ciego deseo de venganza, al enterarse de que Ángel se estaba burlando de ella. Debió de llamarlo aquel mismo viernes a primera hora mientras yo aún dormía. Lo citaría en la nave, imagino, utilizando algún pretexto muy convincente, puede que relacionado conmigo. Y el pobre imbécil cayó en la trampa. Supongo que ella entró por la

puerta trasera, evitando las cámaras. Hasta es posible que él mismo le abriera. Marta había visitado la nave muchas veces. Conmigo y probablemente también con su nuevo, rubio y musculoso compañero sexual. Así que sabía dónde estaban las armas. En alguna ocasión, incluso, había efectuado uno o dos disparos de prueba en las salinas. Una tarde del verano anterior fuimos allí con las chicas. Tampoco ignoraba cuál era el arma que utilizaba yo casi siempre. Debió de apretar el gatillo usando un guante o un pañuelo, para no añadir sus propias huellas a las mías. Y después de matar a Ángel, regresó a casa antes de que despertara, y fingió que acababa de levantarse cuando la encontré en la cocina.

En fin... como supondréis no puedo ofrecer todos los pormenores del asunto, aunque lo que parece evidente es que ella no estaba dispuesta a quedarse sin su nuevo amante y, además, sin el dinero del Versailles, atascada en una vida miserable y fracasada junto a un hombre al que había dejado de amar.

Es posible, como he dicho antes, que Ángel le ofreciera, en algún momento particularmente fogoso, compartir el botín del atraco dejándome a mí al margen. No puedo asegurarlo, pero si fue así, la casi segura falsedad de esa promesa acentuaría su frustración y, por consiguiente, desataría la furia que la llevó a meterle un balazo el viernes en la nave. En todo caso, no creo que la idea de utilizarme a mí como una especie de robot teledirigido, para atracar el Versailles sin moverse de casa, se le pasara por la cabeza hasta después de haberlo liquidado a él. No creo que se tratase de algo planificado con gran antelación. Diría que improvisó, que actuó sobre la marcha. Aunque imagino que al seleccionar el arma que yo solía utilizar ya tenía la intención de desviar hacia mí las sospechas. Luego se le ocurrió que, además, podía chantajearme usando la cuenta de correo de Ángel, obligándome a cometer el atraco proyectado. Debió de pensar que ya había llegado tan lejos que no tenía sentido detenerse ahí; de modo que decidió doblar su apuesta. Vio la jugada y se puso manos a la obra sin darle demasiadas vueltas. El caso es que le salió bien, contando con mi estupidez.

En cuanto a cómo Marta conocía la clave de Ángel para enviarme esos mensajes «de ultratumba», se trata de una cuestión interesante, sin duda, para la que siento no tener una respuesta precisa. Aunque conociéndola, considerando lo astuta, lo taimada que puede llegar a ser, no me cuesta mucho imaginarla alguna tarde en casa de su nuevo amante, mirando por encima del hombro mientras él teclea la contraseña para entrar en su cuenta de correo. No es demasiado improbable imaginarla reteniendo los caracteres en la memoria, con la intención de acceder luego clandestinamente a su bandeja (la de Ángel) y fisgar entre la correspondencia. O todavía más sencillo: puede que él llevara un smartphone –no lo recuerdo– que ella se habría apropiado después de matarlo.

El viernes a última hora, después de haberme enviado los dos primeros mensajes, fue a ver a Paula. Le preguntó por Francisco Machado, primer sospechoso de mi

lista en aquel momento. Por supuesto evitó explicarle a su amiga nada de lo que se llevaba entre manos. Consiguió averiguar, a base de indagaciones pretendidamente inocentes y casuales, que Machado ya no vivía en la capital. Había encontrado trabajo en Alemania y se había marchado allí hacía casi un mes, decidido a romper por completo con su vida anterior. Diseminó algunas pistas falsas sobre su paradero y dejó de estar activo en Facebook desde mediados del verano. Incluso cambió, al parecer, de número de teléfono. Por lo visto, debía dinero a bastante gente, así que intentaba dejar su pasado en Las Zalbias lo más atrás y lo más lejos posible. Por eso yo al día siguiente, el sábado por la mañana, no conseguía dar con él.

El destino y el azar volvían a jugar en el mismo equipo que Marta. La desaparición de Machado era una circunstancia idónea para encauzar hacia él todas mis sospechas.

En cuanto a la herida de su brazo y la consiguiente falacia –el supuesto intento de atropellarla perpetrado por nuestro imaginario enemigo, cuando ella regresaba a casa después de hablar con Paula–, me encuentro una vez más con una zona oscura del cuadro, un misterio imposible de resolver por ahora. Sencillamente, me falta esa pieza. No tengo la menor idea de lo que pudo ocurrir. ¿Una caída accidental que supo aprovechar para confundirme todavía más? ¿O acaso se hirió en el antebrazo deliberadamente para reforzar la verosimilitud de la patraña que pensaba contarme, a fin de evitar que yo sospechase de ella? Imposible averiguarlo.

Es increíble que un plan tan descabellado y chapucero funcionara así de bien. Por ejemplo, si sencillamente se me hubiera ocurrido entrar en el depósito de «mensajes eliminados», allí habría encontrado, con toda probabilidad, los que ella hacía desaparecer de mi bandeja poco tiempo después de que yo los hubiera leído, a fin de aumentar más aún mi desconcierto y mi sensación de impotencia.

Pero no se me ocurrió. O esa sospecha no llegó nunca a abrirse paso hasta la parte iluminada de mi cerebro. Creo que, en algún nivel de mi atribulada conciencia, luchaba con todas las armas a mi alcance para no llegar a certificar lo que de algún modo supe desde el primer momento: que Marta, mi mujer, mi compañera de tantos años, me estaba traicionando y se proponía entregarme, atado de pies y manos, a un destino sombrío y doloroso, un destino lleno de fracaso, privación y amargura. Ni siquiera retrocedió cuando Fule entró en juego. No le importó en absoluto lo que él pudiera hacerme. (Lo que después de todo me ha hecho.) No le importaba verme muerto, en otras palabras, si a cambio lograba llevarse un miserable botín de noventa mil euros a una existencia fugitiva y precaria, muy lejos de Las Zalbias.

Y todavía no está claro que no sea realmente la muerte el verdadero e inminente final de mi trayecto. No es nada seguro ese otro futuro agri dulce que os he relatado antes, en el que Paula se convierte en mi imprevisto ángel de la guarda, y alivia con sus visitas una interminable y dolorosa espera de la libertad. Podría tratarse más

bien de una ilusión fabricada por una mente exhausta y alucinada. Porque lo cierto es que mi vida pende todavía de un hilo viscoso e increíblemente delgado que ya ha alcanzado una longitud inverosímil. Todo es muy dudoso e imprevisible. Trato de luchar todavía contra un deseo creciente de abandonarme a una paz definitiva.

No puedo evitar contemplar mi propia vida (y tal vez la vida en general) con una especie de displicente ironía. Noto que se apodera de mí la sensación de haber tenido bastante. Es una abrumadora indiferencia ante todo lo que este mundo pudiera llegar a ofrecerme. Me cuesta explicarlo. La suerte de Marta, por ejemplo, no solo no me importa, casi me atrevería a decir que me complace. ¿Podéis creerlo? Apenas le guardo rencor, ya que en realidad no me siento concernido por sus acciones, sino que las contemplo con una indolente y desganaada sonrisa. Es como si habláramos de una persona que vivió en una época muy lejana. Una persona cuya existencia, reflejada en crónicas muy imprecisas, me inspirase algún tipo de vago cariño. ¿Dónde estará ahora? No me interesa mucho, qué queréis que os diga. Da la impresión, ciertamente, de que la peligrosa jugada le ha salido mejor de lo que ella pudiera haber calculado. Y le habrá salido especialmente bien si yo muero en las próximas horas. Daos cuenta de que para la policía sigo siendo el principal sospechoso del asesinato de Ángel. La cosa estará bien clara para ellos: un asunto de venganzas cruzadas entre pequeños traficantes. Por otra parte, el palo en el Versalles nos salió bordado, así que no parece nada probable que nos relacionen a Fule o a mí con aquello. Y únicamente en el caso de que ese psicópata hable, podrían relacionarla a ella con el dinero.

Pero no tiene mucho sentido que lo haga, ni siquiera si llegasen a detenerlo por haberme metido una bala en la espalda, cerca de la paletilla derecha. ¿Para qué sumar otro cargo a la acusación? No..., no parece nada imposible que Marta termine ganando esta partida. Eso es algo que suele ocurrir cuando las cosas no se calculan con demasiado detalle, cuando se actúa de modo intuitivo y a la vez con gran determinación y astucia. A la vida le gusta premiar esa actitud. ¿No había un dicho latino que reflejaba esto más o menos? «*Audentes...*» En fin, tampoco los dichos latinos me interesan demasiado. No sé qué más podría contaros, la verdad, excepto lo que Fule tenía contra el serbio. Puede que sintáis alguna curiosidad al respecto. Una vez más, será Paula en otra de nuestras conversaciones carcelarias quien me explique los motivos de mi sádico camarada para ensañarse de aquel modo con su víctima. (Lamento ahora, por cierto, en medio de esta negligente agonía, no haber intentado hacer algo para evitar ese horror.) Cuando el sábado entramos juntos en el Versalles por primera vez, con nuestras armas y las caretas, esa no era realmente la primera vez para los dos. Fule había estado allí antes. Por lo visto, recién abierto el lupanar, lo visitó con un amigo para montárselo con una de las chicas. Pero sucede que entre las varias y penosas consecuencias de la diabetes en los varones figura precisamente la impotencia ocasional. Al parecer, la chica no

se rio por un supuesto gatillazo, el cual no llegó siquiera a producirse. Lo que me contó Paula –siempre atenta a todos los rumores de Las Zalbias– fue que la joven prostituta ucraniana bromeó por el hecho de que Fule recurriese a la Viagra, siendo aún tan joven, para tener sexo con ella. Eso fue lo que lo puso furioso. La golpeó varias veces en la cara y la arrastró por el suelo, tirando de sus cabellos. La muchacha gritó y pidió ayuda, como es lógico. Parece que entonces se presentaron allí el serbio y el dueño del prostíbulo. «Encárgate de que no olvide lo que les pasa a los que maltratan a una de nuestras chicas» fueron las escuetas pero suficientemente precisas instrucciones que brotaron como cuchillas de los labios del segundo hombre. El serbio salió a buscar al amigo de Fule (Paula ignora de quién se trataba) y a varias de las ucranianas para que hicieran de improvisado público en la humillante función que iba a tener lugar. Nadie sabe en qué consistió el castigo exactamente, porque a ese tal amigo lo dejaron fuera antes de cerrar la puerta, pero cuentan que se oyeron risas allí adentro, mezcladas con las súplicas y los gritos de desesperación de Dani el Fule. Luego no faltaría quien asegurase en el pueblo que lo habían violado, aunque esto probablemente no sea más que pura y maliciosa especulación.

Claro que, por otro lado, toda esta peripecia que os acabo de relatar, al igual que otros episodios, tal vez sea tan solo el producto de una fantasía que se derrama en sus horas finales, formando caprichosas guirnaldas de sucesos inventados sin apenas relación con el mundo real. (Me pregunto ahora, por ejemplo, si de verdad el padre Marina estuvo el sábado en casa de mi madre reparando nuestro viejo tractor... ¿No os parece esto algo descabellado? ¿Col lombarda en septiembre? Dudo que pueda fiarme del todo de mi cerebro, especialmente en estas circunstancias.)

No, no soy en absoluto capaz de predecir con exactitud mi destino. Puede que en realidad dependa de vosotros, seáis quienes seáis. Desde aquí no distingo vuestros rasgos. Solo aprecio siluetas. Y como os acabo de decir, la curiosidad, que tiene tanto que ver con el impulso de vivir, empieza a abandonarme. Pero ya que asistís a esta agonía, ya que de algún modo contempláis el lamentable estado de mi cuerpo que lucha a brazo partido con la muerte en esta cama de hospital, latido a latido, permitidme una pequeña advertencia. Y espero que no la consideréis demasiado solemne o pretenciosa. Será mi primer y mi último consejo para vosotros, los desconocidos que me acompañáis en esta hora extraña. Escoged bien vuestro camino. Pensad. Pensad despacio en lo que sois y en lo que os proponéis. Podéis transformaros en seres dispuestos a un sacrificio sin brillo ni épica, por un ideal sublime pero del todo ajeno a este mundo. También es posible que os convirtáis con el tiempo en esclavos resentidos y pusilánimes, de esos que arrastran sus vidas hasta un agujero infecto y las arrojan allí con gran desprecio, como el que se libra de un montón de basura, sin esperanza ni deseo de redención alguna. Pero

si elegís ser bellos e ingravidos, tan inocentes de todo como los ángeles caídos, sabed que nada frenará vuestro vuelo, nada impedirá vuestro destino. Porque la primera regla del juego, la primera ley del universo, anterior y posterior a la ciencia, consiste en que los muertos no pueden prevenir de nada a los vivos.

Edición en formato digital: enero de 2014

En cubierta: ilustración de © Gabriel Sanz Balfagón

© Rafael González Balanzá, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-86-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
Recado de un muerto	5
Viernes	8
Sábado	39
Sábado tarde	78
Domingo, lunes	97
Créditos	111